

# ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD

CIUDAD PÚBLICA-CIUDAD PRIVADA



SEPTIEMBRE 1997



**ASTRAGALO: REVISTA CUATRIMESTRAL IBEROAMERICANA**  
**N.º 7. Septiembre 1997**  
**CIUDAD PÚBLICA-CIUDAD PRIVADA**

*Consejo de Dirección:*

Antonio Fernández-Alba, Roberto Fernández, Roberto Goycoolea,  
Francisco León, Eduardo Subirats.

*Consejo de Administración:*

Joaquín Ibáñez, Manuel Mazo, Gerardo Mingo, M.<sup>ª</sup> Teresa Ocejó.

*Traducción:*

Luis Gayo Pérez Bueno.

*Coordinación editorial:*

Angelique Trachana.

*Director:*

Antonio Fernández-Alba.

*Diseño:*

ASTRAGALO.

*Portada:*

Albín Brunovsky.

*Producción Editorial:*

Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá,  
UAM (Universidad Autónoma Metropolitana), Azcapotzalco, México.  
Celeste Ediciones S.A.

*Administración y correspondencia:*

Fundación General de la Universidad de Alcalá.  
Paseo de la Estación, 10, Palacete Laredo,  
28807 Alcalá de Henares (Madrid).

Precio: ESPAÑA, 1.100 Ptas. EUROPA, 1.500 Ptas. AMÉRICA, 15 \$.

Impreso en España - Printed in Spain.

ISSN: 1134-3672

Depósito legal: M. 23.448-1994



### **ASTRAGALO:**

Moldura de sección semicircular convexa, cordón en forma de anillo que rodea el fuste de la columna bajo el tambor del capitel (Arquitectura).

Hueso pequeño, corto, de superficies bastante lisas excepto las laterales, que son rugosas, de excepcional importancia en los movimientos de la marcha (Anatomía).

Las plantas del género *Astrágalus*, flores algunas veces solitarias, pero casi siempre en racimos, espigas o nubelas (Botánica).



# SUMARIO

## CIUDAD PÚBLICA-CIUDAD PRIVADA



**Angelique Trachana**

Enseñanzas de la ciudad

**Pág. 7**

**Roberto Goycoolea Prado**

La ciudad circular como modelo teórico

**Pág. 25**

**Fernando de Terán**

Cuadrícula y señas de identidad del patrimonio urbano iberoamericano

**Pág. 37**

**José Miguel de Prada Poole**

Ciudad y mercado. Deslocalización frente a dispersión

**Pág. 47**

**Francisco Javier Sánchez Merina**

El futuro de la ciudad en la tierra de oro

**Pág. 69**

### FORO ABIERTO

**Juan Ramón Jiménez**

Planos, grados, niveles

**Pág. 81**

**Michel Foucault**

Los espacios otros<sup>©</sup>

**Pág. 83**

### RESEÑAS DE LO PUBLICADO

**Roberto Fernández**

Nueva visita a Babel

**Pág. 92**

**Carmen Gavira**

El urbanismo según sus fundamentos artísticos

**Pág. 94**

**C. G.**

Cerdá. Las cinco bases de la teoría general de la urbanización

**Pág. 95**

**José Laborda Yneva**

Las *Siedlungen* alemanas de los años 20

**Pág. 96**

### RELATOS DE LO YA VISTO

**Antonio Fernández-Aiba**

Madrid: la transfiguración de la aldea

**Pág. 99**

**Carmen Gavira**

Sinfonía urbana: Madrid 1940-1990.

Ensayo sobre el ritmo literario del «Movimiento» a «la Movida»

**Pág. 107**

### POSTFOLIO

**Marina Waisman**

El patrimonio en el tiempo<sup>©</sup>

**Pág. 115**

### ENGLISH INDEX AND SUMMARIES

**Pág. 124**



Vista de la ciudad de Los Ángeles.

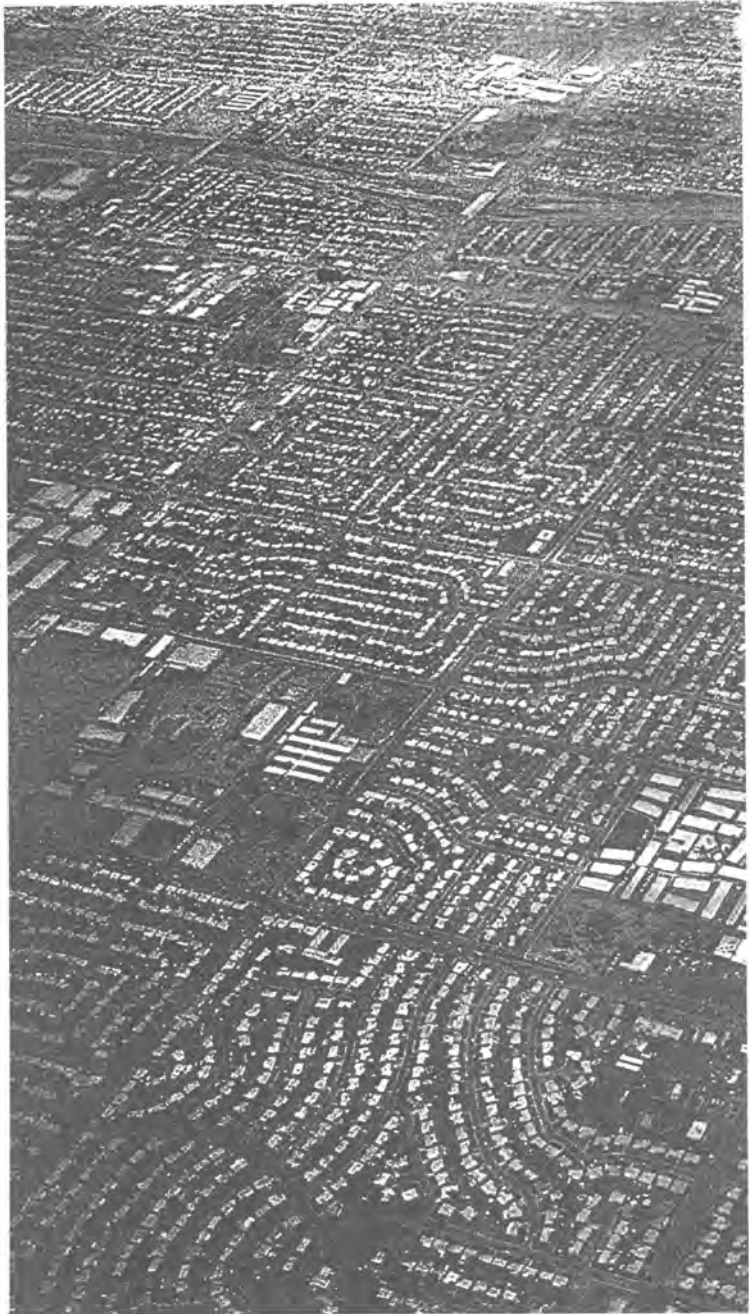
# CIUDAD PÚBLICA-CIUDAD PRIVADA

Con CIUDAD PÚBLICA-CIUDAD PRIVADA hemos querido contrastar en esta entrega de ASTRÁGALO algunos conceptos teóricos con el estado de la cuestión. La ciudad pública que recibe su significado de la polis platónica realiza la idea de comunidad, de identificación con el lugar y de cultura como proceso de conocimiento y de racionalidad. La perfección del alma del individuo a través de la educación es el prototipo de la vida de la ciudad cuyo fin es el estado del bien y de la felicidad. La vida cívica como prolongación de la vida interior del individuo hace coincidir en este estado ideal lo que diferenciamos como ciudad pública y ciudad privada. Esta ciudad pública representa hoy para nosotros un valor. La *polis* en sus elementos esenciales sigue siendo la referencia y el modelo analítico que nos indica las desviaciones y los desequilibrios de esta condición urbana en que vivimos. La ciudad privada representa el campo de las tensiones de los intereses privados en la realidad. Es la ciudad democrática de hoy que realiza los ideales del último capitalismo, la ciudad que se construye con la lógica del negocio, donde el beneficio y el lucro se sitúan por encima del interés común.

Esta realidad tiene implicaciones directas en la morfología urbana. La percepción de la ciudad como agrupación de las construcciones, las actividades y las instituciones humanas se transforma. Un concepto abstracto de ciudad mediatiza una imagen difusa y fragmentada. La ciudad hoy no es el espacio urbano; representa un territorio de influencia predominantemente económica donde se implanta un concepto de mundo y un modelo cultural homogéneo.

Asistimos a la disolución del espacio público que se asocia a la ciudad pensada o la ciudad concebida en el marco de una filosofía política. El concepto de espacio público se suplanta por el espacio destinado al consumo. Presenciamos la caducidad de la cualidad espacial como lo propiamente urbano. El concepto de espacio se abre y se deforma en una significación de espacialidad intangible: la de las redes de las comunicaciones, de las informaciones y de los flujos económicos. Las propiedades de la forma urbana como el límite y la densidad se sustituyen por otro tipo de relaciones funcionales y simbólicas.

En torno a las cualidades simbólicas y de habitabilidad se desarrollan los textos de Roberto Goycoolea y de Fernando de Terán, que tratan de las dos principales conceptualizaciones urbanas: la ciudad circular y la cuadrícula. José Miguel de Prada Poole reivindica la recuperación de la concentración y la densidad que propiciaba la tradicional actividad económica a través de una óptima utilización de las tecnologías de las comunicaciones que adversamente propician la dispersión y disgregación de la entidad urbano. Francisco Javier Sánchez Merina reseña los parques Disney como un símil de la producción de la ciudad del capitalismo multinacional, la sociedad del consumo y del ocio, donde la fabricación de imágenes plantea la problemática cultural del posmodernismo. La imagen del espacio público se comercializa; como toda producción cultural hoy, es expresión de la actividad económica.



Vista de la ciudad de Los Ángeles.



# ENSEÑANZAS DE LA CIUDAD

Angelique Trachana

*La esencia de la pólis como comunidad que evoluciona en el conocimiento según la concibe la filosofía política clásica se contrasta con los saberes que organizan la ciudad hoy.*

**L**a filosofía clásica concebía la *pólis* como sociedad abocada a un proyecto común: la elevación espiritual de sus ciudadanos a través de la educación. La sociedad educada, convertida en *civitas*, representaba la unidad y la continuidad de lo individual a lo general con la naturalidad con que un miembro pertenece al cuerpo. La vida interior del individuo era el prototipo de la vida de la ciudad.

7

## Alma y sociedad

La dicotomía entre lo público y lo privado como consecuencia de la destrucción conceptual de lo urbano es una problemática de la sociedad moderna. El asentamiento del hombre en su contexto sometido en un proceso de creciente tecnificación y mecanización, su separación de los fundamentos antropológicos del habitar llevan inevitablemente a la conflictividad social. Hoy evidentemente sociedad y ciudad no son ámbitos coincidentes según el concepto griego de la *pólis*. La *pólis* y el sentido político de la ciudadanía que se conceptualizan en las dos obras clásicas, la *Polítia* de Platón y la *Política* de Aristóteles, son el prototipo donde nos remitimos en nuestros análisis críticos. Ambas obras tratan de las condiciones en que se constituye la sociedad y de su gobernabilidad. Sin hacer alusión a las instituciones de una sociedad ideal y a las formas construidas que las albergan, aun así, no podemos cuestionar la inmediata y recíproca influencia entre formas urbanas y filosofía que el paradigma de la *pólis* ha producido. Lo más iluminador de su contenido es la consideración del tema de la educación como el fundamento de la sociedad perfecta. Las dos obras filosóficas son diatribas sobre la educación. ¿Cómo debe cultivarse el alma, ya que la extensión del alma del individuo es el alma de la sociedad? Alma y sociedad comparten memoria, necesidades y aspiraciones. Fin de la educación es la preparación de la conciencia política del ciudadano.

En la evolución histórica de los últimos siglos, desde el predominio de la economía urbana frente a la agrícola, a partir del período histórico denominado Renacimiento, la sociedad urbana evolucionada en complejidad sufre como consecuencia la fragmentación. Las presiones de los grandes intereses económicos, la espacialidad impuesta, el ejercicio de lo público como poder técnico-administrativo, han dado lugar a la ciudad que no corresponde a los deseos de sus ciudadanos. La vida interior y la vida pública se disocian. El mito del progreso entendido como desarrollo económico sinónimo de desarrollo urbano mediatiza la construcción de la ciudad como negocio donde la ciudadanía se ejerce como clientelismo y el poder público como mediador y potenciador de los intercambios que generan riqueza. El sentido político de la ciudadanía da lugar a fórmulas participativas sucedáneas que por lo general pertenecen a la categoría de los espectáculos. La noción de ciudad como forma de interiorización del conocimiento de los procesos de su formación, de las experiencias del habitar y de la relación con la naturaleza y el lugar se pierde completamente. La ciudad se convierte en el ámbito de la globalización cultural. El enriquecimiento antropológico se sustituye por una necesidad de comunicación que se hace efectiva a través de los medios. En este contexto la exigencia de imágenes para la ciudad atraviesa el umbral de toda condición ética y social de iconicidad ligada a la racionalidad y la tradición para construir apariencias espectaculares de naturaleza, por lo general, mercantil sin excluirse de esta categoría las instituciones públicas.

## Ciudad y conocimiento

8

La institución de los saberes que organiza la ciudad hoy, lejos de las esencias de la filosofía política griega, que es la *gnosis* y la naturaleza, es el dominio tecnocientífico.

Platón estaba convencido de que la vida social y política del hombre había de ser guiada por gobernantes filosóficamente preparados. Gobernar bajo los verdaderos principios filosóficos significa para el gobernante albergar su formación bajo la idea del bien. El bien, *agathón*, la base de su sistema filosófico, es lo que asegura la felicidad tanto del individuo como de la comunidad de los hombres. Éste se encuentra en la conjunción armónica de las tres fuerzas psíquicas: el conocimiento, el poder y el deseo. La ejecución de obra por cada una de las tres fuerzas motrices ha de hacerse bajo la vigilancia superior de la lógica. Platón denomina esta conjunción armónica *dikaio syne*, y sobre ella construye su *Polítia*, concepto de Ciudad-Estado. El fin de la vida es la *eudaimonía* –bien vivir–, estado de perfección que se logra cultivando la mente en el objetivo de la verdad de las cosas, de las cuales este mundo es sólo una tenue, confusa y engañosa imagen. La realidad existe en el mundo de las ideas.

La educación ha de preparar a los ciudadanos para la función que van a desempeñar en la sociedad, siendo las funciones fundamentales de la ciudad perfecta y bien gobernada el trabajo, la producción, el comercio, la expansión, la seguridad. De la educación, advierte Platón, hay que excluir la mitología y las artes de la mimesis.

El fundamento de la ciudad es la insuficiencia de las fuerzas y capacidades de los hombres y la necesidad de cooperación. La ciudad surge como ámbito de prestaciones recíprocas. Pero al crecer el limitado al principio círculo de trabajos y al ampliarse con el tiempo las necesidades y variedad de ellas más allá de las estrictas necesidades de supervivencia, la ciudad evoluciona en ciudad inflamante con el lujo que satisfaga las exigencias de la vida material y espiritual, donde se desarrollan las nuevas relaciones entre los ciudadanos y entre ciudadanos y ciudad. Platón establece también los límites dentro de los cuales la ciudad ha de desarrollarse. Las mercancías y el comercio han de estipularse por la escasez o abundancia de los productos. La relación con la suficiencia de la producción ha de establecer la limitación del territorio respecto a la población de la ciudad. La unidad, que es la primera condición de la existencia de la *pólis*, excluye la riqueza y la pobreza, que crean dos en vez de una ciudad. Por tanto ningún incremento de la población debe permitirse en detrimento de su unidad. El exceso de población ha de irse a la conquista de nuevos territorios. El *ethos* –carácter, costumbre o ética– se transporta a la colonia, siendo el primordial elemento de las diligencias la educación, que debe permanecer sobre los mismos principios: la educación de la mente y el cuerpo con la primacía de la necesidad de neutralizar la mala influencia de la engañosa mitología sobre el carácter de los jóvenes. Los mitos en la poesía épica de los grandes maestros como Homero y Hesíodo, que describen el sentimiento religioso y los principios sociales a través de representaciones de la vida y los principios éticos de los dioses y de los héroes, no plasman el *ethos* y los sentimientos, los siguen. No obstante la poesía educa en la armonía y el ritmo, que son filiales de la sensatez y la ética. Hablándonos así Platón de las condiciones que establecen el límite de la ciudad en función de la gobernabilidad y el bienestar, inaugura el concepto de colonización y de metrópolis en su más amplio y vigente sentido de dominio espiritual.

La aproximación al estado ideal de ciudad sólo es posible bajo la condición de que los sabios gobiernen en las ciudades. El soberano sabio es el que conoce la verdad de las cosas y no el que crea representaciones de ella. El hombre sabio posee sensatez, desinterés, magnanimidad, serenidad, facilidad de aprendizaje, buena memoria, mensura y carisma. Pero esos hombres no se encuentran frecuentemente en los gobiernos de las ciudades, porque no buscan el honor de ocupar el poder. Y los ciudadanos, de los que debería proceder la invitación y el encargo del gobernante, no acuden a los filósofos por la malformación que han adquirido, entre otros cauces, por las enseñanzas de los sofistas y por la influencia de los que se dedican a la política, quienes muchas veces por naturaleza bien dotados no alcanzan el fin de la realización filosófica. Así los semifilósofos que se convierten en gobernantes son los que los peores males obran en las ciudades, mientras que los pocos verdaderos filósofos prefieren la discreción de la vida privada al infructífero inmiscuirse en la política con el peligro de perder su integridad individual. Pero cuando se logre que acepte el gobierno de la ciudad un filósofo, basta uno para lograr lo que parece imposible, si tiene ciudad que le siga. .

Según Platón, el bien no es el placer ni, por lo contrario, la moderación, sino la superioridad, que nos da la fuerza gnóstica y su objetivo que es la verdad. Lo que significa el sol para el mundo visible es el «bien» en el mundo de la mente. En la imagen de la caverna tenuamente iluminada desde el exterior donde el hombre sólo ve las sombras de las cosas, mientras que ve las cosas cuando sale a la plena luz del sol, Platón refleja cómo a través de los sentidos el hombre sólo percibe las imágenes de las cosas que después en la mente se elevan en el conocimiento de las cosas, en ideas, y sobre todo la idea del bien, que sólo existe en el mundo mental de donde procede la verdad, causa de toda actitud recta. Han de excluirse por tanto del gobierno de la ciudad los que no poseen el conocimiento porque no tienen un fin de vida firme y estable y los que estén bien formados no deben abandonarse en su complacencia egoísta sino que están obligados a dedicar su integridad a los demás ciudadanos, de manera que la *eudaimonía* gobierne en toda la ciudad y no en una sola clase de ella. La superación de clase se logra con la educación y la profundización en la idea del *agathón*, que estimula el alma y la saca de la quietud de la vida sensual.

10

La *Política* platónica, que es una *aristocracia* –gobierno de los mejores– basada en la justicia, cuando degenera se convierte en *timocracia* –poder de los más ricos–. Y eso se debe a la negligencia de los gobernantes en distinguir y contener el poder de una clase por lo que se degrada la armonía. Se impone entonces al gobierno, en el lugar de la sabiduría, la cólera y la violencia. A la educación, en el lugar del convencimiento, la imposición. Se abandona la dialéctica y prevalece el cuidado del cuerpo. El ciudadano de este régimen espiritualmente pobre es orgulloso, duro con los esclavos, belicoso y codicioso. Su alma no se dirige por la lógica sino por el ánimo. Degeneración de la *timocracia* es la *oligarquía* –poder de los pocos–, donde la fortuna determina la posición de los ciudadanos. La autoridad de la virtud retrocede ante el poder de la riqueza. La unidad entonces se divide en dos clases, la de los ricos y la de los pobres, que conspiran contra sí sin tregua, por la desconfianza hacia los gobernantes y la codicia de la muchedumbre. La multiplicación de los pobres degenera la oligarquía en *democracia* –poder del pueblo–. El espíritu revolucionario inspira a las multitudes a amotinarse ante los que les explotan. La mayoría vence a los pocos y los bienes se reparten. La extrema libertad caracteriza a esa *Política* donde precede el egoísmo, es decir, la ambición de provecho de cada uno. La igualdad se impone entre cosas desiguales. La extrema *democracia* decae al final en *tiranía* cuando la equiparación de los derechos frente a la *Política* conlleva la equiparación de los derechos en la vida privada y la violación de la ética que rige estos derechos y obligaciones. Cuando se aniquila la diferencia, los jóvenes pierden el respeto a los mayores, los mayores se rebajan en el nivel de los jóvenes, los gobernantes hacen política populista, los discípulos no tienen ninguna consideración hacia los maestros y pedagogos y éstos temen y halagan a los discípulos. La extrema libertad termina también por subvertir la armonía del alma y de la vida, y como la armonía y el equilibrio es la justicia, su subversión es la injusticia.

Así que la *Polítia* teórica, perfecta, se realiza, según Platón, en el mundo de la ideas. Porque el alma inmortal está hermanado con el mundo de las ideas, con el *agathón* y la fuerza de la lógica. La idea de la *Polítia* y la verdad política del sistema platónico se rebela contra las técnicas miméticas de la sofística y la retórica, que a través de la representación de la palabra se dedican en verdades parciales y se dirigen a los sentidos y el efecto corrosivo del poder económico se enfrenta con la idea de *agathón* y de justicia.

## Democracia y moral

En la filosofía política de Aristóteles, estrechamente vinculada con la parte moral y natural de su pensamiento, también el fin del hombre se inscribe en el bien: vivir en la *eudaimonía*, término que además de felicidad denota virtud y conducta recta. La búsqueda humana del bien y de la felicidad se da necesariamente en el contexto de la *pólis*. El fin del individuo y la *pólis* es el mismo. El hombre es por naturaleza *zôon politicón*, un ser hecho para vivir en la *pólis*. La frase de Aristóteles era de contenido y propiedad común de todos los griegos de la época clásica, como lo era su colorario la superioridad griega porque tenía la *pólis*. De allí un argumento más evolucionista de que la *pólis* es la culminación de las obras del hombre, de donde se saca la inferencia de que el individuo está supeditado al Estado. Esta doctrina cuenta con un modelo biológico y aparece en la *Política* como una analogía respecto al cuerpo. «La ciudad es por naturaleza anterior a la casa y cada uno de nosotros, porque el todo es necesariamente anterior a la parte; en efecto, destruido el todo, no habrá pie ni mano [...] Todas las cosas se definen por su función y sus facultades y cuando éstas dejan de ser lo que eran no se debe decir que las cosas son las mismas, sino del mismo nombre. Es evidente, pues, que la ciudad es por naturaleza y anterior del individuo, porque si el individuo separado no se basta a sí mismo será semejante a las demás partes en relación con el todo».

11

La concepción orgánica de la *pólis* y la supremacía de Estado sobre el individuo, también presente en la *Polítia*, como ecos totalitarios en la mentalidad moderna, representaba para los griegos la unidad y la integridad en el terreno de la moral. Platón y Aristóteles estaban fundamentalmente de acuerdo en los principios del Estado ideal, aunque se suele oponer Aristóteles por su dedicación al método empírico-científico a Platón por su concepto de la realidad basado en formas eternas y absolutas, perceptibles sólo por el intelecto. Su teorización encontraba su base objetiva filosófica en la naturaleza. Llama naturaleza de cada cosa a lo que cada cosa es, una vez acabada su generación. Sus apelaciones al paradigma de la naturaleza apoyan sus opiniones sobre la vida social, económica y política. La *dikaioσύne* entre hombres desiguales se imparte según leyes de la naturaleza. Lo que distingue y diferencia los hombres es la virtud. La virtud es la que fomenta la vida buena.

Aristóteles esgrime argumentos pragmáticos contra la unidad de la ciudad platónica o la simple dicotomía, frente a una pluralidad de partes, clases o grupos sociales, y admite la existencia de regí-

menes como organizaciones según las superioridades y las diferencias de las partes. Asimismo, en la *Ética* Aristóteles ofrece, como sistemática resolución de las dificultades políticas que en principio aparecen como *fainómena*, plantear las *aporíai* y resolver después con la corroboración de todas las opiniones establecidas (*ta éndoxa*), o al menos la mayor parte y las más autorizadas de ellas. «Pues si se resuelven las dificultades y quedan en pie las opiniones generalmente admitidas, la demostración será suficiente». Este silogismo remitía en la explicación socrática (y platónica) de los defectos de la conducta humana, que apelaba a la ignorancia intelectual y que para Aristóteles coincidía con las flaquezas morales. La creencia democrática en la igualdad de participación de todos los ciudadanos libres se alteraría por la convicción aristotélica de que los hombres son moralmente desiguales. Los hombres se clasifican por sus obras. Se rechazaría en la clasificación aristotélica de tipos de aportaciones la inversión financiera, la nobleza de nacimiento y la libre cuna, base de las posturas oligárquicas, aristocráticas y democráticas respectivamente, por las buenas obras.

La decadencia de la teoría política clásica, la superación del sistema moral deductivo de Platón y la teleología aristotélica de la virtud, que para ambos filósofos era inseparable de la *pólis*, es hoy más que evidente. La ruptura entre saber y moral está implícita en la tecnificación e instrumentalización del saber que se pone al alcance de todo el mundo. El llamado saber democrático que se aplica en la práctica de objetivos parciales está siempre motivado por la contribución con beneficios sociales. Frente a la distinción y jerarquización debida a la graduación de las capacidades humanas de receptividad y de elaboración creativa, la cultura de la sociedad de masas aparece como proceso de democratización.

La influencia de la teoría política griega en el pensamiento occidental y su crítica implícita a los problemas más acuciantes que afectan a la sociedad contemporánea anticipada en la caracterización de los distintos tipos de gobierno y sobre todo en la advertencia contra la sofística, la retórica y la técnica convierte la *pólis* en modelo teórico y marco referencial vigente que en la historicidad del momento adquiere nuevas *exégesis*.

## Filosofía y fenómeno urbano

Para poder contrastar en la filosofía clásica las ideas que predominan en la construcción de la ciudad y la sociedad contemporánea veamos antes qué *fainómena* se producen en el mismo tiempo y comprobemos la unidad entre la instancia teórica y práctica de la construcción de la *pólis*.

El trabajo sistemático de los arqueólogos está arrojando luz en el conocimiento de la arquitectura y la ciudad griegas. Se sabe que la arquitectura griega se caracterizaba por la funcionalidad, la naturalidad de su enclave en el paisaje, la escala humana, la sabiduría en el dominio del oficio constructivo y la contención lógica.

El período ateniense del siglo V, no en vano llamado el siglo de oro, que coincide con el período filosófico clásico, marcaría un punto de inflexión en la arquitectura y concepto de la ciudad.

dad. Desde la construcción de los Propyleos, la obra funcional se supedita en la obra monumental. A los Propyleos llegaba la vía Panathenea, que nos consta como el eje cultural más antiguo del mundo occidental. A lo largo de ese eje se desplegaban de forma jerárquica los espacios de la ciudad constituidos por decisiones políticas fundamentadas en un código democrático de jerarquización de los valores éticos.

En la explanada alta de la roca, ahí donde al principio estaban los palacios de los reyes míticos y que más tarde los tiranos de la ciudad utilizarían como refugio y arsenal, se construyeron los templos para el culto a los dioses. Así la «roca» se convirtió en «roca sagrada». Más abajo, en la primera gran explanada entre Dípylo (puerta doble) y la Acrópolis, se construyó la plaza abierta del Ágora, lugar donde se ejercían las funciones de la ciudadanía más importantes: la administración, la seguridad, la información, el intercambio de ideas, pero también la competición material e intelectual. El espíritu de este segundo nivel era humano y competitivo.

El extranjero, al entrar en la ciudad por el Dípylo que estaba en un tercer nivel más bajo siguiendo la vía Panathenea, se encontraba en Keramicós, el antiguo cementerio. El signo público le transmitía el mensaje de la sabia conjunción de la vida y la memoria de los antepasados, a quienes la ciudad rendía honores en este principal espacio, al atravesar sus puertas. A su ascensión por la vía Panathenea, de una longitud aproximada de un kilómetro, se le revelaba la secuencia de los espacios simbólicos de la ciudad ordenados según el ritmo vital de la actividad humana.

La ascensión a los Propyleos se colmaba con la contemplación estética de los edificios. Los teatros excavados en la roca, el gran volumen del Odeón, el Asclepeion. En la parte Norte se divisaba Pnyx y Areios Pagos. Así como los Propyleos se configuraban para resaltar los monumentos de la colina, en la configuración del acceso a la Acrópolis la jerarquización de los valores del Atenas clásico encontraba su voluntaria expresión artística en el tejido urbano.

Las construcciones de la Acrópolis estaban diferenciadas en forma, escala y nivel de detalle para sugerir una coherencia que era a la vez imponente y pintoresca. Su relación con el resto de la ciudad era la significación de aspectos tanto políticos como religiosos. Si el Ágora era el lugar donde los atenienses llevaban a cabo sus asuntos comerciales, si en Pnyx debatían las cuestiones del Estado, si en Areios Pagos se impartía justicia, los bellos edificios de la Acrópolis estaban siempre a la vista para recordarles las elevadas aspiraciones a que estaba dedicada su ciudad. La Acrópolis ofrecía la imagen de la ciudad ideal. Atravesar los Propyleos significaría el retiro impresionado del espacio de los hombres en el mundo de lo trascendental.

Este recorrido simbólico que conectaba los valores de la sociedad organizada de Atenas con la topografía del lugar era también de suprema importancia. La vía Panathenea no estaba trazada según el sistema hipodámico de Priene y Mileto o del propio Pireo. Estaba trazada por el tránsito del hombre durante siglos; era el propio paisaje, al que una voluntad y una sensibilidad colectiva

le daban su configuración definitiva. Los ciudadanos atenienses, para recordar y conmemorar sus valores antiguos, participaban en la procesión monumental de Panathenea que seguía la huella de la vía. En el *zooforo* del Partenón se reproducían estos significados. Esta relación entre ciudad y paisaje, entre ciudad y las huellas de su pasado que el urbanista no había subvertido, sin prejuicio de hacer las mejoras prácticas necesarias, es el tema arquitectónico y urbanístico de la mayor escala que la arquitectura, el urbanismo y la política clásica nos han legado. Historia y naturaleza, conjunción armónica sujeta a las normas universales, llevada a la *praxis* lógica. La expresión del lugar y del tiempo, de lo permanente y de la memoria, es trabajo de conocimiento y fantasía, expresión contenida por la reflexión.

La arquitectura griega insistía en la subordinación y conservación de los arquetipos así como en el proyecto artístico del espacio ambiental. La preocupación por los tipos funcionales más que por los estilos estuvo siempre arraigada en convicciones de cautela y construcción conservadora sin que los detalles refinados dejen de hablarnos de la forma particular en que se concebía la belleza y se podía alcanzar en la arquitectura, así como del sentido de las cualidades formales que en cada edificio concreto se estimaban apropiadas.

14 En la Acrópolis por primera vez se concebía el trabajo del arquitecto como el embellecimiento de la ciudad. Las construcciones amblemáticas de los templos y lugares sagrados que a ninguna necesidad práctica correspondían, como ocurriría con la arquitectura religiosa posterior, se destinaban tanto para materializar el orgullo de los ciudadanos como para servir a los dioses. Identificados con las epifanías de los dioses y con las potencias naturales, dieron origen a la unión más perfecta entre arquitectura y naturaleza. De la naturaleza se extraían las rigurosas leyes matemáticas de esa arquitectura como proceso mental y universal de abstracción. La idea pitagórica de la forma en tanto que número adquiere aquí sentido. Como en la filosofía, en la arquitectura se establecía la superioridad de la forma sobre la materia.

Un paso más allá se daba al considerar a los edificios públicos dignos de ser tratados del mismo modo que los templos y se abría así la puerta a la concepción de la ciudad bella. La hipótesis de que los atenienses del siglo V se dedicaron con plena conciencia a transformar la ciudad en un ámbito de la vida virtuosa se puede comprobar precisamente en el hecho de construir la ciudad bien planificada. Para cada actividad había edificios especialmente contruidos para cobijarla. La escala de los edificios se adaptaba al uso cotidiano de los hombres que los utilizaban. Esta conciencia del tamaño más allá del cual se menguaba la dignidad humana se celebraba como la norma a la moderación que imponía el Oráculo de Delfos. El elemento de prudencia y discreción que caracterizaba la percepción del espacio educaba la contemplación en el placer estético y enriquecía la vida cotidiana, que se hacía agradable y alentaba la autoestima. Era un mundo humano con aspiraciones manifiestas de esplendor, con deseos de interiorización de las cosas y vida en intimidad relegada en la arquitectura doméstica. Entre la casa y la ciudad se establecía una relación de supe-  
ditación de la primera a lo público.



En Grecia se concibió que el trabajo del arquitecto era proyectar ciudades enteras y no sólo edificios particulares, y este apremio arquitectónico, la idea de la arquitectura como ámbito conscientemente ordenado, se fomentaba en el sustrato teórico de la elaboración filosófica.

La filosofía griega veía fundamentalmente el ámbito de la ciudad como sistema de la organización de los hombres en sociedad cuya vida eudemónica era función de la educación y la *gnósis*. Las ciudades reflejan el patrón estético y ético de los ciudadanos, lo que nos hace reflexionar sobre la educación y la clase de cultura de la sociedad contemporánea y la política que la dirige. La crisis de la ciudad, la abolición del espacio público son síntomas de una sociedad que se aleja cada vez más del concepto de la *pólis* y la *eudaimonía*.

## **Representación y emancipación**

La conceptualización de la ciudad moderna tiene su origen en el Renacimiento. Los grandes cambios estructurales que dan paso de la economía agrícola a la economía urbana han llevado a los grandes cambios sociales y culturales. Se alteraba entonces la sociedad vinculada a la naturaleza y a la tierra. Cerca de la tierra el hombre tenía contacto con la materia y su comprensión del mundo era inmediata. Recibía su información de los fenómenos naturales, del cielo, la lluvia, la vida de los animales. En la ciudad ahora el hombre se asombra de las cosas en las que no participa, cuya configuración y función no comprende. Órganos dirigentes que dictan normas, que toman decisiones, que imponen criterios, que patrocinan y promueven grandes obras. Complejidad cada vez mayor que resalta a figuras pensantes de trascendencia antes desconocida. Autoridades como Alberti y como Serlio dirán cómo hay que construir la ciudad, impondrán normas, crearán instrucción. La circulación de ideas y la perpetuación de modelos ha sido durante la Edad Media un aprendizaje ligado a la experiencia y la transmisión directa. Los cambios que se introducen tienen incidencia en el pensar y la instrucción. La máquina de la instrucción de ahora es poderosa. Dispone de medios de difusión. La enseñanza de hombre a hombre se mediatiza por el libro, el tratado. La abstracción progresa cada vez más.

15

Crece las fisuras y se abre una distancia entre iluminados y pueblo, mientras crece la urbe y la sociedad urbana. La urbe multiplica sus instituciones, sus órganos de gobierno. Se crea la necesidad de instruir a los ciudadanos en la disciplina de la convivencia y los valores del poder. El poder político y el poder económico absorberán el poder del pensamiento, lo instrumentalizarán. Machiavelli indicará al príncipe cómo hacer que los gobernados necesiten su gobierno mientras creen que es su benefactor. La ciudad tendrá monumentos que magnifiquen la fuerza del príncipe. La ciudad monumental instruirá a los ciudadanos a la obediencia y les enseñará a respetar el poder, a temer la justicia, a salvar su alma, pero también a sensibilizar sus sentidos en la belleza del arte de la arquitectura, en el ocio del placer visual, a cultivar su espíritu a través de las ideas abstractas y de los conceptos transmitidos en el lenguaje arquitectónico.

Las monarquías absolutas del barroco y la contrarreforma católica introducirían innovaciones en el lenguaje arquitectónico. La iglesia adoptaría un estilo de espacialidad e iconicidad renovada para seducir y hacer volver los fieles a su seno, mientras que las monarquías decadentes, lejos de poder solucionar los grandes problemas de la concentración de las masas en la urbe, se ensimisman en sus lujosos palacios y sus excesos provocadores de la ira y la rebelión de las masas al final. El lujo, el exceso representativo ya no seduce al pueblo. Otras fórmulas tendrían que proporcionarle bienestar. La ciudad magnífica, la economía industrial ascendente, la explotación de las masas, la miseria que esconde la urbe ya masificada, va a ser insostenible. En este marco se producirían las reformas urbanas de Haussman, los ensanches de las ciudades europeas, la ciudad americana.

16

La ciudad del siglo xx se impregnaría de consignas sociológicas y buscaría su representatividad ideológica a través de los servicios, los equipamientos sociales, infraestructurales, la vivienda. Su propuesta de imágenes expresaría la funcionalidad, la economía, el higienismo. Un cambio substancial se produciría en la conceptualización del espacio público. La ciudad, que se había hecho de fuera a dentro, donde lo público mandaba sobre lo privado, invierte su proceso. El espacio público que era la figura tallada en la masa densificada de la edificación se convertiría en fondo de figuras arquitectónicas, objetos autónomos que expresan su función interna sin coherencia entre sí, sin voluntad urbana. Los mitificados espacios libres y espacios verdes de la modernidad higienista tendrían el impacto de lo amorfo, de lo residual o el espacio por excelencia del automóvil. El espacio público imbuido tradicionalmente de la idea de artisticidad y su función emancipativa sobre el pueblo a través de la cultura estética decae. El funcionalismo degenera en baja calidad constructiva y espacial. Los elementos urbanos fundamentales, la calle, la plaza, la fachada pública, sufren una transgresión conceptual. La pérdida, en definitiva, de la imagen urbana actuaría como metáfora de la pérdida cohesión social y una problematización cultural epocal. Ruptura con la tradición, tecnificación y mecanización de la vida, experiencia mediatizada y pérdida de contacto con lo real, alejamiento cada vez mayor de los centros de decisión.

En la contestación crítica a la ciudad moderna como «totalitaria, científica, estadística, normativa, neutra, isótropa» se manifestaría una reivindicación de humanidad a través de la estética. Una tendencia populista que abanderaba un supuesto pluralismo trataría de suplir los vacíos del prometido progreso no consumado con una apología de la forma. Reivindicaría la diversidad frente a la homogeneidad y la inclusión de todo tipo de figuración frente a la abstracción de la modernidad exclusivista. Una esteticidad difusa sin criterios profundos disimularía los fundamentos pragmáticos desde las exigencias del mercado pujante con la proliferación de lenguajes arquitectónicos inacotados que llevarían a la confusión de la experiencia visual.

Las corrientes formalistas, postestructuralistas, semióticas pondrían en circulación el valor de la comunicatividad como máxima de la producción espacial. Ante la crisis de la contemplación estética surge la estética de la recepción. La opinión del público ahora, pueblo educado, es impor-

tante. El posfuncionalismo y posmaterialismo convierte el valor semántico de la arquitectura en valor de cambio para su circulación en el mercado de los productos, dando *status* social a sus usuarios y promotores. En la sociedad del ocio y del consumo, el carácter lúdico de la producción espacial lleva la consigna de la duración efímera y universalidad a favor de objetos acotados y signos de la moda. El espacio de la ciudad se contamina por la arbitrariedad de los criterios de otros campos del diseño y la multitud de las vías de difusión: la moda, la publicidad, la televisión, los medios de comunicación en general.

El mundo simbólico del hombre posmoderno se intercambia por imágenes de significación abierta donde no hay una correspondencia entre forma y contenido, programa y proyecto, proceso y producto, intuición personal y conciencia colectiva. Una independencia entre imagen y concepto deviene retórica formal. Sin otro sentido que lo meramente decorativo y escenográfico, una acumulación de apariencias cada vez más orientada hacia la demanda de un público supuestamente educado en la cultura estética, lo seguirá manteniendo en la misma situación.

Un matiz más. Será un público que ya consume el espacio como otros productos de consumo. No habrá ofrecimiento gratuito de espacio público. Las políticas neoliberalistas, con la flexibilización cada vez mayor de los planes de las ciudades, cederán la decisión sobre el espacio público en la iniciativa privada. La estancia tiende a trasladarse a los espacios cerrados: los centros comerciales y recreativos, los grandes *lobbies*, museos y centros culturales, edificios polivalentes, edificios autosuficientes respecto a la ciudad. La respuesta a la crisis de la ciudad pública quizá radica en el examen de un problema de educación.

17

### **Adaptación y «sociedad de masas»**

Lo que hoy se manifiesta como crisis de educación no es un simple objeto del sector pedagógico. Más allá de los factores que influyen e impiden la realización de la cultura hay que examinar su propia naturaleza. La cultura de hoy es consecuencia de lo que Adorno llama *Halbbildung*, «semieducación socializada y omnipresente espíritu alineado»; está encarnada en una conciencia separada del estado psíquico de la persona. Esta forma desacraliza la idea de cultura clásica y su incidencia en el alma. El lado opuesto de la *dikaio syne* es la *barbarie*, término a menudo explicado como «sociedad de masas». Si la educación tiene un factor subjetivo, socialmente se ha verificado que nunca se realizó la emancipación plena de las modernas clases urbanas. La realización de la idea de cultura como libertad naufragó. La cultura se hizo autosuficiente y se convirtió en «valor». La educación como preparación para la vida acentuó el elemento de adaptación como forma de comportamiento. Al perderse la tensión entre la necesidad de *adaptación* y la naturaleza del hombre persistente en la idea de la cultura clásica, la adaptación se convierte en el esquema de la continua dominación, se presta a la ideología y promueve la subformación. Los universalmente organizados medios frente a cualquier fin lógico propagan una pseudorracionalidad sin conceptos levantando un edificio de cristal que se autoconfunde con la libertad y la falsa conciencia se mezcla con aquella del espíritu por sí mismo.

La educación, que debería adaptarse como espíritu propio al individuo libre, de conciencia propia, influiría como consecuencia sobre la sociedad y efectuaría la transformación de sus impulsos realizando una sociedad más ilustrada cuanto más ilustrados fuesen sus individuos. Pero el sueño de la educación, la libertad, se contamina por los dictámenes de su utilidad. Después está la discriminación. Los que la poseían disponían del monopolio de la educación también en las sociedades formalmente de iguales (sociedades de proletariado). En los procesos capitalistas los trabajadores se privaban de todas las condiciones para una educación, sobre todo el tiempo libre. Todos los sistemas de la educación popular han sido caricaturescos. El preurbano mundo de ideas se ha destrozado del todo. Y la idea de la cultura urbana no encontró el tiempo para formalizarse. La conciencia ha pasado de un heteronomía a otra. En el lugar del libro, la televisión y los acontecimientos que escribe la vida con toda exactitud en el lugar de la fantasía creativa, verificándose el peligro de la advertencia de Platón contra la educación en las artes de la mimesis.

18

El fenómeno de integración, la fluidificación de los límites sociales, como desde hace tiempo en América, las masas que se alimentan de innumerables canales de bienes culturales neutralizados y fosilizados, hacen que se mantengan dentro de la misma línea todos aquellos para los cuales nada es muy caro y difícil. Esto se consigue mientras los contenidos de la cultura dentro del mecanismo del mercado se adaptan a la conciencia de los que estaban excluidos del privilegio de la cultura. Pero la creciente diferenciación en el poder social priva a los más débiles de las condiciones básicas de autonomía. Así que la aproximación entre las clases sociales sólo se está efectuando a un nivel psicológico y no objetivo-estructurante. Subjetivamente bajo el velo de la unidad, especialmente en las categorías consumistas, aparece también la continua lucha entre sujetos de intereses antagónicos. La capa poblacional baja es «realista». Los otros se sienten como si expresaran los ideales.

La idea de cultura tradicional sobrevive como referencia en su definición de contenidos de verdad y de su relación con sujetos vivos frente a los objetivados pragmáticamente contenidos comerciales de este estado actual de cosas. Las personas aisladas y distinguidas profesionalmente que no cayeron en este fundidor se autocelebran como élite. La ilusión de que uno es libre, que inconscientemente funciona en todos los individuos en los países capitalistas, obliga a comportarse como tales. Como el poder absoluto del principio del intercambio resta de la sociedad las características cualitativas con las cuales el individuo podría identificarse y educarse, el todo domina sobre el individuo de modo que se obliga sólo a repetir las deformaciones.

A pesar de que se denuncie la ausencia de un mundo social y espiritual, hay avidez de arbitrariedad. Por un lado hay deseo de prototipos guía, por otro se desmiente la substancialidad de ellos. Ésta es la naturaleza antinómica de la cultura: su condición de autonomía y de libertad pero que al mismo tiempo remite a un orden de cosas dado, en relación con las cuales sólo puede uno edu-

carse. Los prototipos guía activos hoy son mezcla de representaciones ideológicas que interfieren filtrando la realidad. La incultura como simple ingenuidad, simple ignorancia, permitía una relación inmediata con los objetos y podría desarrollarse en conciencia crítica gracias a su potencial de escepticismo, humor e ironía. En la cultura preurbana radicalmente en desacuerdo con la racionalidad urbana era substancial la tradición. La pérdida de la tradición termina en un estado de ausencia de imágenes, un desierto del espíritu que se transforma en simple medio. Nada impulsa ya el espíritu a un vivo contacto con ideas. La autoridad que posiblemente, en épocas pasadas, mediaba incorrectamente entre la tradición y el sujeto ha sido desplazada en las reformas de la educación y la sociedad debilitando todavía más el ego que emerge, según Freud, de la identificación con la figura del padre.

Con la desaparición del llamado hombre espiritual, su supuesto sucesor es el realista, que no está más cerca de las cosas sino sólo dispuesto a adaptar con comodidad su existencia espiritual y asimilar todo aquello que le colma. La necesidad del alma de imágenes se colma de sucedáneos como las mitológicas que elaboran los *mass-media*, en las cuales nadie antepone los hechos históricos. Estrellas de cine, éxitos, textos y títulos, palabras sin saber lo que significan, una especie de *pot-pourri*... Si la cultura es capacidad de diferenciación, en su lugar hoy prolifera un sucedáneo: la heterogénea sociedad del *status* que absorbe restos de cultura y a los que convierte en emblemas de prestigio social. Esto nunca fue ajeno a la cultura burguesa, sólo que detrás se podían mover aquellas fuerzas humanas que abrían nuevas perspectivas. Pero esta dialéctica de la cultura se inmovilizó con su plena integración social y se convirtió en objeto de escenografía. De las ideas que le insuflaban vida escapó la energía; ni atraen a la gente como conocimientos porque como tales han quedado detrás de la ciencia, ni se le inculcan como normas. La libertad y el humanismo han perdido su vigencia porque la vida ya no puede seguir estas ideas. Ni siquiera han sobrevivido sus compromisos estéticos. Los contenidos en verdad se trituraron. Lo que el idealismo ha concebido como constante y atemporal se vuelca en la dinámica social de la transitoriedad encarnando formas intelectuales en su gran parte convencionales, petulantes e ideológicas.

La presunción de que la cultura se beneficia por la subida del nivel de vida, ya que los bienes culturales se hacen accesibles a todos, es una ideología pseudodemocrática de «vendedores», dice Adorno. El crecimiento del nivel de vida aumenta la demanda cultural como deseo de incorporarse a aquel estrato social superior del cual subjetivamente, de todos modos, se diferencia cada vez menos. El resultado es que amplias capas pueden presumir de una cultura que no poseen. Lo que antiguamente caracterizaba sólo al fanfarrón y al nuevo rico se convirtió en mentalidad popular. Y de este gran sector de conciencia, fácilmente autoengañable, sobrevive la industria cultural en su doble faceta de crear demandas y ofertas culturales.

Parece como si la educación necesitaría una protección de las presiones del mundo exterior, una protección del sujeto individual, de la libertad subjetiva, quizá, incluso, sería necesaria cierta falta de sociabilidad.

## Contraconceptual-antintelectual

En el marco cultural trazado se sitúan la demanda y oferta del espacio arquitectónico como máximo exponente significativo de la actividad pública así como de la vida privada. Los arquitectos como otros, científicos y artistas, se han sumado a estas redes de tráfico de mercancías.

Imágenes que se identifican con el hombre público, con las funciones públicas, con la vida privada, distrayendo y estimulando con el discurso de la innovación como legitimación de la forma arquitectónica. No siempre se actúa de mala fe. Más bien lo contrario. La confusión y el oscurantismo no es sólo propiedad de las «masas explotadas» por el mercado y sus aliados diseñadores. Es un todo. La confusión y la incertidumbre no se despejan salvo si se comprendieran los principios y conceptos que promueven las cosas. ¿Pero quién se preocupa de saber para qué sirven los conceptos y la razón de su existencia? A esta categoría de los desprevenidos pertenecen tanto productores como receptores. Los primeros obran de dos maneras. O rechazan el concepto para atrincherarse después en la prepotencia contra la teoría o los tragan enteros bajo alguna autoridad de famoso renombrado y los utilizan axiomáticamente como citas de las obras de los supuestos grandes pensadores o teóricos. Los conceptos divagan entonces como almas en pena dentro de los espacios arquitectónicos que, como textos de aficionados, están legitimando su ilegítima opinión.

20 La función significativa del concepto para la conciencia que se aproxima a una experiencia espacial es fundamental y no sustituible por el comentario y la cita. Para quien no está familiarizado con la específica problemática de la arquitectura normalmente entabla con estas arquitecturas conceptualmente no aprehendidas una relación a ciegas. Una relación que no se limita sólo al nivel intelectual, sino que deforma también la relación sensual. ¿Cómo puede el sujeto someterse a una racionalidad que es irracional? Allí está la oposición de un espacio tradicional que se comprende y se reconoce. La representación pertenece a un concepto estético que se basa en unas condiciones objetivas. La objetividad hoy se contamina por la personificación: Frank Ghery y la deconstrucción, la arquitectura blanca de Richard Meyer, el *high tech* de Foster, las estructuras óseas de Santiago Calatrava son estilos personales que adquieren cierto carácter arquetípico. Está también la arquitectura de clichés territorialistas, grupos que buscan crear sus señas de identidad. El populismo político distrae la atención hacia obras públicas, plazas, museos, parques, centros culturales que se desvían de sus objetivos esenciales para ponerse al servicio de la propaganda política. Hasta la percepción estética elemental se deforma por las connotaciones que la arquitectura adquiere.

Hemos vivido los últimos días el fenómeno Guggenheim. Una ciudadanía, a la que se le invitaba a opinar sobre el nuevo museo bilbaíno, expresaba su incertidumbre y al final su alineación con expectativa de que el incomprensible edificio cumpliera con los objetos políticos que le han sido asignados. Observamos cómo la actitud contemplativa se fuerza a convertirse en activa y enjuici-

ciadora. La opinión por un lado parece determinante para la obra pública, como para la obra de arte, pero por otro se da hecha. Un mecanismo que promociona el prestigio de la actitud culta se eleva a la categoría de narcisismo colectivo que funciona como compensación psicológica de la impotencia social. Al mismo tiempo un sentimiento de culpa invade la conciencia que no obra según su propia elección haciéndose en fantasía parte de una identidad superior y universal a la que atribuye tantas virtudes cuantas le faltan a uno mismo y de la cual recibe algo como participación en estas cualidades. Así se explica la aceptación de todo al final. En general la postura es la de compartir, de disponer, de gesticular, de conversar como si compertener en algo que es ilusorio.

Baudrillard presenta el efecto Beaubourg como ejemplo de estos espacios de la «socialización dirigida» o «el fin de lo social»: «[...] el único contenido del edificio es la masa misma, a la que trata como un convertidor, como una cámara oscura o, en términos de *input-output*, exactamente como trata una refinería un producto petrolífero, un flujo de materia bruta.

Jamás estuvo tan claro que el contenido —aquí la cultura, en otros casos la información o la mercancía— no es más que el soporte aparente de la operación del médium, cuya función es siempre inducir masas, producir un flujo humano y mental homogéneo. Movimiento inmenso de vaivén parecido al de los operarios de suburbio, absorbidos y vomitados a horas fijas por sus lugares de trabajo. Y precisamente de un trabajo se trata aquí, trabajo de test, de sondeo, de interrogatorio dirigido: las gentes acuden a seleccionar objetos-respuesta a todas las cuestiones que pueden plantearse, o mejor, ellos mismos acuden en respuesta a la pregunta funcional y dirigida que constituyen los objetos. Más que de una cadena de trabajo se trata, pues, de una disciplina programática cuyas contrariedades se difuminan tras una cortina de tolerancia. Mucho más allá de las instituciones tradicionales del capital, el hipermercado, o Beubourg, «hipermercado de la cultura», es ya el modelo de toda la forma futura de socialización controlada: nueva totalización de un espacio-tiempo homogéneo de todas las funciones dispersas del cuerpo y de la vida social (trabajo, ocio, *mass-media*, cultura), retranscripción de todos los flujos contradictorios en términos de circuitos integrados. Espacio-tiempo de toda una simulación operativa de la vida social».

21

## Compertener

Este deseo de compertener afecta también a la elección del lugar de residencia y de trabajo. El espacio vital se rebaja a los signos del reconocimiento social y la integración. Un conformismo sin antecedentes elimina la crítica y la confrontación con las fuerzas establecidas reconfirmándolas y multiplicándolas.

Como ejemplo, la crítica que prolifera a través de las publicaciones dedicadas a la arquitectura y la ciudad, al menos la más exitosa, es pura astucia. Ya no tiene contrarios, sino pretendientes deseosos de escalar profesionalmente.

Toda subjetividad se socava. La experiencia del espacio existencial se mediatiza. El nivel de conciencia de lo que ya no es presente, el ejercicio de la continuidad, que fomenta en cada individuo la tradición, se pierde. La memoria se sustituye por información sígnica, inconexa, intercambiable y efímera que en el momento siguiente otras informaciones, otras imágenes borrarán. La conexión de la experiencia sólo es posible en el tiempo. La debilidad espacial que hoy experimentamos se manifiesta también hacia el tiempo. Como pasajeros de un tren que con la velocidad de un rayo pasa por las distintas poblaciones de las que sólo registra una fábrica, un campamento o una torre, objetos con que se identifica la población, esta abstracción que admite lo parcial como representativo de lo general y el concretismo son aspectos complementarios del concepto que confunde la vivencia espacial como secuencia. Del espacio de la ciudad extrae fragmentos, preparados clichés que se escapan de la articulación dialéctica del espacio. En esta operación mental se fundamenta el proyecto arquitectónico consensuado con el proyecto político en crear hitos y reclamos en el desierto urbano.

El conformismo reinante esconde detrás también el resentimiento, porque el subconsciente conoce la deformación de la conciencia. El resentimiento es lo contrario de la bondad, del procurar el bien, el *areté* que se alcanza cultivando el espíritu. Su otra expresión es el escepticismo, que se manifiesta como lo técnicamente imposible: «es imposible hoy imponer el orden, planificar la ciudad. Imitemos el contexto, las interpretaciones poéticas de lo degradado y lo caótico, el realismo sucio, el surrealismo, lo irracional». Estas posturas esquematizadas para la afrontación de la realidad que sustituyen la experiencia y la postura crítica también contrarrestan el miedo a lo desconocido y lo incomprensible.

22

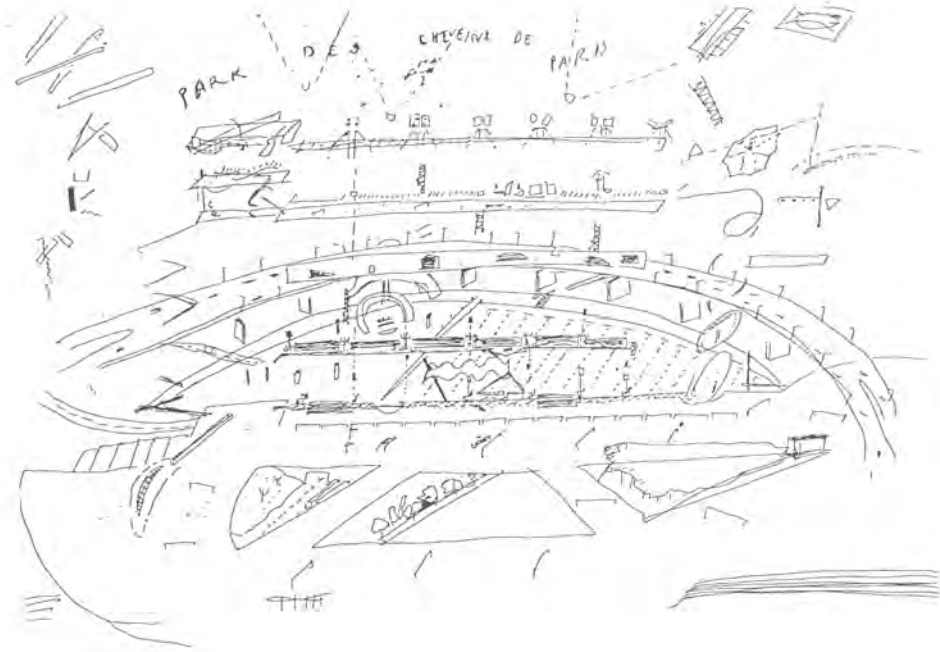
El ciudadano consumidor de espacios y ambientes se siente respaldado por todos los demás realmente aislados como él mismo. La forma narcisista de ser uno sociable y pertenecer a un colectivo o ambiente cuando no se trate de temas cotidianos o de control de la realidad es la obra por excelencia del ego de tipo antiguo, como diría Freud.

La paradoja es que la educación subjetiva se produce objetivamente pero es incapaz de producir la comprensión objetiva. Esta paradoja tiene su parangón con otra: la idolatría paranoica que avanza en paralelo con la impersonificación del mundo. La conciencia alienada no conoce ninguna relación inmediata con algo por lo que se apega a representaciones. La postura es tomar algo como dado, como que se entiende. Por este motivo las maniobras políticas, las manipulaciones del poder económico pasan acriticamente y se incorporan fácilmente. No se explican de otra manera operaciones culturalmente vacías, decisiones políticas toleradas y admitidas, que afectan al patrimonio, al espacio público, al medio ambiente, lo más inmediato, vital y sensible.

Lo irracional parece que disfruta de creciente simpatía. El amor hacia lo natural ha degenerado y la despreocupación por el alma que puede proyectar exigencias espirituales se convierte en barbáricamente antiintelectual. Y ese estado de cultura patológica que afecta a toda la sociedad se reproduce objetivamente, con medios que mantienen la esfera de la conciencia impotente.



Hablamos así continuamente de cultura como hablamos de la *pólis* ante su tendencia a la disolución y las elevamos en valores que están separados de la sociedad. Pero el espíritu depende de las condiciones reales de la vida y no se puede separar de su origen o de lo que en términos aristotélicos es la naturaleza de las cosas ni convertirse en un medio. Su autonomía no constituye sólo su falsedad, sino también su verdad. El espíritu no se identifica completamente con la sociedad, con la inmediata adaptación a sus demandas.



23

---

## BIBLIOGRAFÍA

Platón, *Política*, Ed. Papyrus. Atenas.

Aristóteles, *Política*, Ed. Papyrus, Atenas.

Aristóteles, *Ética*, Ed. Papyrus, Atenas.

Jean-Jacques Rousseau, «El ocio superfluo», de la carta a D'Alembert, *La cultura de los medios*, Ed. Alejandría, Atenas.

M.I. Finley (ed.), *El legado de Grecia*, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1989.

Theodor W. Adorno, *Theorie der Halbbildung* (de la traducción en griego), Ed. Alejandría, Atenas, 1989.

Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Ed. Kairós, Barcelona, 1978.



Albín Brunovský, pintura, 1972.

# LA CIUDAD CIRCULAR COMO MODELO TEÓRICO

Roberto Goycoolea Prado

*En el arquetipo teórico de la ciudad circular se simbolizan las cualidades esenciales de la ciudad en cuanto a su conceptualización y, en consecuencia, a su habitabilidad.*

**S**in ser abrumador, existe en la historia del urbanismo un amplio y recurrente discurso que propone a la ciudad circular como la más idónea de las estructuras urbanas. Los antecedentes más antiguos de esta idea coinciden con el desarrollo de las primeras ciudades en Asia Menor. En ellas, diversos testimonios utilizan al círculo como símbolo de ciudad, en la medida que ésta era entendida como un reflejo de la perfección cósmica. Esta manera mítica de entender la relación entre ciudad y circularidad se aplicó tanto para simbolizar asentamientos construidos (el relieve de Nemrod en Babilonia, el jeroglífico de Nekhebet-el-Kab del Bajo Imperio egipcio) como ideales (la mítica Media-Ecbatana descrita por Herodoto, la estela funeraria del *oppidum* de Substantion en Castelnau-le-Lez).

Con el desarrollo de la filosofía especulativa jónica, las relaciones entre circularidad y ciudad tienen un giro cualitativo. La ciudad circular

comienza a considerarse como el modelo urbano ideal, no tanto por sus valores simbólicos como por sus propiedades morfológicas. Metón y sobre todo Platón definirían con exactitud las características geométricas y funcionales de la ciudad circular ideal: estructura radial de calles, equidistancia de funciones, jerarquización espacial, etc.

Bajo la influencia de la tradición religiosa y del neoplatonismo, la escolástica medieval desarrollará una serie de ciudades circulares que, frente a las griegas, acentúan el valor de esta forma como simbolización teológica. Por su perfección, el círculo es considerado la figura de las obras divinas: circular es la Jerusalén celeste de la Biblia de Saint Vaast, circulares los muros del paraíso terrenal diseñado por Fra Mauro en el siglo xv, y cilíndrico el luminoso Palacio del Santo Grial descrito por Titurel el Joven en pleno siglo xiii.

25

La recuperación de la tradición clásica, especialmente del tratado de arquitectura de Vitruvio, y el desarrollo de la nueva ciencia en el siglo xv, condujeron a recuperar una visión positiva de la ciudad circular. Prácticamente todas las interpretaciones de la ciudad circular vitruviana coinciden en presentarla como la más racional, funcional y económica de todas las estructuras urbanas, destacando, entre otras, las interpretaciones de Fra Giocondo (1511) y Cesare Cesariano (1571). Consecuentemente, en los proyectos de ciudades ideales renacentistas, de la *Sforzinda* de Filarete (1471-1464) a las fortificaciones de Jacques Perret (1601), el círculo ocupa un lugar preferente por sus propiedades geométricas. Sin embargo, aún no es una visión del todo objetiva. Debido al significativo componente neoplatónico de la filosofía humanista, la ciudad circular mantiene muchas características simbólicas, sobre todo considerarla perfecta y apta por reflejar el orden con que la divinidad creó el universo (la *Ciudad del Sol* de T. Campanella [1623]).

En el mundo moderno, la mayoría de las propuestas teóricas de ciudades circulares se desligan de cualquier connotación teológica, para centrarse en las propiedades morfológicas y objetivas del modelo; como sucede en las agrupaciones de aldeas circulares de J. Gandy (1805), en la *Colonia feliz* de R. Pemberton o en la conocida *Ciudad jardín* de E. Howard (ambas de finales del siglo xix). Y, recientemente (1989), el Instituto Americano para la Conservación de la Energía propuso un modelo circular de ciudad, resultado de una larga investigación sobre el esquema

urbano más eficiente desde el punto de vista del transporte y el ahorro energético.

## La ciudad circular como modelo construido

Frente a la constante presencia teórica de la ciudad circular en la historia del urbanismo, «queda en pie el hecho desconcertante de que la forma circular nunca se convirtió en norma para el trazado de las ciudades, ni siquiera entre aquellas poblaciones que edificaban casas circulares y a pesar de que su concepción del espacio estaba dominada, como ocurría entre los romanos, por la figura del círculo» (Rykwert, 1985, 116). Las ciudades con estructuras espaciales circulares (Palmanova, Behern-Lubchin, Karlsruhe) o aproximadamente circulares (Sinjeril, las *ciudades* de Languedoc<sup>1</sup>, Madrigal de las Altas Torres) son excepciones en un panorama dominado por estructuras rectangulares o aproximadamente ortogonales.

Esta paradójica contradicción entre un gran número y calidad de propuestas teóricas frente a unas pocas realizaciones materiales aumenta al considerar que la mayoría de las ciudades circulares se han planteado como proyectos *construibles*. Raras veces se pueden clasificar estas propuestas como formalizaciones de una idea teológica, poética o especulativa, sin ninguna intención práctica. Incluso, una serie de modelos circulares que han sido fundamentales para configurar la imagen y la estructura de la ciudad occidental, nunca se han construido según las propuestas originales: las ciudades de Platón, la de Vitruvio y sus interpretaciones y la *ciudad jardín* de E. Howard.

¿A qué se debe, entonces, la escasa implantación de un modelo urbano reiteradamente propuesto y cuyos principios urbanos y constructivos son formal y funcionalmente lógicos y coherentes?

Desde nuestra perspectiva, la respuesta no se encuentra en el propio modelo sino en una serie de *desventajas prácticas* que presentan al ser comparado con los sistemas urbanos ortogonales:

Geométrica y constructivamente, la figura circular es la más sencilla de describir y trazar (Euclides). En principio, delinear una circunferencia, e incluso una estructura radioconcéntrica, no requiere de los conocimientos de agrimensura necesarios para trazar un ángulo recto. Esta ventaja desaparece, sin embargo, cuando el círculo debe compartir el espacio con otras figuras de similares o diferentes propiedades; por dos razones generales (Prada, 1967): *a)* Las intersecciones, uniones y yuxtaposiciones entre elementos circulares son más difíciles de representar y construir que los encuentros ortogonales; basta observar el número de elementos distintos que intervienen en un encuentro de cuerpos curvilíneos y los de uno ortogonal para captar la simplicidad y economía que presentan estas últimas. *b)* Por su propia morfología, el número de relaciones que establece un círculo con otros adyacentes es menor comparado con un conjunto similar de elementos rectangulares; tanto si la relación se establece entre los centros de la figuras como a través de sus lados. Esto significa, como de hecho ocurre, que al tener más capacidad de establecer relaciones, las estructuras ortogonales de subdivisión del espacio ofrecen mayor flexibilidad y adaptabilidad constructiva y de uso.

Las estructuras circulares tiene un peor aprovechamiento del espacio comparado con las ortogonales, exactamente un 21,46 %; con las consiguientes *desventajas «económicas»* que implica. Ante esto, se podría argüir que en una ciudad circular aislada el aprovechamiento del suelo y las posibilidades de intercambio son superiores, debido a que la relación entre los miembros urbanos está asegurada por la pregnancia del centro y por la lógica de la subdivisión y la comunicación radioconcéntrica del espacio, y a que la ocupación del suelo a igual longitud de perímetro urbano es un 22 % mayor en un círculo que en un cuadrado. Pero, como se apuntó, esta conclusión es válida sólo para cuerpos aislados y no para estructuras complejas de ocupación del espacio. En efecto, las ciudades y edificios circulares logran su máxima expresión formal, funcional y simbólica cuando son obras exentas, sin relaciones de continuidad con ningún cuerpo adyacente; como la hemisférica *stupa* de Sāñchi en la India, la *tolos* de Epidauró, el templo de Vesta en Roma, la mezquita de la Roca, la *Casa del vicio y la virtud* de Filarete.

27

### **Razón de ser de los modelos circulares**

Posiblemente, la serie de *desventajas comparativas* recién analizadas aclara desde parámetros objetivos la supremacía de las estructuras ortogonales en la ciudad construida. Sin embargo, a partir de ellas no se explica la recurrente defensa del modelo circular como el racionalmente más idóneo en la teoría del urbanismo. Al contrario, por las características de las *desventajas* analizadas, las estructuras urbanas circulares deberían ser abandonadas

por la reflexión teórica; sobre todo porque son *inconvenientes* inherentes a las propiedades morfológicas de lo circular e independientes del conocimiento científico, tecnológico y de los medios económicos de quien lo desarrolla.

Ahora bien, si la permanencia teórica de la ciudad circular no se explica desde aspectos morfológicos y funcionales ¿a qué responde, entonces, su consideración como el modelo urbano por excelencia?

Nuestra hipótesis es que responde a una función ideográfica, es decir, se utiliza como un artificio mental por el cual las propiedades y cualidades asignadas a una imagen determinada simbolizan la esencia del ente que representan. Con el uso del círculo como ideograma de ciudad, se intenta expresar lo que en esencia es (o debería ser) la ciudad; no en cuanto objeto construido o construible, sino en cuanto a su propia naturaleza. En este sentido, las propiedades geométricas y morfológicas, así como las cualidades asignadas al círculo, que expresarían la esencia de lo urbano, se pueden resumir en los siguientes conceptos: límite, unidad, centralidad, perfección y humanidad.

## Límite

Las ciudades circulares coinciden en plantear una perfecta definición del espacio urbano. El fundamento filosófico de esta idea se encuentra en la antigua Jonia, cuando en los albores del pensamiento especulativo se constató la dificultad que tiene la mente para comprender lo que no tiene límite ni forma definida (Mondolfo, 1971). Es más, en las filosofías realistas sólo lo que tiene forma *es*<sup>2</sup>. En consecuencia, si el espacio y/o los cuerpos que definen un asentamiento

fuesen ilimitados (cuando cada uno de sus elementos y el conjunto de ellos no tiene un límite definido), no se los podría describir ni imaginar, en definitiva, no podrían *llegar a ser*. Definir claramente los límites urbanos se presenta así como una condición necesaria de la propia existencia y comprensión de la ciudad.

De todas las formas que se han otorgado a la ciudad, la circular es la que mejor manifiesta la noción de límite. La circunferencia crea un límite urbano único y continuo. No existen en él puntos débiles (uniones, vértices) ni elementos que señalen *a priori* el punto donde el límite se puede traspasar. Al contrario de lo que ocurre en los campamentos romanos, donde los accesos se sitúan en el centro de cada uno de los lados del rectángulo, sólo por una decisión arbitraria se puede decidir dónde romper la continuidad de una circunferencia, por definición, continua y sin puntos singulares.

Esta continuidad formal ha contribuido a que se considere lo circular como la forma que contiene todo lo que es posible abarcar desde un punto singular del espacio sin dejar espacios residuales. El perímetro constituye la frontera que contiene en su interior el universo urbano, reproduciendo a nivel terrenal la estructura del cosmos, cuyo límite sería el impenetrable orbe de las estrellas fijas fuera del cual no hay nada, ni siquiera espacio (Aristóteles, *Física*, IV). Consecuentemente, en la mayoría de los diseños de ciudades circulares lo exterior a sus límites no es fundamental; y cuando se considera el territorio externo es sólo para solucionar problemas prácticos (áreas de cultivo, intercambios comerciales, extracción de materiales, etc.). La pregnancia de esta idea de la ciudad

como un ente contenido en una circunferencia omni-abarcable puede tener tal fuerza que, incluso, pueblos que desarrollaron ciudades ortogonales incluían en sus rituales de fundación trazar límites circulares para señalar con claridad el territorio que abarcaría la futura ciudad. El caso más conocido es el ceremonial etrusco conservado por los romanos, según el cual el augur uncía un arado curvo a un toro y una becerro blanca y trazaba un círculo que señalaba los límites (*urbs*) y el lugar de las puertas de la futura urbe, con ello se señalaba el límite que separa el universo urbano del indeterminado espacio exterior (Rykwert, 1976).

La necesidad de establecer límites claros al espacio para que éste cobre sentido no es exclusiva del pensamiento antiguo. Diversos psicólogos y teóricos urbanos actuales afirman que si éstos no existen, se obtiene una inadecuada comprensión del entorno. S. Peterson (1980) y Ch. Alexander (1977), por ejemplo, en estudios diferentes, afirman que los espacios informes o sin límites claros no crean lugares habitables, porque la imagen que se logra de su percepción es la de algo inabarcable y, por lo tanto, incontrolable. En cambio, los lugares claramente delimitados crean *espacios positivos*, en la medida que son comprensibles y controlables por quien los experimenta. Basta comparar la calidad de la *experiencia espacial* que se obtiene al pasear por la conformada *Plaza de San Marcos*, que al hacerlo por la inabarcable *Plaza de los Tres Poderes* en Brasilia, para comprender el significativo papel que cumplen los límites espaciales en la configuración y habitabilidad de un lugar.

La idea del límite como condición necesaria de la existencia de la ciudad presenta un problema interesante para las ciudades en continuo crecimiento: ¿Qué ocurre con la ciudad cuando se produce la ruptura y/o la desaparición de sus límites?

Según la tesis que se analiza, la ruptura del límite convierte a la ciudad en algo incomprendible, por lo tanto dejaría de existir como tal. Para Aristóteles una ciudad sin límites es una suma de aldeas, pero nunca una *polis*. K. Lynch concluyó que la indefinición formal de Jersey City era una de las causas por las que no era reconocida como una entidad por sus habitantes. Partiendo de ideas parecidas, H. Rosenau critica las propuestas urbanas del Movimiento Moderno y aboga por la necesidad de recuperar con claridad los límites urbanos (Rosenau, 1983, 172). El desafío que este problema presenta a los urbanistas contemporáneos es enorme: ¿Cómo es posible evitar que en una ciudad en continuo crecimiento se produzca la *indeseable* ruptura de los límites espaciales que la definen? ¿Cómo impedir que la ciudad creadora de vida social se disgregue en un espacio imposible de abarcar y comprender?

Una alternativa es impedir que ello ocurra sacando de la ciudad las instituciones y excedentes humanos que presionan sobre los límites urbanos; por ejemplo, fundando colonias fuera del territorio de la metrópolis (como ocurría en el mundo prehelénico y en algunas culturas mesoamericanas) o, en la modernidad, creando asentamientos alternativos cercanos: *New Town*, *ciudades dormitorio*, *ciudades satélites*, polígonos industriales, etc.

Otra opción es conseguir que en su continuo crecimiento la ciudad mantenga en todo momento una clara definición de su límite espacial, pasando así de una visión estática a una dinámica de los límites urbanos. Filosóficamente, la idea de que un ente puede crecer sin perder su condición de tal si en todo momento define sus límites fue desarrollada por Locke (*Essays*, II, XXII, 3), demostrando que sólo se puede comprender una estructura infinita mediante la adición de elementos finitos, por más que matemáticamente sea posible representarla como un todo (por ello, cuando Y. Friedman expone sus estructuras infinitas lo hace describiendo sólo un trozo de ella). Morfológicamente, el círculo es la forma que mejor permite mantener un crecimiento continuo conservando las relaciones originales. En el proceso de agregación de nuevas circunferencias al espacio urbano, el esquema inicial mantiene su origen, su estructura radioconcéntrica y la isotropía para elementos situados a igual distancia (quizás de aquí proviene la extendida práctica de llamar circunvalaciones, anillos o periféricos a las carreteras que sucesivamente van señalando los nuevos límites urbanos). Sumado a ello, la estabilidad de la circunferencia como límite es mayor que en cualquier otra figura. Su continuidad no permite actuar y alterar una parte de ella sin transformar la naturaleza de la totalidad; algo que sí puede ocurrir con la transformación (crecimiento) de alguno de los lados que definen los límites de los cuerpos rectangulares.

## Unidad

Tras la defensa del límite como condición imprescindible para comprender y operar con

la ciudad, subyace una idea filosófica de profundas consecuencias: lo limitado sólo tiene sentido en cuanto define y contiene un ente unitario. Esta idea se apoya en la hipótesis nada subjetiva de que los objetos ilimitados, informes, no pueden ser comprendidos por la mente humana, que sólo concibe objetos particulares. La unidad de la ciudad se presenta así como una condición inexcusable de su propia existencia. Sin unidad, comenta Platón, las ventajas y la propia razón de los asentamientos colectivos pierden todo sentido: «[...] cuando se da el caso de que cada uno de nosotros no es autosuficiente, sino necesitado de muchas cosas, ¿qué otro principio crees haya para fundar una ciudad?» (*República*, XI, lib. II, 369b).

Por argumentos parecidos a los que señalan al círculo como la figura que mejor representa la idea de límite, la forma circular se ha considerado como la que mejor simboliza la noción de unidad. Aparte de poseer un único límite invertebrado y continuo y ser la única figura que se puede trazar en un acto único, es la forma que contiene mayor superficie por unidad de perímetro y la única en la que pueden inscribirse todas las figuras y cuerpos regulares. Considerando estas propiedades geométricas, no es extraño que todos los autores que han propuesto el esquema circular como el ideal reivindiquen la unidad formal como una de sus características básicas: unidad de la traza, de la localización de las calles y edificaciones, de la tipología y estilo constructivo, etc.

Es significativo que en (casi) todas las propuestas de ciudades circulares, paralelo a su unidad formal se proponga un orden unitario



que rige desde las características de las instituciones al comportamiento social. Se obtiene así una ciudad unitaria, en la que se establece una íntima relación entre la estructura espacial y social, que permite y asegura el correcto funcionamiento y habitabilidad de la ciudad, debido a que cada cuerpo y habitante urbano ocupa el lugar y realiza la función que le corresponde según su naturaleza.

Ante la caótica situación social y estética de nuestras metrópolis, actualmente son muchas las voces que se alzan reclamando medidas que refuercen la unidad del espacio urbano y de los comportamientos que en él se realizan. Aunque, sin duda, se busca con ello una ciudad menos conflictiva, subyace en este planteamiento una visión coercitiva de la ciudades bastante similar a la reflejada en las reguladas propuestas de ciudades circulares. No debe olvidarse, como bien apunta Mitscherlich (1977, 51), que existe «un profundo nexo de unión entre esas [propuestas de] figuras geométricas obligatorias y el intento de solucionar los conflictos sociales por medios autoritarios». La ciudad nuclear de Karlsruhe fundada por el autoritario margrave de Baden Carl Wilhelm hacia 1715 y los denodados intentos de la Europa comunitaria por conservar su unidad cultural (incluyendo la racial y arquitectónica) mediante restrictivas legislaciones de inmigración y de conservación del patrimonio son un claro y preocupante ejemplo de lo comentado.

### **Centralidad y origen**

Otro aspecto inherente a la ciudad circular es la idea de centro, e íntimamente ligada a ella,

la de origen. Su importancia radica en que el hombre no puede orientarse en el espacio si no tiene un centro al cual referir sus experiencias concretas. Con la definición de un centro, el territorio, en principio incualificado y homogéneo, se transforma en el eje de toda orientación futura, sin el cual la constitución del mundo es imposible.

Si bien es posible dibujar un rectángulo comenzando por uno de sus lados (normalmente así se hace), no se puede construir una circunferencia comenzando por el perímetro. Consecuentemente, en la ciudad circular el centro es algo inherente a su propia estructura. En la ciudad circular el centro no es consecuencia del desarrollo urbano (la Plaza de la Paja en Madrid) ni de decisiones arbitrarias (elegir de una manzana cualquiera entre otras similares en la homogénea cuadrícula americana), sino una condición necesaria de su propia existencia. La correcta elección del centro es, entonces, fundamental para la configuración y desarrollo de la ciudad circular. De ahí que sus proponentes se detengan a explicar las propiedades geográficas del centro y a justificar su elección mediante razonamientos objetivos (existencia de una fuente, una atalaya natural, etc.) y, sobre todo, simbólicos: a menudo la intervención divina mediante un hecho apodíctico determina el lugar exacto de la fundación, convirtiéndolo así en una referencia inviolable; por ello se lo denomina nada menos que *axis mundi* (Eliade, 1983). De ahí, también, que la idea de centralidad se refuerza en las ciudades circulares proponiendo una estructura radioconcéntrica de las calles y las perspectivas y localizando en el

centro la institución más significativa para quien define el modelo: el templo en Platón, la plaza en Cataneo y Scamozzi, el palacio en Karlsruhe, el parque en Howard.

En esta línea, es revelador que diversos profesionales actuales compartan la idea de centralidad reivindicada en la utilización del círculo como ideograma de ciudad, al considerar que la clara definición del centro urbano es uno de los aspectos fundamentales para que los ciudadanos puedan, además de orientarse espacialmente, identificarse con el medio que habitan (Lynch, Bailly, Mitscherlich). Sin duda, no es casual que la mayoría (todas) de las ciudades más apreciadas en la historia del urbanismo tengan en común poseer un centro formal y socialmente definido (Siena, Venecia, Roma, por limitarnos a Italia).

32

### **Perfección, belleza y sacralidad**

En general, los ideogramas de límite, unidad y centralidad, presentados aquí como inherentes a la simbolización de la ciudad a través de lo circular, pueden considerarse aspectos objetivamente coherentes, al estar basados en propiedades geométricas del círculo. Sin embargo, asociadas a estas ideas objetivas aparecen otras que corresponden a concepciones filosóficas y culturales particulares. Se trata de cualificaciones del espacio urbano de carácter estético o teológico que difícilmente se pueden aceptar si no se comparte la cosmovisión de quien las plantea.

Probablemente, la cualificación más repetida es la consideración de la ciudad circular como modelo de perfección. Simbolización que parte de un influyente concepto de raíz pitagórica

adoptado más tarde por el platonismo: en cualquier orden de cosas, la perfección y aptitud de un ente es consecuencia de la armonía que presenta entre las partes que lo componen. La ciudad circular sería la que mejor cumpliría con estas condiciones, porque su estructura se basa en la más perfecta y armónica de las figuras geométricas. Por razones similares se sostiene que el grado de belleza de un ente depende de lo cercano que esté del ideal geométrico que lo define. Nuevamente la ciudad circular cuenta aquí con todas las ventajas. Al basarse en la más perfecta de las figuras geométricas, es el más bello de todos los posibles modelos urbanos. Indudablemente, para quienes compartan las teorías estéticas del empirismo inglés, resulta imposible aceptar la posibilidad de una belleza intemporal basada en cualificaciones objetivas e independiente de las sensaciones y el estado mental de quien la percibe y concibe. Ello no impide, sin embargo, que la relación entre belleza y número no siga siendo un componente fundamental en muchos postulados estéticos. No pocos diseñadores actuales desarrollan en sus obras la idea de que la geometría es la esencia de una correcta y hermosa definición del espacio físico (P. Eisenman, A. Isosaki).

La idea de belleza asociada al círculo se ve reforzada por la noción de unidad cósmica. Según ella, todo el universo (incluyendo a la divinidad) responde a las mismas leyes y principios de acción, estableciéndose una relación simpática entre las estructuras del Ser, el cosmos y la ciudad circular, al compartir todos la misma forma básica. Por lo tanto, la ciudad circular no es uno más de entre los posibles esquemas urbanos. Es el modelo por exce-

lencia; síntesis de la íntima relación existente entre todos los fenómenos: Herodoto comenta que las siete murallas concéntricas de Media-Ecbatana, construidas de materiales cada vez más preciosos respecto al centro, repetía la estructura del cielo. La reseñada Jerusalén celeste medieval e incluso propuestas renacentistas, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, mantienen esta idea.

En la antigüedad, la inequívoca relación establecida entre la estructura urbana circular y el cosmos tenía profundas implicaciones para el modo de comprender y vivir la ciudad. En esta simbiosis el ciudadano participaba (mejor: era parte integrante) no sólo de los sucesos cotidianos sino del devenir existencial del mundo. La noción de simpatía cósmica implica que las propias acciones de cada ciudadano influyen en los destinos del mundo y viceversa; de ahí la importancia de repetir con denodada exactitud los ritos propiciatorios. En su cabal significado este hecho es difícilmente comprensible para el desacralizado ciudadano contemporáneo (Eliade, 1983); como turistas podemos recorrer los ejes procesionales de los templos egipcios e intentar comprender su significado, pero difícilmente estableceremos a través de ello una completa e invulnerable relación de identidad con el edificio, la ciudad, el cosmos y la divinidad.

Desde un punto de vista general, la identificación del hombre con la ciudad y el cosmos a través de un elemento común, en este caso la estructura circular del espacio, muestra la importancia que tienen los elementos simbólicos y subjetivos en las relaciones de identidad del habitante con su entorno. El ciudadano no es

(o no debería ser) un elemento extraño a la estructura de la urbe, que debe soportar y adaptarse a las condiciones que el espacio urbano le impone; es parte integrante de una realidad global que lo incluye. Sus vínculos con el medio físico y con los demás vecinos no son sólo políticos sino, sobre todo, profundas relaciones sostenidas en una estructura espacial, social y mental común. En definitiva, el ciudadano comparte así su propio devenir con el de la ciudad en el sentido más amplio, con todos los beneficios psicológicos y funcionales que esto implica para el habitante y la ciudad.

## Humanidad

La última cualidad asignada a los modelos urbanos circulares que mencionaré no aparece en todas las propuestas, si bien ha tenido gran importancia en algunas épocas históricas (Ilustración, Romanticismo): considerar la estructura circular del espacio como algo propio de la naturaleza humana.

Como ya se señaló, para construir un polígono es necesario saber delinear ángulos, medir aristas y solucionar vértices; en cambio, no se requiere de conocimientos geométricos ni de instrumentos sofisticados para trazar un círculo. Basta con que el hombre gire sobre sí mismo para dibujar una circunferencia, que por su simplicidad y perfección se comprende de una única intuición. A ello se debería que el círculo fuese la forma que el hombre primitivo adoptó para construir las primeras arquitecturas; tanto las obras dedicadas a los dioses (Stonehenge, los túmulos etruscos) como las realizadas para su propia protección (las viviendas y corrales celtas, los *tipi*).

La visión de lo circular como algo natural y espontáneo subyace, también, en la difundida afirmación de que las estructuras ortogonales son consecuencia de un pensamiento racional y abstracto (cartesiano, en definitiva) que aleja al hombre de su esencia. Una noción de importancia en la Ilustración, donde se planteó una interesante reflexión sobre los orígenes de la arquitectura, siendo la tesis más aceptada la de arquitectos como Caramuel y Lequeu, que proponían que la arquitectura, y por lo tanto la ciudad, tuvieron su origen en el círculo, específicamente en una rústica cabaña de troncos de estructura circular (Wiebenson, 1982).

### Acotaciones finales

34 El conjunto de aspectos morfológicos, funcionales y simbólicos inherentes o asignados a las estructuras urbanas circulares definen y defienden una idea de ciudad característica, cuyos principios urbanos se analizaron en los

párrafos anteriores. Que estos postulados sean correctos y/o aplicables a la ciudad contemporánea es otro tema. En última instancia dependerá de la epistemología con que se analicen y/o utilicen. Pero, independiente de la validez que se otorgue a los argumentos expuestos, cabría destacar la importante función reflexiva que han desempeñado en la historia del urbanismo las propuestas de ciudades circulares. Critican y proponen alternativas coherentes a una serie de aspectos de la ciudad construida que sus autores consideran negativos (falta de unidad, descentralización de funciones, desarraigo social, espacios informes e ilimitados, etc.). Al mismo tiempo, sin embargo, por el propio carácter de las propuestas, se produce la paradójica situación comentada al comienzo de estas reflexiones: la constante oscilación de los modelos teóricos de ciudades circulares entre el mito, la teoría, el deseo, y una realidad construida que se les opone, pero que los justifica.

---

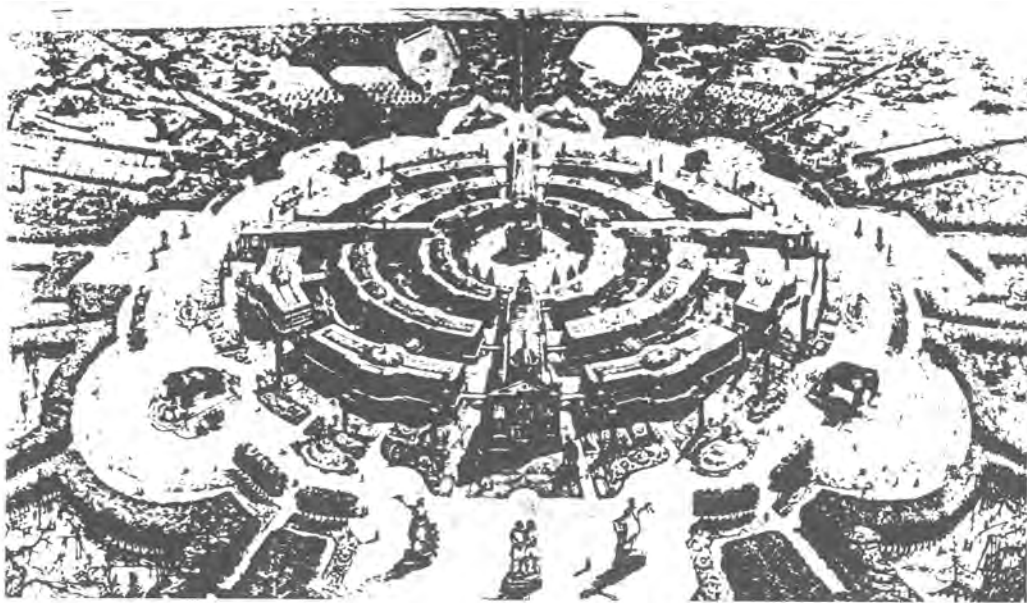
#### NOTAS

<sup>1</sup> Las llamadas *circulades* son un conjunto de asentamientos de diferentes tamaños que tienen en común el hecho de haberse construido alrededor del año mil y presentar una estructura más o menos circular en su núcleo central, aunque ninguna presenta un esquema radiocéntrico puro, a la manera de las ciudades circulares ideales (Pawlowsky, 1992).

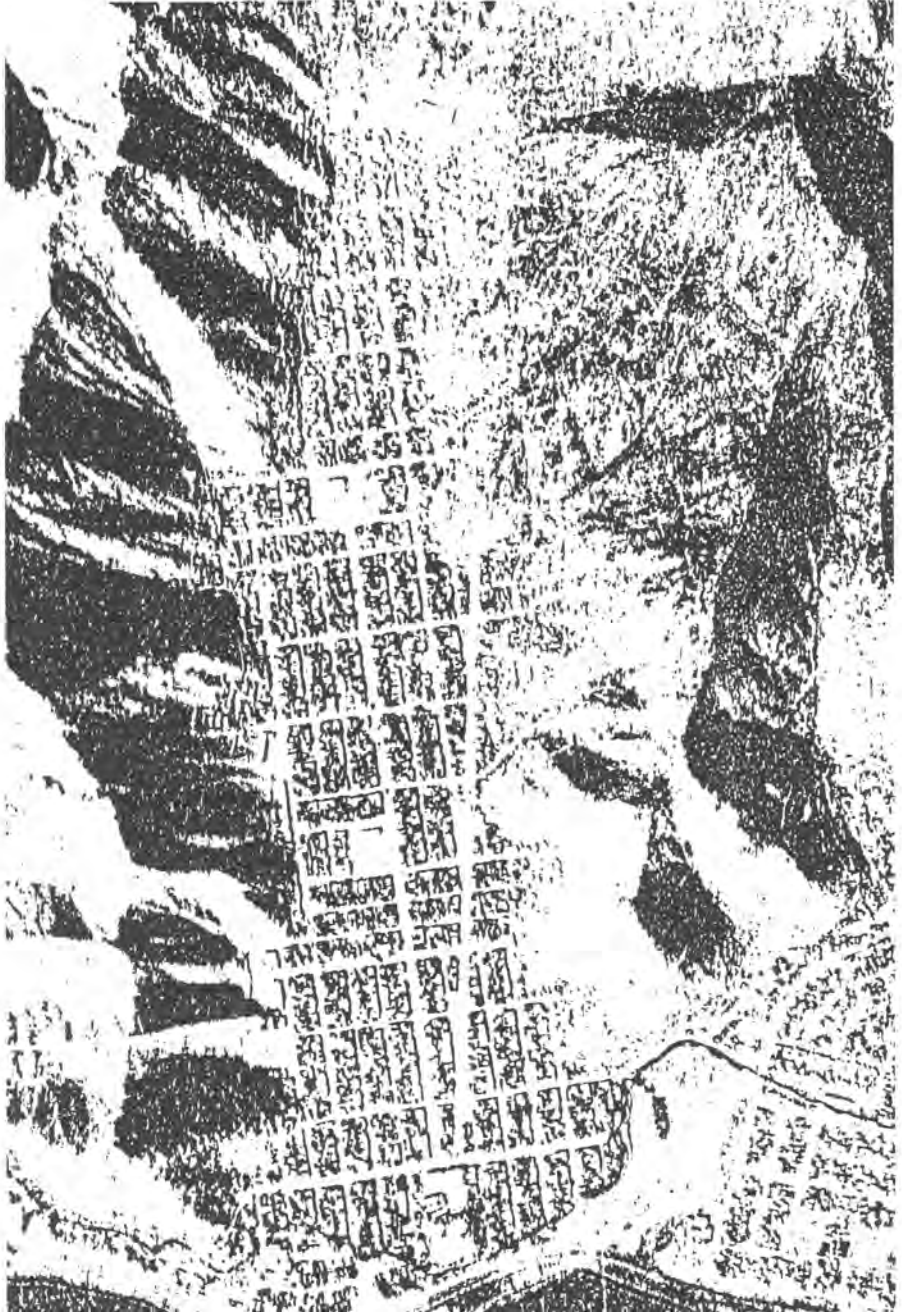
<sup>2</sup> Por ello, los pocos griegos que intuyeron la posibilidad de un espacio continuo nunca se refirieron a él como vacío o ilimitado: para los pitagóricos era el intervalo remanente entre las mónadas numéricas y según Demócrito una especie de poro que existe entre los átomos y permite el movimiento (Kirk, 1996).

## BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Ishikawa & Silverstein, *Un lenguaje de patrones*, Gustavo Gili, Barcelona, 1980.
- Eliade, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, Labor, Barcelona, 1983 (1957).
- Lynch, Kevin, *The image of the city*, Harvard University Press, Cambridge, 1960.
- Mondolfo, Rodolfo, *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica*, Eudeba, Buenos Aires, 1971 (1952).
- Mitscherlich, Alexander, *Tesis sobre la ciudad del futuro*, Alianza Universitaria 194, Madrid, 1977 (1971).
- Pawlowsky, K., *Circulades languedociennes de l'an mille*, Les Presses du Languedoc, 1992.
- Peterson, Steven Kent, «Space and antispace», en *Harvard Architecture Review*, vol. 1, primavera, 1980.
- Prada Poole, José Miguel de, *Sistemas de partición del espacio*, Tesis doctoral, ETSAM, 1967.
- Rosenau, Helen, *La ciudad ideal*, Alianza, Madrid, 1986 (1983).
- Rykwert, Joseph, *Idea de ciudad*, Hermann Blume, Madrid, 1985 (1976).
- Wiebenson, Dora (ed.), *Los tratados de arquitectura*, Hermann Blume, Madrid, 1988 (1982).



André: proyecto para una comunidad ideal, hacia mediados del siglo XIX



Vista del asentamiento espontáneo de Las Cuevas, Lima, Perú.

# CUADRÍCULA Y SEÑAS DE IDENTIDAD DEL PATRIMONIO IBEROAMERICANO\*

Fernando de Terán

*La cuadrícula como modelo característico de ciudad en el contexto colonial americano representa lo permanente y lo legible como espacio urbano identificándose con sus valores y constituyendo el paradigma para realidades futuras.*

**E**n diversas ocasiones, el Patrimonio Histórico y Cultural de la Comunidad Iberoamericana ha sido objeto de interesantes y variados debates y reflexiones. Y ello ha sido posible hacerlo de modos muy diversos, ya que existe un conjunto muy rico de elementos que forman ese Patrimonio. Elementos tan heterogéneos y variados como arquitectura, monumentos y centros históricos, pero también pensamiento, lengua y universidad.

Con mucha menos frecuencia se ha añadido a ese conjunto un hecho cultural de primera magnitud y profunda repercusión, como es la creación de un estilo propio de ciudad y su desarrollo múltiple, como empresa y experiencia colectiva de toda la Comunidad. Un estilo de ciudad que, si bien tiene

claras sus raíces en la tradición ibérica<sup>1</sup> y, como dice el gran maestro argentino Haddoy, «responde a una idea cultural europea traída desde España a América»<sup>2</sup>, lo cierto es que no alcanza su plenitud hasta que se desarrolla en tierras americanas, como una creación histórica nueva, original y propia de allí y de entonces, y constituye uno de los rasgos culturales que presta hoy una mas inequívoca unidad a todo un conjunto de países que, también por ello, son una Comunidad.

Una de las primeras veces que esta constatación dio origen a una reflexión colectiva, sistemática y coordinada fue en 1985, con ocasión de la puesta en marcha del proyecto de investigación colectivo «Cuadrícula», que a través del estudio de casos concretos evaluaba

\* Este texto corresponde a la conferencia pronunciada por el autor, el día 8 de mayo de 1997, en Alcalá de Henares, durante la celebración de las Primeras Jornadas Iberoamericanas de ICOMOS (3-9 de mayo 1997), organizadas por el Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá.

el papel de un modelo de ciudad común, en la construcción de la realidad urbana de un continente y las cualidades del mismo, como forma de organización del espacio<sup>3</sup>.

Posteriormente, una importante exposición ponía a su vez de manifiesto dos hechos muy significativos: por una parte, que la Ciudad Hispanoamericana era algo más que una realidad histórica concreta (la realidad de cada una de las ciudades fundadas en América por España), ya que, en verdad, cada una de esas ciudades era una manifestación particular de una aspiración general: «el Sueño de un Orden». Y, por otra, que esa realidad continuó creciendo y desarrollándose después, sin la presencia de España, manteniendo, en medio de los cambios y de las transformaciones, una gran fidelidad a muchas de las características constitutivas originarias. Fueron prolongadas las cuadrículas primitivas, se multiplicaron las manzanas iniciales, se transformó el estilo arquitectónico, la forma y manera de los edificios, pero no la forma de la ciudad, dada por la trama crecedera y permanente<sup>4</sup>. Como ha señalado el arquitecto e historiador uruguayo Mariano Arana, alcalde durante muchos años de Montevideo, «algunos elementos característicos del urbanismo indiano se convirtieron en dispositivos consuetudinarios y sobrevivieron en la época republicana, prolongándose incluso en muchos países por vía de su convalidación legal»<sup>5</sup>. Así lo corroboran infinidad de trabajos realizados por estudiosos de aquellos países, como puede leerse, por ejemplo, en el realizado en la Universidad de Córdoba (Argentina): «El trazado en cuadrícula con que se llevó a cabo la

urbanización colonizadora hispánica en el territorio americano constituyó no sólo el instrumento inicial del proceso de urbanización sino el modelo urbanístico del crecimiento histórico posterior de las ciudades coloniales y del proceso de ocupación territorial independiente, caracterizando la fundación de nuevas ciudades y la extensión de las fundacionales hasta nuestros días»<sup>6</sup>.

## Idea de ciudad

Y esto es lo que se pone de manifiesto a través de unas señas de identidad propias, características, identificadoras, comunes a todas esas ciudades, por muy alejadas que estén unas de otras en el espacio, y por mucho que haya pasado el tiempo sobre ellas. Unas señas de identidad que identifican todavía inequívocamente al Patrimonio Urbano Iberoamericano. Unas señas que hay que buscar, no sólo más allá de la arquitectura, y más allá de los monumentos, sino más allá también, incluso, de eso que llamamos centros históricos, porque algunas de ellas están presentes en toda la ciudad, incluidas sus formaciones de los siglos XIX y XX, que ya no pueden llamarse hispanoamericanas, sino republicanas, poscoloniales, nacionales, o como se quiera. Y esas señas de identidad, permanentes en gran medida, a pesar de los cambios, a las que se puede hacer responsables directas de un modo de ciudad, de una forma de ciudad, de un estilo de ciudad, merecen ser consideradas como parte valiosa del Patrimonio Histórico y Cultural de la Comunidad Iberoamericana, porque forman tanto un modelo abstracto y general de ciudad, un tipo urbanístico perfecta-



mente identificable dentro de la historia de la teoría urbanística, constituyendo una aportación cultural de primera magnitud, como también un enorme conjunto de realizaciones materializadas de ese modelo, en cientos de ciudades reales, en las cuales se manifiesta casuísticamente. Sí, más allá de la arquitectura, más allá de los monumentos, más allá de los centros históricos, hay una idea común de ciudad, una misma forma de ciudad, un estilo propio de ciudad. Y hasta podría decirse con el colombiano Jaime Salcedo que, «a diferencia de las ciudades europeas, que crecieron y se desarrollaron en función de la arquitectura, estas ciudades fueron, antes que nada, idea de ciudad, y sólo con el tiempo, y a veces después de mucho tiempo, llegaron a ser verdadera arquitectura»<sup>7</sup>.

## Forma y estilo

Pero la apreciación del carácter patrimonial de un estilo de ciudad, la constatación de que un estilo de ciudad puede ser parte importante de un patrimonio cultural, no es tan obvia ni tan inmediata. Y su valoración, para su preservación como tal bien patrimonial, requiere reconocer, identificar o simplemente ver ese estilo a través de sus señas de identidad.

Acostumbramos a ver siempre la ciudad a través de la arquitectura. Y ocurre frecuentemente por ello que, como los árboles respecto al bosque, a veces los edificios no dejan ver la ciudad. Recordemos la herencia cultural de la que venimos en estas materias de la preservación, con su renuente tardanza en reconocer la necesaria consideración del monumento inserto en el entorno y del entorno referido a la ciudad.

Acostumbrados a buscar la forma, el modo o el estilo a través de la arquitectura, se puede llegar a no descubrir forma o estilo en la ciudad. Hay una frecuente incapacidad para comprender lo que es un estilo de ciudad cuando sólo se ve la ciudad a través de la arquitectura. Acostumbrado a ver la ciudad y a buscar su forma, con aquella penetrante mirada que se detiene en las portadas blasonadas, en los balcones y balaustradas, en las cornisas molduradas, en las arquerías de los patios, en los herrajes y los vidrios de colores, y también, cómo no, en las legiones de columnas de variados capiteles, Alejo Carpentier decía aquello tan sibilino: «Nuestras ciudades no tienen estilo. Y, sin embargo, empezamos a descubrir ahora que tienen lo que podríamos llamar un tercer estilo: el estilo de las cosas que no tienen estilo»<sup>8</sup>. Ante lo cual no puedo dejar de preguntarme: si estilo es, según el diccionario, modo, manera o forma, ¿cómo puede decirse que nuestras ciudades no tienen estilo?

Pero pido perdón, porque acabo de decir yo también «nuestras ciudades», lo que me suscita una duda que quiero compartir con ustedes. Permítanme por ello que haga un paréntesis, antes de seguir con esto de la forma y el estilo. Cuando dice Carpentier «nuestras ciudades», ¿a qué ciudades se refiere? ¿A las ciudades de dónde y de quién? ¿Son las ciudades de Cuba? ¿Son las ciudades del Caribe? ¿De la América que colonizó España? ¿De toda América?

No me parece aventurado sospechar que, voluntaria o involuntariamente, el gran escritor está haciendo un uso de «nuestras ciudades» paralelo al que se hace de esa expresión «Nues-

tra América», que se está extendiendo ahora con fortuna. Inventada, al parecer, por José Martí a finales del siglo pasado, dentro del proceso de cimentación intelectual del poscolonialismo y, como certeramente ha señalado Fernández Retamar, formando parte del lúcido manifiesto a favor de la modernidad de la América meridional, vendría a designar el vasto y diverso conjunto de pueblos y territorios del llamado Hemisferio Occidental, excluidos los Estados Unidos y el Canadá, una vez que se formularon objeciones y reservas sobre el uso de «Iberoamérica» y «Latinoamérica»<sup>9</sup>. Pero a mi modo de ver, esa expresión, «Nuestra América», plantea un problema que limita su uso universal, ya que ese uso se encuentra ligado estrechamente a una noción de pertenencia. Entonces, ¿quién puede usarla debidamente? «Nuestra América», como designación de una realidad geográfica y cultural, ¿permite ser utilizada por quienes no pertenecen a ella?, ¿o por aquellos a quienes ella no pertenece? Y si la usamos los españoles, ¿no aparecerá, además, cargada de ridículas resonancias imperialistas?

De la misma manera, ¿podemos todos decir «nuestras ciudades», para designar precisamente a las ciudades de «Nuestra América»?

Dejemos por ahora que el tiempo vaya aclarando estas cuestiones, y volvamos a esas otras cuestiones, más asequibles, de la forma y el estilo. Y volvamos entonces a preguntarnos: ¿cómo se puede hablar de la ausencia de estilo, si estilo va ligado a forma? Ello nos lleva, a su vez, a volver a insistir en la necesidad de mirar a la ciudad con una mirada que

pasa sobre la arquitectura, que va mas allá de la arquitectura, para poder percibir entonces la personalidad de la forma urbana. La acusada y peculiar configuración espacial que identifica a la mayoría de «nuestras ciudades» (permítanme que yo también las llame así). Esa conocida forma de organización característica, globalmente identificable desde el aire, parcialmente aprehensible de modo directo al moverse dentro de ella. Algo que está, efectivamente, más allá de la arquitectura, que es más que la arquitectura, porque se refiere a todo el espacio: el macizo construido, formado por los edificios y el vacío o hueco que queda entre ellos.

Y ésta, la de estas ciudades, es una configuración tan potente y clara, que condiciona y marca rotundamente la forma de percepción del espacio y determina una idea precisa de ciudad para quienes desarrollan en ella sus vidas. Una configuración tan característica, tan propia de «nuestras ciudades», que llega a producir una sorprendente identificación entre ella misma y la condición de americanidad para los ciudadanos de «Nuestra América». Nadie lo ha expresado con tanta penetración como el escritor chileno Rojas Mix, en unos párrafos ya antológicos, en los que describe el momento en que descubre cómo para él el hecho de ser americano está íntimamente relacionado con la forma de ciudad que conoce y le es habitual, porque es la forma de todas las ciudades de su país y hasta de su continente:

«Mi condición de americano se manifestaba con una connotación urbanística. Me bloqueaba para concebir otras calles que no fuesen las

rectas u otro tablero urbano que no fuese el diseñado en damero. Descubrí entonces que aquella orientación que siempre me había parecido tan natural, que esa especie de instinto para encontrar el camino no era un producto de un sexto sentido sino la resultante de una serie de coordenadas lógicas (ideo-lógicas) que me había suministrado mi entorno. He descubierto luego –pues aquel día, perdido en el laberinto de la racionalidad ajena, no continué la reflexión– que esa imagen urbana que llevaba conmigo y que me impedía comprender la organización de la ciudad europea era el resultado de circunstancias sociales e históricas que yo había mitificado y transformado en naturaleza (la había transformado en la ciudad-en-sí)»<sup>10</sup>.

Es esa misma identificación de «nuestra ciudad» con una forma histórica muy precisa de ciudad, la que aparece, repetidamente, en múltiples manifestaciones culturales de aquellos países. Así ocurría en ocasión del Tercer Congreso Latinoamericano del Ambiente. En el texto de la convocatoria podía leerse llamativamente: «La ciudad en cuadrícula es nuestra ciudad, la de Argentina y casi toda Latinoamérica. Su valor futuro es la vigencia o no de un estilo de convivencia»<sup>11</sup>. Y en un valioso trabajo de la Universidad de Maracaibo se dice que la «cuadrícula hispanoamericana», «como experiencia colectiva de cinco siglos», ha llegado a definir «un modelo característico» que se ha transformado en «el símbolo urbano americano»<sup>12</sup>. Por lo que respecta a la claridad con que es percibida e identificada esa forma, recordemos tan sólo las experiencias citadas por el arquitecto Matas Colom de

Santiago de Chile, según las cuales la utilización de la clásica metodología de Lynch para detectar el proceso de formación de imágenes mentales de lo urbano conducía en esa ciudad a representaciones centradas exclusivamente en la parte cuadricular de Santiago, permaneciendo el resto de la ciudad en una confusa indefinición<sup>13</sup>.

## Monotonía

Pero además, por otra parte, está claro que se trata de una forma de ciudad que, debido a la positiva valoración que se hace en todo el mundo de muchos de sus componentes, merece creciente atención no sólo como objeto de cuidado en su realidad existente, sino también como modelo de proyecto para realidades futuras. Así se puso de manifiesto en el Seminario Internacional celebrado en Salamanca en 1992, donde se vio que esa permanencia había desafiado incendios, terremotos, inundaciones, automóviles y ferrocarriles, modernas técnicas de edificación, arquitectos, planificadores, especuladores e incluso nuevas leyes, y se había instalado en el imaginario colectivo de «Nuestra América», constituyéndose en paradigma inequívoco de lo urbano, pasado, presente y por venir<sup>14</sup>.

Pero es también finalmente, y es forzoso reconocerlo, una forma de ciudad que, por causa de crecimientos hipertróficos demasiado mecánicos, simplemente repetitivos, ha producido también en muchos casos una realidad espacial insatisfactoria, vacía de sentido, en el que esa acusada y característica configuración puede ser negativamente percibida, como frecuentemente se ha hecho por los detractores de este

estilo de ciudad, que sólo alcanzan a percibir su monotonía. Así lo expresan, no sin humor, los versos de Alfonsina Storni, la poetisa argentina que finalmente no pudo resistir las interminables cuadrículas de su ciudad y huyó trágicamente por el Mar del Plata adentro:

Casas enfiladas, casas enfiladas,  
casas enfiladas.  
Cuadrados, cuadrados, cuadrados,  
casas enfiladas.  
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,  
ideas en fila  
y ángulo en la espalda.  
Yo misma he vertido ayer una lágrima,  
Dios mío, cuadrada<sup>45</sup>.

42

Y es que esas reiteraciones abrumadoras que han llegado a formarse, reproduciéndose en todas direcciones, más allá de los umbrales de la percepción y de la comprensión del espacio, pueden llegar a aparecer como manifestaciones de la pérdida de la forma. Como en una galería de los espejos de Borges, en la que se multiplicase indefinidamente una imagen, perdiéndose toda interrupción, todo descanso, toda referencia proporcional. ¿Es ésta la forma de lo que no tiene forma? ¿Es éste el estilo de lo que no tiene estilo? Sí, seguramente era por ahí por donde apuntaba Carpentier.

Y es que no se puede olvidar como ha sido el proceso histórico de formación y desarrollo de estas ciudades, que en grados diversos han pasado por unas etapas sucesivas bien diferenciadas.

## Diversidad

Inicialmente se organizaron reticularmente, sobre unas pocas filas de manzanas cuadran-

gulares, alrededor de una plaza también cuadrangular, que focalizaba funciones de centralidad y reunía los elementos emblemáticos. El tipo así definido era rico en variantes de mayor o menor regularidad de trazado, y también dimensionales y de disposición de elementos secundarios, como plazas menores, iglesias y conventos. Ello era función de las condiciones naturales de cada lugar, de las características socio-económicas en que se desarrollaba el rol de cada caso y de las peripecias históricas acumuladas por cada ciudad en su propia evolución particular. Todas ellas alcanzaron una situación que podría llamarse de «madurez colonial» en el período postfundacional, que duró mientras permanecieron las condiciones generales preindustriales.

En momentos posteriores, estas ciudades debieron adecuarse a nuevas situaciones muy diferentes, por lo que se produjeron en ellas alteraciones importantes, cuantitativas y cualitativas. La cuadrícula inicial creció hacia fuera manteniendo sus propias características formales y dimensionales. Se produjeron sobre ella densificaciones sectoriales excesivas, con verticalizaciones fuera de escala, y, desde luego, con procesos de sustitución de edificación y cambios bien marcados de estilos arquitectónicos. La ciudad empezó entonces a hacerse polifocal, agotadas las posibilidades de una única centralidad, apareciendo nuevos focos de actividad generados por las nuevas condiciones económicas. Paralelamente se fue produciendo también, en mayor o menor grado, la pérdida de valores simbólicos, aunque permaneciesen muchos de los grandes contenedores monumentales que los

albergaban, que siguieron pautando, enriqueciendo y cualificando el espacio.

Y se entró finalmente en una etapa de desarrollo muy expandido, claramente polinuclear, a veces con piezas heterogéneas, pero casi siempre bastante uniforme, dentro del cual la ciudad colonial inicial, densificada y arquitectónicamente transformada, queda rodeada por extensiones realizadas mayoritariamente con la misma organización reticular, con manzanas del tamaño y proporción de las iniciales, que, a medida que se alejan del centro, se hacen más porosas y menos compactas, diluyéndose en periferias de edificación difusa. Con ello, esta ciudad ingresa en la problemática actual de la ciudad contemporánea, conservando sin embargo una personalidad particular, dada por la permanencia de algunos de sus más importantes elementos constitutivos, como sus monumentos, su centro histórico y su propia organización cuadricular, que sigue configurando una idea de ciudad, una forma de ciudad, un estilo de ciudad, y sigue siendo por ello una de sus más potentes señas de identidad.

## Señas de identidad

Es esta inclusión de la forma de la ciudad, de un estilo de ciudad, entre los elementos y las características patrimoniales que deben ser valorados y protegidos, lo que puede proporcionar un buen apoyo a ese enfoque de protección integral del medio urbano, que viene a suceder a la forma restringida, «monumentalista», de entender la defensa del patrimonio, y también para su inserción en las tareas generales de planificación de la ciudad.

Ciertamente que ya quedan bastante lejos, como referente cultural, las actitudes que durante tanto tiempo prolongaron la herencia irreverente de los CIAM, en cuyo nombre, tantos «planes reguladores» propusieron operaciones arrasadoras escalofrantes, o simplemente normas discretas, pero eficazmente demoledoras, para regularización y ensanchamiento viario. Ciertamente que la cultura urbanística de las últimas décadas se ha caracterizado por el descubrimiento de la importancia de la ciudad histórica y de las formas de tratarla. Y que, por su parte, la arquitectura ha descubierto también su nueva dimensión, y la importancia del contexto, del ambiente, del peso condicionante y estimulante de las preexistencias circundantes, que ya no pueden ser ignoradas al concebir un proyecto que ya no puede ser insolidario con ellas. Así, como es sabido, se ha llegado incluso a la posición extrema de considerar toda intervención en la ciudad necesariamente como continuación de la ciudad antigua, de modo que sólo puede ser desarrollada a partir de la propia lógica formal de ésta, y siguiendo sus propias leyes morfogenéticas. Lo cual, independientemente de que haya podido proporcionar algún resultado interesante, como es el caso de alguna conocida experiencia italiana realizada con calidad y rigor, no parece exigencia generalizable, ya que, a nivel de manzana o de fragmento urbano, se vuelve a plantear buena parte de la discusión sobre la imitación mimética habida en el plano arquitectónico, y llevaría incluso a considerar el posible tema del «pastiche urbanístico».

No, no hay que llevar las cosas a esos extremos. Basta con captar bien la importancia del conjunto de las señas de identidad para jugar dentro de

ellas y, a partir de ellas, dimensionar bien la relación entre acción y preservación. Ello permitirá establecer un tipo de intervención más urbanístico que arquitectónico. Frente a una intervención basada sobre todo en acentuar puntualmente los elementos más significativos, para reavivar el discurso histórico más evidente, resaltando hitos singulares de memoria colectiva, se trataría de una intervención más extensa y difusa que se fija en elementos menos llamativos, porque entiende que el significado está en el conjunto más que en las singularidades. En ese sentido es destacable el acierto pleno de la Carta del ICOMOS, al preconizar explícitamente la defensa y preservación de las tramas urbanas.

44

Pero como ocurre con la arquitectura, y más aún que con la arquitectura, no se puede olvidar la necesidad de mantener viva y en funcionamiento a la ciudad. La intervención protectora y la acción de preservación no se justifican si no tienen en cuenta la vida humana, que se desarrolla en el interior de esos espacios. No se trata de planteamientos estéticos o de intereses

arqueológicos. Por eso, el esfuerzo justificado de velar por los valores patrimoniales (entendidos en el amplio sentido urbanístico en que venimos haciéndolo) que se manifiesta a través de las operaciones de conservación y rehabilitación, se da la mano con la otra gran actividad, con la que siempre debió ir unida, que se vuelca sobre la ciudad entera y mira hacia su futuro. Esa actividad, el planeamiento, que construye no sólo el proyecto de la ciudad existente, sino también el proyecto de lo que puede llegar a ser la ciudad que todavía no existe. Y que para llegar a existir, de la mejor manera posible y adquiriendo la forma que le corresponde, requiere una cuidada reflexión, culturalmente bien cimentada y arraigada sobre el conocimiento de la identidad de la ciudad existente. Porque esa ciudad existente, la ciudad antigua, la ciudad del pasado, es, en gran medida, la ciudad de un futuro que está todavía por escribir. Como dijo el poeta,

ni el pasado ha muerto,  
ni está el mañana –ni el ayer– escrito<sup>16</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> El debate sobre la posible influencia del urbanismo indígena precolombino sobre la concepción de la ciudad colonial hispanoamericana no está cerrado ni es fácil de cerrar, puesto que lleva en sí una importante carga ideológica. Pero trabajos como los del argentino Hardoy, el chileno Guarda y el colombiano Salcedo ponen en serias dificultades las tesis nunca demostradas, que sostienen que tal influencia fue muy significativa «como los americanos nos sentimos tentados a creer», según dice Jaime Salcedo en uno de los más completos estudios sobre el tema: «El modelo urbano aplicado a la América española: su génesis y desarrollo teórico práctico», contenido en *Estudios sobre Urbanismo Iberoamericano*, Publicación de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1990.

Lo más sensato parece ser pensar que la superposición de trazados españoles sobre trazados indígenas ortogonales

(en los casos en que éstos lo eran) pudo contribuir poderosamente a facilitar la ortogonalidad del resultado, e incluso que la definitiva configuración del modelo pudo encontrar en el espacio indígena elementos que la nutrieron. Pero, en cualquier caso, parece claro que el modelo completo de la nueva ciudad hispanoamericana ni fue llevado de España a América totalmente preparado, ni estaba ya antes allí.

Pueden verse al respecto, además del citado trabajo de Salcedo, los siguientes: Gabriel Guarda, «Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo indiano», en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, XXXII, 72, Santiago de Chile, 1965; Jorge E. Hardoy, «La influencia del urbanismo indígena en la localización y trazado de las ciudades coloniales», en *Ciencia e Investigación*, XXI, Buenos Aires, 1965; *El modelo clásico de la Ciudad Colonial Hispanoamericana*, Buenos Aires, 1968; «La

forma de las ciudades coloniales en la América española», en *Estudios sobre la Ciudad Iberoamericana*, Madrid, 1975.

<sup>2</sup> Jorge Enrique Hardoy, *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, 1991.

<sup>3</sup> El Proyecto «Cuadrícula», que puse en marcha en 1985, patrocinado inicialmente por el Instituto de Estudios de Administración Local desde Madrid, y posteriormente por el Ayuntamiento de Salamanca, y realizado por equipos de cada ciudad, examina coordinadamente con metodología y dirección unitarias la evolución histórica y la situación actual de Camagüey (Cuba), Cartagena de Indias (Colombia), Córdoba (Argentina), Cuenca (Ecuador), Guadalajara (México), La Habana (Cuba), La Paz (Bolivia), La Rioja (Argentina), Maldonado (Uruguay), Mendoza (Argentina), Mérida (Venezuela), Puebla (México), Rosario (Argentina), San Juan (Argentina), San Luis (Argentina), Santiago de Cuba (Cuba), Talca (Chile), Tucumán (Argentina) y Zipaquirá (Colombia). Trata de verificar la validez del modelo común a través del estudio de casos concretos, que han diversificado su uso en sus particulares aventuras históricas, al tiempo que la comparación permite observar coincidencias y repeticiones de comportamiento y extraer conclusiones valorativas generales. Aunque está prácticamente terminado, permanece inédito por dificultades surgidas en la realización de un empeño tan ambicioso.

<sup>4</sup> En 1989, por encargo del Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo de España, con la valiosa ayuda de Javier Aguilera y la colaboración de un grupo de cualificados investigadores, dirigí la concepción y montaje de la Exposición «La Ciudad Hispanoamericana, el Sueño de un Orden», que después de su presentación en Madrid viajó por numerosas ciudades

españolas y americanas. También fue inaugurada en París en 1992.

<sup>5</sup> Mariano Arana y otros, «Las Leyes de Indias en la urbanización de la banda oriental», en *Actas del Seminario Internacional sobre la Ciudad Iberoamericana*, celebrado en Buenos Aires en 1985. Publicación de CEHOPU, Madrid, 1987.

<sup>6</sup> M.<sup>a</sup> Elena Foglia y otros, *La Cuadrícula en el desarrollo de la Ciudad Hispanoamericana. El caso de Córdoba*. Universidad de Córdoba (Argentina), 1987.

<sup>7</sup> Jaime Salcedo: *Op. cit.* Ver nota 1.

<sup>8</sup> Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, La Habana, 1982.

<sup>9</sup> Roberto Fernández Retamar, «Pensamiento de Nuestra América: autorreflexiones y propuestas», en *Casa de las Américas*, n.º 204, La Habana, 1996.

<sup>10</sup> Miguel Rojas Mix, *La Plaza Mayor*, Barcelona, 1978.

<sup>11</sup> Tercer Congreso Latinoamericano del Ambiente. Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1987.

<sup>12</sup> Edgardo Ibáñez y otros, *La Cuadrícula en el desarrollo de la Ciudad Hispanoamericana. El caso de Maracaibo*. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, 1989.

<sup>13</sup> Jaime Matas Colom y otros, *Las ciudades de la ciudad*, Santiago de Chile, 1987.

<sup>14</sup> Seminario Internacional «La Cuadrícula en la Ciudad Hispanoamericana. Un modelo urbano permanente», Salamanca, 1992.

<sup>15</sup> Alfonsina Storni, «Cuadrados y ángulos», en *Obra poética*, Buenos Aires, 1952.

<sup>16</sup> Antonio Machado, «Campos de Castilla. (El dios ibero)», en *Obras completas*, Madrid, 1965.





Tráfico de personas en bicicleta, Shangai.



# CIUDAD Y MERCADO

## Deslocalización frente a dispersión

José Miguel de Prada Poole

*La idea primitiva del mercado sigue definiendo los parámetros básicos de la organización urbana. En defensa de la antigua necesidad de agrupación y densidad urbana el autor promueve la idea de optimización de las nuevas tecnologías de las comunicaciones.*

### El juego o el dilema de la ciudad y el campo

«¿Qué impulsó a los hombres a fundar una ciudad si continuamente añoran el campo?».

Era aquél un extraño juego que se había iniciado hace muchos años. En él participaban multitud de personas, que se habían aprendido tan profundamente el complejo papel que tenían que representar en el mismo, que a lo largo de toda una vida apenas si les quedaba tiempo de pensar en otra cosa. Era un juego que se absorbía a sí mismo, con tal intensidad, que no daba lugar a que nadie se librara de él. Visto desde fuera, era difícil de entender.

En un área muy reducida, un círculo de poco más de un centenar de metros, situado en una vasta extensión de terreno cuyos confines no lograba abarcar la vista, se amontonaba medio centenar de miles de personas formando una masa compacta. A una cierta distancia, unos

pocos individuos, sueltos y dispersos por la planicie, se encorvaban penosamente sobre azadones y aperos de labranza, afanándose en recolectar lechugas, nabos, zanahorias, y demás alimentos, que lanzaban después, desde lejos, al grupo del círculo central. Éstos, para recogerlos, se empujaban, se agredían, se mordían y se pisoteaban como salvajes, intentando cada uno meterse debajo de los vestidos la mayor cantidad de comida posible. A cambio de esta acción, los apiñados, los sudorosos y hacinados, les enviaban a los de fuera un montón de cosas inútiles, lápices, borradores, bolitas de colores, sellos, y además papeles en los que les indicaban cómo podían cavar mejor y más deprisa para obtener mayor cantidad de nabos y zanahorias.

De vez en cuando, alguno de los desperdigados, envidioso de la aparente situación de privilegio del montículo humano, de la engañosa

47

imagen de jolgorio y desenfreno que movía aquella pila, decidía dejar su azadón y se incorporaba a la piña central. De esta manera, los de fuera, que eran cada vez menos numerosos, se encorvaban cada vez más, dándole a la azada sin descanso. Y los del centro voceaban todavía más, se peleaban más y se pisoteaban con más ahínco, pues había menos comida y menos sitio.

Muy al principio los del enjambre central tenían una cierta holgura, como de diez centímetros a todo su alrededor, y por las noches hasta se podían recostar con un cierto orden, apoyando las cabezas en el cuerpo de sus vecinos. Pero poco a poco esto se había convertido en imposible. Nadie quería salirse del círculo que se había trazado al iniciarse el juego; y como aquello aumentaba constantemente, sólo había el sitio justo para poner los pies de puntillas en suelo. De modo que cuando alguien se moría, inmediatamente todos los de alrededor intentaban ocupar su puesto subiéndose encima de su cuerpo, aplastándolo con sus pies sin ningún miramiento, y volviendo a cerrar filas a continuación.

La situación era tan caótica que de vez en cuando se mataba a los más viejos para ocupar su plaza.

Al cabo de cierto tiempo, tal vez unos cientos de años desde el comienzo, a alguien se le ocurrió la brillante idea de subir a su hijo sobre sus hombros, con lo cual éste, al menos durante un cierto tiempo, no necesitaba pelearse con los vecinos por un nuevo sitio. La idea se corrió tan rápidamente a todo el grupo, que al poco de iniciada ya había dos pisos de

personas. Después tres, luego cuatro, y por último era tal, que desde lejos se veía como una enorme y temblequeante torre humana, en la que los de abajo sólo se nutrían de los desperdicios y alimentos que se les escapaban a los de las capas de encima.

Estos personajes de los niveles superiores eran conscientes de su situación de privilegio y no estaban dispuestos a cederlo a ningún otro bajo ningún concepto. ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!

Por ello se entablaban con una cierta frecuencia feroces reyertas que casi siempre se saldaban con la victoria de los de los pisos de arriba, mejor alimentados, más descansados, y en todo momento ayudados por los vecinos, que eran conscientes de que cualquier ascensión de los del submundo podría alentar más aún sus aspiraciones acabando con la condición actual de los de arriba.

De lo que no eran en absoluto conscientes era de que su situación dependía de la calidad y cantidad del sustento que en forma de desechos llegaba a los pisos de abajo, que eran los que soportaban el peso creciente de la biológica montaña.

Por ello, no se crea que ésta era una situación estable, pues de vez en vez algunas zonas inferiores de la frágil y móvil pirámide humana, avejentadas e incapaces de seguir manteniendo el peso creciente de los pisos superiores, se derrumbaban, y los más avispados pisoteaban, arañaban y golpeaban con furia a todo el que podían para ocupar y trepar al lugar más alto concebible.

Las reglas de este curioso juego se habían ido haciendo por acumulación, y se habían vuelto tan complicadas que nadie se atrevía a romperlas por miedo a quedarse sin alimento, o a ser expulsado fuera del enjambre. Y los del exterior, por causas que todavía hoy no se entienden muy bien, no podían vivir ya sin los inservibles objetos que continuamente iban almacenando, y con frecuencia les volvían a pedir a los de dentro para continuar el juego. Y, a estas alturas, olvidado el origen, tampoco sabrían hacer nada sin aquellas instrucciones que les decían cómo podían cavar mejor y más deprisa.

Era como si unos poderes invisibles y superiores les hubieran atenazado a todos ellos impidiéndoles ver lo dramático del juego. Era como si unos hilos transparentes, unos barrotes inmatrimales, tuvieran aprisionada a toda aquella gente en una estrecha franja de tierra de la que les estuviera vedado salir.

Si alguno perdía el compás, aunque fuera por unos instantes, mirando a las nubes, y luego desconcertado reclamara la parte del alimento que distraído no había podido recoger en la rapiña, el griterío de la pelea ni siquiera dejaba oír las carcajadas de alegría de la masa móvil de alrededor. Poco después, el ingenuo era sepultado y aplastado por la inhumana pirámide durante sus pulsaciones fagocitadoras.

La masa móvil temblaba y se convulsionaba continuamente en una epilepsia espasmódica. Los excrementos se mezclaban con los ayes, con el hedor pestilente de la masa central y con los suspiros dolientes de los cavadores, cuyo número disminuía dramáticamente día a día.

A veces acertaban a levantarse voces de protesta. Algunos de los más avisados, tanto de dentro como de fuera, lograban por un instante ponerse de acuerdo en que era imposible continuar así indefinidamente, en que todo aquello era un disparate sin sentido. Pero el brote de lucidez no duraba ni el tiempo de decirlo. ¡Había que sobrevivir ahora mismo! Aquellos que se distraían más que lo que dura el pensarlo, eran engullidos inmediatamente por la caliente, caníbal y oscilante masa. El proceso se aceleraba. Era cada vez más rápido. No se podía perder tiempo en discursos inútiles, pues aquello continuaba salvajemente sin interrupción, por los tiempos de los tiempos.

En verdad era aquél un insólito y peligroso juego difícil de entender, pues, tarde o temprano, aquellos infrahumanos seres acabarían matándose los unos a los otros, devorándose y odiándose hasta el infinito sin haber sabido nunca exactamente por qué.

#### NOTA

Los pingüinos emperador, los de mayor tamaño conocido, son una extraña y escasa especie que habita en la Antártida. Durante todo el invierno polar suyo (noche antártica continua), abandonan las aguas del borde del continente, se retiran a las frías tierras del interior y forman grupos compactos de unos cuantos miles de individuos, que permanecen apelotonados durante meses para defenderse del frío. A lo largo de este tiempo viven a oscuras a cuarenta y cincuenta grados bajo cero. Allí, sin comer, se reproducen y crían a sus hijos hasta que llega la primavera. De tiempo en

tiempo uno de los componentes de la pareja deja el grupo y emprende un penoso viaje nocturno de varios cientos de kilómetros, para volver a sustituir al compañero exhausto. El apelonamiento es tan denso que, a pesar de tener continuamente al hijo, protegido bajo el vientre, sobre los pies de los padres para que no toquen el suelo y no se congelen, con frecuencia los polluelos son pisoteados por otros y mueren.

Sólo al llegar el verano austral se dirigen a la costa, y allí se alimentan durante un corto tiempo para volver, todos juntos, a reemprender el ciclo.

Sísifo empuja otra vez la piedra.

### **A modo de prólogo**

50 La ciudad es un fenómeno extraño, tan extraño que sólo se entiende como mercado. Lo cual es todavía más sorprendente.

Lo malo, o lo bueno, del mercado es que es una palabra muy antigua y un tanto sobada, cuyo significado ha ido evolucionando en el tiempo. En el más ramplón de los lenguajes, alguien diría, al igual que Perogrullo, que un mercado es aquel lugar en el que se venden mercancías. Y no hay cosa más cierta. Si bien lo que sea una mercancía es algo ya más discutible.

Según el más amplio entendimiento sobre el tema, mercancía lo es todo, o, dicho en otras palabras, cualquier cosa puede convertirse en mercancía. Según la moderna interpretación popular, todo es susceptible de comprarse o venderse. Hasta las conductas tienen valor de mercancía. Y esto último, a pesar de lo que

muchos no quisieran aceptar, tiene su más contundente demostración en las noticias políticas, tanto nacionales como internacionales, de los últimos años.

Mercado, en el sentido actual, aparece, pues, como una compleja red de intercambio de «entes» de toda clase y condición, que abarca desde el diseño de un botón hasta géneros tan vaporosos como los árboles genealógicos. El mercado absorbería, según esta interpretación, todo tipo de «entes materiales e inmateriales», desde el conformado por el más pétreo y sólido de los elementos, hasta aquel que sólo se compone de impulsos eléctricos<sup>1</sup>.

Pero no es en este sentido en el que nos interesa aquí el concepto de mercado, sino en el más primitivo significado. Aquel que lo asocia exclusivamente con el intercambio de mercancías tal y como se las consideraba en la antigüedad, aquel que lo asocia únicamente con la *transferencia de objetos puramente materiales*.

O sea, desde nuestro punto de vista meramente arquitectónico-urbano, de todos aquellos entes que en la actualidad conforman el mercado nos interesarían solamente aquellos que tienen *dimensión, peso y medida*.

Parece atractivo pensar<sup>2</sup> que en los orígenes no existían ciudades. Suponemos que los hombres vivían en pequeños grupos familiares dentro de los que resolvían las más elementales necesidades de un modo más o menos cerrado. Y bien porque descubrieron que grupos más grandes se defendían más eficazmente de las adversidades producidas por los enemigos o por la escasez de alimentos, bien porque algunos jefes ansiosos de poder

decidieran ensanchar la esfera de su mando, algunos de estos grupos sobredimensionaron su tamaño con relación a lo que era habitual. Entonces se dieron cuenta de que la superior habilidad de unos y otros, con respecto a determinadas tareas, convertía en aliciente la idea de establecer un trueque entre ellos, con el que ambas y múltiples partes salían ganando. Comenzó la especialización y apareció el mercado. Desde lugares lejanos, diferentes habitantes de un territorio cada vez más extenso iniciaron la costumbre de reunirse en determinados lugares para efectuar el trueque de sus mercaderías. Ello, independientemente de la fundación militar o religiosa, consolidó definitivamente la ciudad.

Andando el tiempo, multitud de fenómenos e innovaciones de todo tipo incidieron, cambiaron y mejoraron la organización y estructura de la ciudad, pero es desde este punto de vista exclusivamente primitivo de la idea de mercado (como aquel en el que se intercambian toda clase de *mercancías materiales*<sup>3</sup>) desde donde queremos situarnos para explicar que, se diga lo que se diga, se monten las teorías que se monten acerca de «la aldea global», o sobre la «ciudad sin fronteras», «la ciudad continua» y muchas otras ideas igualmente atractivas para un punto de vista que desearía revolucionar la forma de la ciudad, serán *este tipo de mercado y su soporte* (las redes materiales) los que seguirán definiendo los parámetros básicos de la organización urbana. Parámetros que no decidirán por sí solos lo que haya de ser la forma de la ciudad, pero que será imprescindible incorporar si no se quiere desembocar en un fracaso más, o en una

nueva teoría desperdiciada. Seguirán siendo condición necesaria, aunque no suficiente.

De todas las implicaciones que se pueden derivar de las consideraciones anteriores, dos nos parecen especialmente relevantes, tanto que aún siguen siendo motivo de viva polémica: la densidad y el tamaño (los límites).

En este artículo abordamos parcialmente el primero de ellos, que parece sugerir, en contra de la idea de «la ciudad extensa o ciudad jardín», que la ciudad será tanto más eficaz cuanto más se acerque su densidad al límite de lo que puede soportar la organización que le sirve de base.

## **Deslocalización frente a dispersión o la era de la ciudad telemática**

*«[...] dicen los antiguos, que la ciudad y el navío en ninguna manera sea tan grande que se bambolee vacía, o que llena no dé abastanza suficiente. Pero otros por haberla tenido más segura, quisieronla muy llena. [...] Y de aquí aprobaría yo aquello del proverbio antiguo que dice que en todas las cosas se ha de guardar un orden y regla de suerte que nada sea demasiado».*

Alberti, *Los diez libros de Arquitectura* (L-IV, cap. III).

Esta era de las comunicaciones y las autopistas informativas, la era de Telépolis, parece sugerir, según la interpretación de muchos «teóricos», la deslocalización/descentralización de múltiples actividades (algunos hasta se atreven a decir que todas). De aquí deducen que a partir de este mágico instante, cuyo punto cero se encontraría en el mítico 2000, las empresas serán/estarán dispersas, la ciudad también, y todos viviremos en idílicas comunidades esparcidas aquí y allá entre medias del paisaje. No obstante, según nuestra

opinión, y radicalmente en contra de la suposición más generalizada, esta deslocalización/descentralización no entraña la dispersión (disminución de la densidad) de las comunidades humanas, sino todo lo contrario.

Si nos atenemos al sentido más profundo de lo urbano (el intercambio social y el acceso a todo tipo de servicios o mercado), el acceso a la información facilitará la densificación y el uso racional del espacio de la ciudad de un modo más eficaz, al permitir incrementar el nivel de organización, merced a la disminución de los desplazamientos no deseados. Es decir, ayudará a compactar las nuevas ciudades y a hacer las antiguas más eficaces.

52

No olvidemos que la implantación masiva del teléfono no sólo no ha acabado con las concentraciones urbanas. En absoluto. Éstas han seguido creciendo de manera imparable, hasta el punto que se piensa que, para mitad del siglo que viene, más del cincuenta por ciento de la población mundial vivirá en ciudades, y serán muy pocas las que se hallen por debajo de los cien mil habitantes.

### **El todo y la parte**

Hay un pensamiento que, a fuerza de ser fragmentario sin saberlo, toma casi siempre la parte por el todo, y cada vez que se hace más patente de lo habitual un determinado fenómeno, o se lanza una teoría sobre el mismo, se acaba sustituyendo la realidad en su conjunto por lo que, en ese instante, es afectado por el fenómeno. De tal manera que los efectos de éste son los que definen el cuadro de la realidad en su totalidad.

Algo similar ocurre en la actualidad con la expectación creada por las autopistas de la información y las redes digitales, vía satélite o fibra óptica.

Muchos teóricos, al enfrentarse a la situación precedente, dada la inminencia de una sociedad en la que es posible realizar algunos trabajos y ofrecer algunos servicios de manera dispersa, gracias a los medios de comunicación que se nos ofrecen, deducen que esa posibilidad es lo que ha de condicionar de modo definitivo y determinante el resto del panorama, se trate del paisaje que se trate. Es decir, en nuestro caso, la posibilidad de trabajar a distancia pasa de mera posibilidad a condición necesaria, como si absolutamente todo el mundo ansiara tanto el utilizar esa posibilidad, que estuviera dispuesto a sacrificar lo que fuese.

Primer flash: Se habla de la oficina a distancia, de las videoconferencias, de las conexiones entre las bolsas de Nueva York, Tokio, Londres, etc. Los periódicos y otros medios airean atractivas experiencias de trabajo a distancia, algunas de las cuales se acaban insertando en la realidad cotidiana de determinadas compañías (constatación de un hecho).

Segundo flash: Aprovechando la información anterior alguien afirma: Ya no es necesario estar todos juntos para poder trabajar (verdad parcial. Se omite: en algunos trabajos. La afirmación depende del tipo de trabajo, de lo que se produzca y del sistema de producción).

Tercer flash: Otro sujeto (frecuentemente el mismo de las observaciones anteriores) apos-

tilla: Por lo tanto, ahora sí que podremos vivir en medio del campo sin necesidad de estar apiñados, gozando de las mismas ventajas y privilegios que en la ciudad. (Conclusión decididamente errónea, inducida por una falsa concatenación entre unas premisas que van perdiendo rigor de la primera a la última.) Los privilegios (y también las miserias) de la ciudad están directamente ligados a la concentración de un gran número de habitantes en un área muy restringida.

Afortunadamente, o tal vez desgraciadamente pues quizás fuera todo más sencillo, la vida humana es mucho más compleja que todo eso, y ni siquiera el trabajo se compone sólo de intercambio de información. Aún existen cientos de trabajos, que no sean el burocrático, que requieren grupos humanos complejos que deben coincidir en un mismo tiempo y lugar. Y si no, miremos la base en la que se asienta nuestra propia profesión, cuyo objetivo final es la materialización de un edificio, área urbana o ciudad; o los complejos industriales o mineros; o la ejecución de las grandes obras públicas; o la existencia de grandes estadios, auditorios, teatros, etc. Todos ellos necesitan de la presencia física, de la coincidencia en el mismo tiempo y lugar de cientos o miles de personas, o cientos de miles, o millones, sin las cuales la llamada vida social, e incluso la misma sociedad, deja de tener sentido.

¿Qué duda cabe que la posibilidad de relacionarse a distancia a través de los multimedia facilita el que muchos de los intercambios, que distribuyen entidades inmateriales, se simplifiquen y no necesiten de una proximidad

física inmediata! Pero ¿quiere ello decir que las *comunidades humanas* deberán ser dispersas de ahora en adelante, y que estamos en los albores de esa aldea global en la que los *ciudadanos* se hallan esparcidos por toda la geografía del planeta?

¿Sí?

Fijémonos en que, subrepticamente, he introducido en el párrafo anterior dos términos que aunque relacionados no son equivalentes entre sí: perteneciente a una comunidad humana, *versus* ciudadano (entendido éste como urbanita, o sea, habitante de la ciudad).

Así como todo ciudadano (urbanita) pertenece a una comunidad humana, no todo perteneciente a una comunidad humana es un ciudadano (urbanita). Un pastor de cabras no es un ciudadano, ni las personas de una tribu nómada<sup>4</sup> (lo saben bien las autoridades de los países en los que viven este tipo de comunidades, que por ello tratan de convertirlos en sedentarios a toda costa), ni tampoco los monjes de un apartado monasterio.

La ciudad, la urbe, no debe confundirse nunca con la comunidad, salvo en aquellos excepcionales casos en los que coincida con ella, como en la época de las ciudades estado griegas, o los enclaves urbanos autónomos de Hong Kong, Montecarlo, etc.

Por ello, creo que merece la pena dedicar unas breves líneas a tratar de mostrar (que no demostrar) algunos argumentos en favor de la propuesta inicial, o sea, que lejos de lo que propugnan algunos de los estudiosos del fenómeno *multimedia-autopistas de la informa-*

ción, el efecto más inteligente que debería producir dicha teletecnología es facilitar el incremento de la densidad urbana o, en todo caso, la simplificación o mejora de uno de los problemas que cada vez afectan más a nuestras ciudades: el caos del tráfico.

Con este propósito se ha introducido en el título la confrontación de dos términos que de manera inconsciente tenderían a confundirse, pero que en nuestro caso ilustran suficientemente el tema en discusión: *deslocalización* y *dispersión*.

Hemos acuñado el término *deslocalización* para subrayar lo que realmente permiten las autopistas de la información y las transmisiones vía satélite: que más que los usuarios de tal sistema estén dispersos, es decir, se hallen repartidos en un área geográfica de muy baja densidad pero continúen fijos en el espacio, es que estos usuarios se hallen donde se hallen, aun estando en movimiento, es decir, incluso cuando no sea posible localizarlos en un punto fijo del espacio físico, pueden comunicarse o, lo que es lo mismo, pueden recibir y enviar información a otro usuario que esté en las mismas condiciones. Importa, no tanto si están en una zona densa o dispersa, cuanto que, en cualquier instante del espacio-tiempo, *existe para ellos la posibilidad de traficar o intercambiarse entidades inmateriales*.

Subrayamos la palabra inmateriales, porque hace referencia a la verdadera naturaleza de la información y la distingue del resto de las mercancías, bienes y servicios, que sí son materiales, o de aquellos bienes y servicios que al ser entidades materiales necesitan de un

soporte y unos canales físicos para su intercambio.

*Estos elementos materiales, o aquellos que necesitan un soporte material, justifican la persistencia de lo urbano*, y respecto de ellos continúa aún vigente la exigencia de unos soportes de transporte y distribución físicos, que se apoyan en redes materiales que discurren por la geografía.

Por lo tanto: *Los medios de comunicación permiten la deslocalización con relación al tráfico de inmateriales* y permitirían también la dispersión, siempre y cuando la única condición que se necesitase para mantener la agrupación de una comunidad fuera el intercambio de este tipo de entidades. Ahora bien, frente a lo anterior, ¿cuáles serían las razones que abogarían por la defensa de la *necesidad de agrupación* a pesar de la existencia de las facilidades precedentes?

Intentaremos una sucinta recapitulación:

### **Valores físicos que abogan por la proximidad física y por la densidad de la estructura urbana**

1. *El contacto social directo* (fundamental para la formación de organizaciones sociales de todo tipo, familiares, políticas, empresariales, clubes, etc.).

Nunca podrá ser sustituido por ningún medio alternativo. Teléfonos, videoteléfonos y demás redes multimedia se constituyen, según esta interpretación, en medios previos que, a la vez que facilitan, incrementan la necesidad de este contacto directo entre los propios



usuarios (uno de los usos espúreos de Internet, de gran difusión en la vecina Francia, es el de los llamados «contactos», fase previa del verdadero contacto).

Un corolario elemental a aplicar al «contacto social o la relación social directa» es que, cuanto mayor sea el número de personas establecidas en un área determinada a lo largo del tiempo, tanto mayor será el número de posibles encuentros. Por el contrario, cuanto mayor sea la movilidad del grupo que ocupa esa misma área, es decir, cuanto mayor sea la obligatoriedad de desplazamiento del mismo, a diferentes territorios, tanto menor será la posibilidad de una coincidencia espacio-temporal entre sus miembros. De aquí que en una ciudad muy densa pero de mucha movilidad, o sea, en la que los ciudadanos, a pesar de estar apiñados, rara vez se hallan de forma simultánea en las mismas zonas del espacio<sup>6</sup>, las oportunidades para el contacto personal son muy exiguas, mientras que, por el contrario, en ciudades (villas o pueblos) de poca densidad, pero en la que los habitantes están continuamente en las mismas áreas espaciales, la posibilidad de evitar dicho contacto resulta escasa.

Parece por tanto deducirse una cierta correspondencia entre los diversos factores que intervienen en este proceso, que podría expresarse, aunque fuera vagamente, como que, dado un grupo social determinado, para seguir manteniendo el mismo número de contactos y de relación entre sus miembros cuando aumenta en éste la movilidad, tendría que incrementarse su densidad en un factor proporcional, disminuyendo o restringiendo

el área en la que se mueven los componentes del grupo.

2. *Las propias redes físicas de telecomunicaciones* (fibra óptica, telefonía-televisión a través de cable, etc.), que a largo plazo proporcionan más fiabilidad, más control y seguridad, más capacidad y menos contaminación ambiental que las ondas electromagnéticas, que acabarán estando saturadas en breve espacio de tiempo.

Las llamadas redes de «banda ancha» son más económicas, eficaces, etc., cuanto menores son las distancias entre las que operan, menor el número de derivaciones, menor el número de repetidores o estaciones de amplificación, etcétera.

3. *Las redes de abastecimiento y recursos energéticos*, imprescindibles en cualquier tipo de hábitat (agua, gas, electricidad, calefacción, refrigeración...), por razones análogas a las anteriores

A este respecto citamos el fragmento de una aclaración de la dirección de la empresa de carburantes Repsol:

«[...] En España, el precio medio de los carburantes está por debajo del precio medio de los mismos en los países europeos. Así lo muestran los numerosos estudios realizados por la compañía independiente OPAL (Oil Price Assessments). Esto es así a pesar de los mayores costes logísticos en que se incurre en España como resultado de la menor densidad de población, una infraestructura de transporte más complicada y una orografía más difícil.»

(Diario *El País*, 27 de agosto de 1995).

4. *La producción, distribución e intercambio de mercancías y sus redes correspondientes.* Ídem anterior (hoy día, hasta los más recónditos habitantes del planeta necesitan abastecerse de múltiples productos, herramientas y alimentos que genera la industria).

5. *Las redes de recogida y tratamiento de residuos* (basuras, saneamiento, pluviales...). Ídem anterior.

6. *La prestación de asistencia y servicios* que impliquen algo más que la mera información (cartería, paquetería y mensajería...).

7. *Los sistemas de asistencia, de control y seguridad personal y social* (sanidad, administración de recursos, policía, etc.).

¿En cuánto se incrementa el coste de la seguridad, para un mismo nivel de control, con el aumento de la dispersión ciudadana?

(Aunque éste es un valor que dista mucho de ser lineal, moviéndose más en rangos escalonados, con valores de área-policía/población que alcanzan mesetas que tienden al óptimo en determinados valores que se desplazan a saltos. En todo caso, es obvio que los gastos y el personal necesarios para unas mismas condiciones aumentan con el área barrida).

8. *El intercambio y la comunicación «cara a cara»* (parecido aunque substancialmente distinto del punto primero), que es la base del *mantenimiento y refuerzo de las organizaciones humanas*, incluidas las de producción. A lo mencionado en el punto 1 se añade la necesidad de que existan redes dependientes de este tipo de comunicación. Lo cual supone a su vez el transporte o desplazamiento de per-

sonas, de cualquier índole que éste sea, responsable en gran medida del tráfico, una de los factores de más impacto en la vida urbana. (Incluye redes terrestres, marítimas, y aéreas.)

9. *Las pérdidas y ganancias energéticas generales de los edificios y, análogamente a escala urbana*, el intercambio entre la ciudad considerada como un todo y el medio ambiente que la rodea, que depende de los flujos de calor-frío no deseados, y la posibilidad de un mejor control ambiental. Objetivos tanto más fáciles de alcanzar, y a menor coste cuanto más reducida sea el área de intercambio a considerar, ya que se trata, en abstracto, de minimizar la relación (superficie envolvente)/volumen. Esta relación aboga por el incremento de la densidad y por la compacidad «del todo» (la ciudad)<sup>6</sup>.

10. [...]

Como el análisis exhaustivo de todos los puntos mencionados, y de otros muchos que se podrían añadir, sería motivo de varias investigaciones, sólo comentaremos a modo de ejemplo algún aspecto de los precedentes, para que no se piense que las observaciones vertidas aquí son un mero producto de la opinión, y no consecuencia de un juicio largamente meditado, cuyos fundamentos sólo se esbozan someramente. (Los arquitectos no parece que seamos un grupo profesional muy dado a la lectura, sobre todo cuando ésta se hace demasiado farragosa o técnica.)

Al analizar la variante urbana del irresoluble problema del viajante (hallar el recorrido mínimo de una persona que debe visitar numerosos locales de un área determinada) o, dicho de otra manera, si tratásemos de encon-

trar el diseño que optimiza una red de conexiones entre varios puntos dados, nos encontraríamos que, aplicando dicho criterio de recorridos mínimos a una red aleatoria (el trazado teórico de una ciudad cualquiera por ejemplo) en la que todo punto tuviera que hallarse en idénticas condiciones que cualquier otro, es decir, para que el recorrido en el que los desplazamientos estadísticos medios de todo punto de dicha red con respecto a todo otro punto de la misma sea mínimo, obtendríamos como resultado una red homogénea e isótropa *espacial* (no leer *especial* sino *espacial*) «densa».

Como no es el momento de añadir más precisiones teóricas de carácter morfológico a lo expuesto en el artículo «¿El cubo reivindicado?»<sup>7</sup>, bástennos unas ramplonas consideraciones de la «cuenta de la vieja», para remarcar las ideas que allí aparecen, vistas desde otra óptica quizás más asequible.

Y como referencia tomaremos una serie de cuantificaciones de tipo energético global (coste de producción-explotación/habitante), para que sirvan de base a cualquier posterior discusión, en la que se pueda introducir la correspondiente penalización entre lo que se quiere obtener y lo que se está dispuesto a pagar por ello. Es decir, analizaríamos el sobrecoste que se haría preciso abonar, en la implantación y posterior explotación, para cada una de las soluciones propuestas, «extensa o densa». Para ello no habría más que tener en cuenta unas pocas ideas de sentido común:

Si comparamos la solución que da la ciudad clásica en cuadrícula, con respecto a las pro-

puestas también clásicas, de la ciudad jardín, podremos constatar varios hechos que cada cual puede, a su vez, cualificar por sí mismo.

Es más, para que no se nos tache de partidistas, compararemos mejor dos soluciones «higienistas», la propuesta del «Bloque abierto» (en adelante BA) del Movimiento Moderno y la «Ciudad jardín» (en adelante CJ) de Howard, en su versión cuadrícula y más compacta (sin cinturones verdes), sin entrar en la polémica de la cualificación que de cada una de ellas nos merecería su materialización urbana. En general, las calificaciones que se dedican a cada una de estas soluciones no dependen tanto de la «forma» física que tienen cuanto de la que representan, es decir, de la imagen mítica que uno se haya hecho de antemano, que corresponde más con un nivel de «a lo que se aspira», que con lo que de verdad se experimenta en la vivencia personal a largo plazo, pues en nuestra opinión ninguna de las dos «hace ciudad», o, dicho de otra manera, de ambas se obtiene «muy poca ciudad» (si entendemos por tal un espacio de convivencia en el que se dan, simultáneamente, *todo tipo de relaciones de intercambio* entre los habitantes).

Para evaluar, en números groseros, las dos soluciones, comenzaremos por tomar un modelo medio de parcelación en ciudad jardín. Supongamos una cuadrícula cualquiera. Como base dimensional nos puede servir la de la difundida ciudad jardín de Arturo Soria (más conocida como Ciudad Lineal), que tenía parcelas de 600 m<sup>2</sup>, sobre las que no parece descabellado actualmente edificar viviendas de 150 m<sup>2</sup> (ocupación del 25%).

Consideraremos, para simplificar, ambas formas (parcela y edificación) cuadradas (24,5 m x 24,5 m para la parcela, y 12,25 m x 12,25 m de ocupación en planta de vivienda) para que nos den la relación más «compacta» posible<sup>4</sup>. Y consideraremos, también, una localización de la edificación que se acerque razonablemente a los bordes, para disminuir la dimensión de las redes de servicios. Y tomaremos el área de pavimentación más pequeña posible, con unas aceras de 1,5 m y un ancho de calzada de 6 m.

Tendremos entonces, como media para la CJ, una longitud, de una cualquiera de las redes lineales, por unidad de distribución de parcela, de 26,75 m. Sin embargo, en la organización tipo «bloque abierto», asumiendo también una vivienda de 150 m<sup>2</sup> con una escalera cada dos viviendas, cuatro alturas, doble orientación y tres portales por bloque, la longitud de la red para cuatro alturas (una densidad muy discreta) cae drásticamente hasta los 4,13 m/ud.

Esto nos refleja un incremento, de la primera sobre la segunda solución, de aproximadamente ¡seis veces y media (6,48)! el tamaño/coste por cada red. Lo que supone, si tenemos sólo fibra óptica/teléfono, electricidad, gas, agua y alcantarillado, un total de treinta y dos veces y media (32,4) el incremento en el sistema general de abastecimiento energético. Incremento que repercutirá, también directamente, en el mantenimiento y conservación, en las pérdidas de carga del sistema, las fugas, etc. No olvidemos que en las redes enterradas, como el gas o el agua, se producen pérdidas incontroladas de muy difícil localización.

Si tomamos como ejemplo la red de agua, en una ciudad como Madrid las pérdidas por filtraciones subterráneas ascienden al 27% del consumo (en París es del orden del 45%), por tanto supondría que, dado que los tramos de colector enterrado son respectivamente de 26,75 m/ud para la CJ y de 8 m/ud para el BA al ser la *relación de l a 8,93*, las pérdidas aumentarían en la misma relación.

¿Alguien se podría permitir un despilfarro semejante?

Algo análogo sucede con los problemas de construcción. Es bien sabido que las relaciones cimientos/edificación, cubierta/m<sup>2</sup> totales, etc., disminuyen su repercusión en los costes con la altura de la edificación (hasta un límite, por supuesto). Ello ha conducido a la proliferación de la edificación en altura, a pesar de la desfavorable imagen que tiene en la mente de muchas personas. Pero no se trata sólo de esto. El área expuesta, o sea, en contacto con el exterior, y por lo tanto sujeta a las inclemencias del clima, es de 447 m<sup>2</sup>/ud en la CJ, frente a los 157 m<sup>2</sup>/ud en el BA.

A igualdad de solución constructiva, las necesidades energéticas de calefacción/refrigeración casi se triplican (2,85).

Como se ve, no se trata únicamente de evaluar el coste para cada usuario considerado aisladamente. El peso de las cargas económicas totales gravita también, incrementándose a largo plazo, sobre la comunidad, la cual tiene que asumir unos compromisos que hipotecan su futuro a corto, medio y largo plazo.

*Con relación a las redes viarias*, a todo lo

anterior podríamos añadir a modo de corolarios:

a) Para un desarrollo de la ciudad en un plano, la longitud de desplazamiento es proporcional al área cubierta por los puntos de destino, su número y su forma de distribución:

A igualdad de número y distribución, el recorrido total será tanto más pequeño cuanto más restringida sea el área definida por los puntos extremos de la red, variando con un valor inverso al cuadrado de la disminución escalar de la superficie.

El aumento de densidad en este aspecto favorece la disminución del tráfico total, el ahorro energético y el ahorro espacio-temporal.

b) Si en cualquiera de las organizaciones anteriores aumentamos otra planta a la edificación, algunas de las redes, por ejemplo la de tráfico, permanecen inalteradas, con lo que la disminución porcentual por habitante se reduce a la mitad (50%); si el aumento es de una tercera planta, la reducción cae al 30%, etc.

La reducción en otras redes, que tienen que seguir llegando al destino final de cada habitante no es tan drástica pero sí es muy significativa:  $\% = nh/Rl$  (fórmula en la que  $n$  = número de puntos de la red,  $h$  es la altura de una planta expresada en metros, y  $Rl$  es la longitud total de la red inicial sobre la que se levanta la planta).

De ella se deduce, sin necesidad de hacer ningún número, que la reducción será tanto más importante en porcentaje cuanto menos densa sea la distribución de la red inicial (CJ) que sirva de referencia, o sea, cuanto menos

«apretados entre sí» estén los puntos iniciales, y, por el contrario, más «densa o compacta» sea la solución con la que se compare (BA, o mejor aún ciudad tradicional).

c) La congestión es un problema que relaciona el número de desplazamientos, su distribución geográfica (dispersión) y el grado de organización (orden espacio-temporal y número de recorridos coincidentes). A igualdad de puntos a visitar, y de distribución geográfica de los mismos, la congestión será tanto menor cuanto mayor el orden y la organización del tráfico.

d) [...]

Si consideramos un espacio abstracto, la situación ideal límite se alcanzaría en el momento en el que toda la organización se redujera a un recinto puntual. Entonces los recorridos se habrían reducido a cero, lo mismo que las pérdidas. Ésta es la razón de la miniaturización salvaje de los circuitos de los microchips, y la causa fundamental de su mayor inconveniente. Al tener muy poca área de evacuación de calor (en este caso lo importante es que no se calienten), su refrigeración se convierte en un problema.

Parece, por tanto, derivarse de todo lo anterior que la ciudad de la era de la información, la llamada «Telépolis» del siglo que entra, debería dar origen a una sociedad administrativamente deslocalizada<sup>9</sup>, pero asentada en ciudades que serán cada vez más densas y más eficientes, en cuanto los diseñadores sepan resolver los retos que una organización de este tipo plantea a los urbanistas. Que en todo caso pasa por superar la idea de que todas las redes

de tráfico y de servicios se tienen que localizar en un solo plano, y que éste coincide con el terreno natural<sup>10</sup>.

## Desplazamientos

En un escalón inferior, si analizamos brevemente algunos de los problemas que son resultado no de la forma, sino de la organización interna de la ciudad, y que parecen actuar en contra de la densidad (de la que siempre se habla en abstracto, como si fuera un valor absoluto), verí-

60 amos en qué medida las nuevas tecnologías de la comunicación pueden ayudar a la densificación al permitir ellas mismas una menor movilidad.

### CUADRO I:

#### EL DESPLAZAMIENTO-TRANSPORTE EN EL ENTORNO URBANO

##### Causas básicas del transporte:

trabajo (producción de bienes y servicios), gestiones administrativas y salud, compra-venta (adquisición y distribución de mercancías), ocio y relaciones personales.

El incremento comunicativo multimedia tiende a suprimir muchos desplazamientos no deseados. Ello debería producir una serie de consecuencias en cascada que ten-

drían que afectar favorablemente a la vida urbana.

### CUADRO II:

#### FORMAS DE REDUCCIÓN DEL TRANSPORTE

- a) Reducción del recorrido (solución físico-espacial del problema).
- b) Supresión de la necesidad (solución estructural u organizativa).

Solución física = incremento de la proximidad física	Solución estructural = incremento de organización	Tipo de actividad causante de desplazamiento
vivienda-centro trabajo	teletrabajo	trabajo
vivienda-centro gestión trabajo-centro gestión	telegestión	gestiones
vivienda-centro comercial centro comercial-centro producción	telecompra televenta	compra-venta
vivienda-centro ocio vivienda-contacto social	teleocio telecomunicación	ocio-socialización

Uno de estos logros, y no necesariamente el principal, aunque sí muy importante e inmediato desde la óptica actual, es la disminución de los problemas circulatorios de la gran ciudad, debido a la canalización de muchos tipos de gestiones a través de estas vías rápidas de comunicación/gestión.

### NOTA

En una ciudad consolidada las actuaciones posibles respecto de la columna relativa al incremento de la proximidad física se centrarían en:

- a) Acercar los ciudadanos a sus destinos facilitando la redistribución de los usuarios por medio de una información exhaustiva que favoreciese los intercambios de las viviendas.
- b) Acercar los servicios a los centros de gravedad de la población mediante incentivos urbanísticos que permitiesen cambios del uso

de los edificios, favoreciendo el multiuso de los mismos. El fin sería el de facilitar la mezcla de todo tipo de actividades, acercando los centros de consumo y servicios a la localización física de cada uno de los consumidores. Y con respecto a la columna referente a la solución estructural, las acciones se centrarían en estimular el acceso de los usuarios a los medios informáticos, implementar el adiestramiento sobre el uso de los mismos y crear bancos de datos relevantes, abiertos a todo tipo de consumidores.

Pero también a través de los multimedia, mediante contactos informáticos conectados a los bancos de datos al servicio de la comunidad, y el trueque-hábitat (cambio de vivienda por vivienda), se podría facilitar la reubicación de muchos de los ciudadanos, que lograrían, apoyándose en estos medios, trasladar su habitación a un lugar mejor situado con respecto a sus necesidades de desplazamiento diario. (Algunos países anglosajones poseen bolsas de información para aquellos que cambian de ciudad o de trabajo, sustituyendo con el trueque la compraventa o el alquiler de una nueva vivienda. Ello permite una mayor movilidad laboral y favorece el mercado de trabajo y la economía de la ciudad).

### **Sobre los medios de transporte**

Hemos visto que uno de los principales argumentos por los que la ciudad no se puede evadir de su destino primitivo es el movimiento, desplazamiento e intercambio de entes materiales de la ciudad tanto en su interior como con el entorno. Estos entes materiales pueden ser objetos, personas o energía. En general, a pesar de que las redes (vías o conducciones que soportan este tráfico) son fundamentales,

### **CUADRO III**

#### **FORMA DEL TRANSPORTE URBANO**

<i>Individual</i>	automóvil bicicleta	motocicleta
<i>Colectivo</i>	tren suburbano metro	autobús
<i>Mercancías</i>	camiones y furgonetas	

dedicaremos, dada la presencia que adquieren en la vida urbana, unas breves notas a las posibles transformaciones de alguno de los medios que se emplean actualmente para paliar el problema del transporte, el tráfico automovilístico, problema que está íntimamente relacionado con el de la densidad.

Aunque, como hemos visto, influyen en él de una manera más determinante la movilidad y la distribución de la población, respecto a la localización de actividades, nos centraremos en algunos aspectos que en la actualidad causan un cierto desasosiego a los expertos.

Aun cuando hay mucho que decir a cuenta de este epígrafe (el urbanismo le dedica tratados enteros), nos centraremos únicamente en el automóvil particular, por constituir éste el medio más difundido al que se asocia con la libertad individual, y ser el que más problemas causa en el entorno de las ciudades.

Todo urbanita sabe que si se suprimiera el tránsito de automóviles por la ciudad, sustituyéndolo por transporte público, se acabarían los problemas de tráfico. Pero todo el mundo sabe también que ésta es una opción, hoy por hoy, inaceptable para la mayoría de los ciuda-

danos, debido a la estrecha conexión mental que se establece entre automóvil-individuo y libertad.

Analizaremos someramente algunas de las penalizaciones que es necesario soportar a costa del culto a semejante imagen.

### **Notas divulgativas sobre el automóvil y los posibles enfoques para lograr una reducción de sus costes energéticos globales**

Los ahorros energéticos *en combustible, en tiempo o salud*, consecuencia de los gastos que origina el uso masivo de este medio de transporte pueden derivarse de:

Diseño del propio automóvil.

Desplazamiento estratégico, o forma de «navegar» por la ciudad (depende de la organización urbana de la red, del conocimiento de la misma, de los sistemas de control de tráfico y de la asistencia a la navegación).

Desplazamiento logístico, o forma de mover el automóvil dentro de la vía urbana: depende del adiestramiento personal, de los hábitos y costumbres individuales y colectivas, y de la conducción o manejo (conducción personal, asistida, o automatizada). Es de sobra conocido que una conducción inadecuada disminuye notablemente la capacidad de una red de tráfico.

Algunos de estos aspectos se encuentran todavía en fase experimental en diversos países europeos (los aspectos que dependen más de la tecnología a incorporar al vehículo, o a la propia red de tráfico, como las «autopistas

inteligentes»), aunque los más sociales, los que se podrían acometer con los medios informativos actualmente disponibles (como diarios, radio y televisión) ni siquiera son objeto de estudio<sup>11</sup>.

Para no extendernos mucho nos ceñiremos sólo al primer punto por ser el de más generalizada aceptación. (Las consecuencias derivadas de la actuación en los otros dos epígrafes son de más difícil cuantificación, aunque, de lograrse cierta efectividad, la capacidad multiplicativa de la escala proporcionaría resultados sorprendentes.)

Por ello consideramos indispensable, con respecto al propio vehículo, que fueran de conocimiento general los siguientes datos:

Según un informe (inédito) del Instituto Medioambiental y de Pronósticos de Heidelberg, en el que se hace un balance general total con respecto a la vida media de un vehículo medio, éste habrá dejado, al llegar a su fin (10 años), alrededor de 26,5 toneladas de residuos. Y su impacto anual, en el entorno europeo, costará alrededor del medio millón de pesetas por cada vehículo en circulación (con independencia de los problemas que ocasiona en el tráfico).

En el momento de salir al mercado, sólo a causa de su producción, un automóvil ha ensuciado ya, directa o indirectamente, 922 millones de metros cúbicos de aire con materias nocivas, y ha arrojado casi 14 toneladas de anhídrido carbónico.

Un vehículo consume en toda su vida tanta energía como la total que gasta en seis años un europeo medio que no dispone de coche



(incluyendo en estos gastos el transporte, la calefacción y la electricidad necesarias para mantener la vivienda y el lugar de trabajo).

En cuanto al rendimiento de cada unidad automóvil-medio podemos exponer las cifras siguientes (referidas a las condiciones óptimas de salida de fábrica):

«El tren propulsor, en su balance final, tiene un rendimiento medio (para una conducción media) ¡de sólo el 17%! con arreglo a la energía consumida en combustible». Es decir, de la energía aportada por el combustible sólo se aprovecha la sexta parte.

En números redondos podríamos cifrar la pérdidas de energía con arreglo al valor cien (100%) aportado por el combustible puesto en el depósito:

Termodinámica de la combustión	50,0%
Rozamiento del motor	17,7%
Transmisión	1,3%
Accesorios	1,8%
Frenos	4,0%
Aerodinámica	4,1%
Neumáticos	4,25%

«La disminución de la masa tendría un importante efecto multiplicador. Al ser más ligero, el coche requiere menos potencia y los componentes de su tren propulsor podrán ser de menores dimensiones, lo que requerirá algo menos de potencia y por lo tanto se podrá hacer una nueva reducción».

«Un coche nuevo medio, sin pasajeros, pesa alrededor de 1.300 kg. (Un automóvil de lujo, por ejemplo un Mercedes S, pesa 1.900 kg, consume un 42% más, expulsa un 46,5% más de

CO<sub>2</sub>, y deja tras de sí un 35% más de residuos)».

Con los diseños más avanzados (pero sin cambiar la filosofía básica del mismo), y empleando nuevos materiales, este «peso muerto» u «obra muerta» en el argot náutico, se podría reducir como máximo en un 25% (325 kg)».

La relación pasajero-vehículo es por lo tanto del 5,4% (70 kg/1.300 kg) en el primer caso, y del 7% para el del vehículo de materiales ultraligeros.

*CONCLUSIÓN: El automóvil gasta prácticamente toda su energía en moverse a sí mismo, y lo seguirá haciendo en el futuro, salvo que se transforme en otra cosa (es decir, si no cambia el concepto básico del vehículo).*

Como soluciones, la industria automovilística propone:

Se podrían mejorar los rendimientos de los motores para aumentar el rendimiento energético. Hay varias vías en estudio; las más prometedoras con posibilidad de acceder al mercado son:

a) Los motores de «mezcla pobre» (introducidos por la industria japonesa) tienen mayor rendimiento pero producen óxidos de nitrógeno que son de difícil reducción (si se sigue manteniendo la mezcla pobre).

b) El motor de dos tiempos avanzado (menos pérdidas por fricción), menos costoso y más ligero. Aun así, el aumento de rendimiento con relación al total es muy pequeño, ya que se trata de un tanto porcentual que se halla dentro de otro, con lo que la variación del porcentaje final se incrementa sólo en una fracción de aquél.

En todo caso: La previsión más optimista es

que para el año 2005, si se logran imponer todas las mejoras posibles en cada uno de los puntos de pérdida, el rendimiento de la energía total suministrada por el combustible se elevará del 17% al 28%. Lo que supone nada menos que un incremento en el rendimiento del 60% con relación al rendimiento energético actual. Aunque, visto en cifras absolutas, este horizonte final no parece demasiado brillante, ya que el que el rendimiento último del combustible sea de ¡sólo el 28%! no parece mucho incremento para la cantidad de esfuerzo y gasto que comporta.

Si proyectamos estos números sobre el porcentaje inicial, que nos indicaba la relación pasajero/vehículo (considerando el mejor de los casos, o sea, un superdiseño de vehículo con materiales ultraligeros), tendríamos el 28% aplicado sobre el 7%. Ello significa, en números redondos, ¡que en un automóvil sólo aprovechamos el 2% (1,96%) del total de la energía bruta que le hemos suministrado!

A lo anterior habría que añadir que el ahorro en gasolina introducido por estas mejoras, compensaría el incremento en los precios sobre el vehículo convencional (debidos a estas «mejoras en el diseño») sólo en aquellos países no productores en los que el precio del combustible es bastante alto. No está tan claro que sea posible el aplicar el mismo baremo globalmente en el área europea, aunque es importadora neta, dadas las diferencias de precio del combustible de unos países a otros, aun estudiando períodos de amortización de doce años, que es lo que se estima como la vida media de un vehículo en el área norteamericana.

Parece más bien que la solución, de aceptar esta mentalidad que liga libertad con transporte individual, pasaría por una renovación algo más drástica que la propuesta por los fabricantes de automóviles, incluso en sus versiones más «revolucionarias», en las que se acomete un cierto cambio de la imagen básica, como la de los minicoches, eléctricos, de combustión o mixtos.

Parece también inmediato pensar que este vehículo urbano debería comenzar por cambiar radicalmente la relación de (kg pasajero)/(kg vehículo), pasando de la relación 1/20 habitual a un razonable 4/1 (ni siquiera parecería sensato el 1/6 de algún «mini» si no fuera por su comparación con lo que actualmente existe). Y reduciendo simultáneamente el índice de ocupación de la calzada. O sea, incrementando el índice de ocupación de la calzada por pasajero transportado. Otro problema cuya mejora abogaríamos por la densificación.

Por otro lado, dicho vehículo urbano individual ideal debería admitir todas las variantes. Desde *a*): «todo tracción humana» (el esfuerzo para que el vehículo se desplace lo hace exclusivamente el hombre, como en la bicicleta), hasta *b*): «todo tracción mecánica» (toda la energía del movimiento es suministrada por el vehículo), pasando por *c*): «tracción humana asistida» (en la que el consumo de energía fundamental corre a cargo del usuario) y *d*): «la tracción mecánica asistida por tracción humana», fase en la que el esfuerzo principal lo hace el motor, que es ayudado por el usuario. El régimen de uso debería estar estudiado de modo que se pudiera pasar de una a otra en cualquier instante.

Se trataría, por lo tanto, de un vehículo que, para que no resultara muy revolucionario en su comienzo, podría ser una mejora que oscilara entre el actual ciclomotor y la bicicleta. Este transporte no debería sobrepasar los 15 kg de peso y poseer un motor de tecnología avanzada con un máximo de unos 25 cc de cilindra- da, que pudiera funcionar intermitentemente, y que debería consumir menos de 1/4 de litro de combustible por cada 100 km, vehículo al que se podría denominar ciclomotor avanzado.

– En un vehículo ciclomotor avanzado dotado de un minimotor (25cc), se mejoraría notable- mente la termodinámica de la combustión, apareciendo como posible, gracias al reducido tamaño, la implantación del motor cerámico, así como la posibilidad de disponer de una variación continua de la relación de multipli- cación. Las pérdidas por transmisión, roza- miento, frenos, etc., disminuirían drásticamente, simplificándose la conducción.

– En un vehículo ciclomotor avanzado de 15 kg, la relación media pasajero/vehículo es de un ¡4,38!, lo que significa que el vehículo empleado para el transporte desplazaría una carga 4,38 veces superior a su peso propio o, lo que es lo mismo, sólo el 22,8% de la ener- gía consumida se dedicaría al transporte de su propio peso, con lo cual habríamos hecho algo más que invertir la situación.

Si tomamos como base los números anterio- res, y suponemos que hemos mejorado la rela- ción del rendimiento de la energía total del combustible consumido, sólo en el 28%, co- mo en el caso del automóvil del ultradiseño mencionado<sup>12</sup>, el 2% de rendimiento de aquel

ejemplo subiría (77,2% sobre el 28%) hasta el 22% de la energía, que, en esta ocasión, es aprovechada por el pasajero.

Hemos multiplicado ¡por diez! el rendimiento del mismo motor sólo con haber variado el concepto del vehículo.

Aun suponiendo el automóvil ocupado por cua- tro personas, lo que es un caso estadísticamen- te poco usual para un automóvil utilizado como transporte urbano, seguiríamos obteniendo el 22% frente al 8%. En otras palabras, en una ocupación total seguiríamos multiplicando casi por tres el rendimiento final de nuestra energía.

Incluso considerando el transporte colectivo, este medio resistiría muy bien la comparación, ya que si tomamos una ocupación media/viaje de 30 pasajeros/autobús (que es sumamente alta para un balance diario, ya que este vehícu- lo consume y se desplaza también cuando va vacío), el autobús tendría que pesar sólo 450 kg para estar en igualdad de condiciones. En la realidad esta comparación se muestra desfavo- rable para el autobús en una relación de 1 a 10.

Etc., etc., etc.

## Conclusión

–Pues a pesar de todo lo que dice usted res- pecto a la ciudad densa y a las mejoras del trá- fico y otras zarandajas, sigo pensando que a mí me gustaría vivir en una villa, a la orilla del mar, viendo el paisaje, y extasiarme ante el sol del atardecer, rodeado de árboles y pájaros.

–¡Toma, y a mí! Y tener jardinero y chófer. Y cisnes en el lago. Y un sendero ondulante, que lleva, desde la verja forjada de acceso, hasta

un impresionante pórtico de entrada parecido al de la palladiana Villa Rotonda<sup>13</sup>.

No. El caso no es ése.

La pregunta fundamental no es lo que a usted le gustaría, sino:

«¿Se lo puede usted permitir?».

Mejor aún:

«¿Puede usted obligar a los demás a que se lo permitan?».

## Epílogo

El interlocutor, condescendiente, lanza una mirada de superioridad despreciativa, propia de aquellos que están en posesión de la verdad suprema, revelada a través de los recovecos de la pura intuición kantiana, y se aleja murmurando entre dientes:

—Diga lo que diga usted con sus números y sus prolijos razonamientos, la ciudad es y será siempre un cáncer que devora la naturaleza, que poluciona y machaca el paisaje, y hace aflorar en el hombre lo peor de sus instintos. La única solución es la vuelta del hombre a sus orígenes, el retorno al paisaje en comunión mística con la Naturaleza.

El sueño es la casita bucólica en medio del bosque conectada a través de los medios más sofisticados con el resto de la «aldea global».

—Amén.

Pero ¿cómo le van a llegar a usted los armarios que le legó su abuela hasta el centro de la selva? ¿Cómo va a ir usted al hospital cuando caiga enfermo...?

---

## BIBLIOGRAFÍA

Para la confección de estas notas el autor se ha basado en las siguientes publicaciones:

*Tema general:*

CITEC'94 III Conferencia Internacional de Empresa y Tecnología de la Información, «La crisis informática como oportunidad estratégica» (15/3/94, Madrid, España).

CITEC'94 III Conferencia Internacional de Empresa y Tecnología de la Información, «Information technologies impact on labour» (15/3/94, Madrid, España).

*Desarrollo:*

Constanza R. (ed.), *Ecological economics the science & management of sustainability* (University Press, Columbia, N.Y., 1992).

Estrampes, Jean Pierre, «Entre orden y desorden», *Revista Astrágalo*, junio 94, Ed. Univ. de Alcalá de Henares, Madrid.

Johnson, S., *Greener buildings: environmental impact of property* (Macmillan Press, Londres, 1993).

Klein L.R. & Keyfiz (ed.), *Science and sustainability: selected papers, on IASA's 20 anniversary*, 1992.

*Población:*

Key Fitz Nathan, «Crecimiento demográfico: ¿Quién puede evaluar sus límites?», *Mundo Científico*, #147, vol. 14, junio de 1994.

Royal Society of London & US National Academy of Sciences, «Population growth, resource, consumption and a sustainable world». Declaration 1992.

*Energías renovables:*

Baker, Fanchiotti, *Steemers daylighting in architecture* (James & James Science Publs., Londres, 1994).

«Energy Research Group Solar House EU DGXII Joule». Conference Euroforum in Renewable Energies, París, julio, 1993.

Kristensen, Poul E., «Daylight technologies in non-domestic buildings EU DGXII Joule». Conference Euroforum in Renewable Energies, París, julio de 1993.

I Conferencia Internacional Comisión Europea. Parlamento Europeo y Fundación Cánovas del Castillo, «Un plan de acción para las fuentes de energías renovables en Europa» (18/3/94, Madrid, España).

*European directory of renewable energy: Suppliers & Service*, Cross, B. (ed.), J & J Publs., London, 1993.

*Resource guide energy in architecture—the european passive solar handbook*, Goulding, Owen & Steemers Publ., London, 1992.

*Unesco international directory of new & renewable energy*. Information Sources & Research Centres James & James Science Publ., London, 1993

*Sobre el cambio climático y la contaminación urbana:*

Tratado de las Naciones Unidas sobre el cambio del clima. Suscrito por 155 países en la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro en 1992, entró en vigor el 21 de marzo pasado. (La petición europea a favor del clima incluye un manifiesto de 10 puntos solicitando la adopción de 10 medidas en relación con la política energética de la UE, con el fin de reducir las emisiones de CO<sub>2</sub>.)

I Conferencia Internacional Comisión Europea, Parlamento Europeo y Fundación Cánovas del Castillo, «Un plan de acción para las fuentes de energías renovables en Europa» (18/3/94, Madrid, España).

*Environmental issues in construction*, Construction Industry Environmental Forum CIRIA, London, 1993.

Sociedad Española de Sanidad Ambiental, «La sanidad ambiental en el ámbito de las actuaciones medioambientales» (22/3/94 ETSICA, Madrid, España).

Seoanez, M., *Ecología industrial: Manual de responsabilidad medioambiental*, Mundi Press, 1995.

ADEME, *Diversos estudios en curso* (Agencia del Medio Ambiente y Control de la Energía de la Comisión de las Comunidades Europeas).

MOPTMA, *Cien preguntas sobre los residuos industriales: Guía práctica*, Ministerio de Obras Públicas, Madrid, 1994.

*Polución automovilística:*

ADEME E INRETS. La pollution automobile et ses effets sur la santé, état des connaissances, interrogations et propositions». Informe de síntesis del grupo de trabajo constituido a demanda del ADEME, febrero de 1995.

Decicco J. & Ross M., «Hacia un mayor rendimiento del automóvil», *Investigación y Ciencia*, febrero 1995.

Gonnot, F. M., «Pollutions Urbaines, Transports et Santé Publique, Rencontres parlementaires», *Actas del coloquio de diciembre de 1994 en la Asamblea Nacional Francesa*, M&M Conseil, 1995.

Greene & Santini, *Transportation and Global Climatic Change*, American Council for an Energy-Efficient Economy, Berkeley, 1993.

Joint Research Committee. Varios trabajos (Participantes: PSA, Fiat, Renault, Rover, Volkswagen, Volvo, Mercedes y BMW), 1993.

Programa Eureka RECAP (Recycling of Car Plastics).

RCE, «Transport and environment. Royal Commission on environmental Pollution», Eighteenth Report, London, octubre de 1994.

Ross, M., «Automobile fuel consumption and emissions: Effects of vehicle and Driving characteristics», *Annual Review of Energy and the Environment*, vol. 19, 1994.

## NOTAS

<sup>1</sup>Una transmisión telefónica, que es una secuencia de impulsos eléctricos, es una mercancía con un valor en sí. Se cobra por la propia transmisión, independientemente de su valor informativo. De manera análoga, una información, independientemente de su soporte físico, tiene también valor en sí, sólo como información. No se compone, pues, de materia de ningún tipo, pero su valor en el mercado, según los casos, puede llegar a ser extremadamente alto.

<sup>2</sup>Y aunque ello no sea cierto, servirá como hilo conductor de nuestro punto de vista.

<sup>3</sup>Hemos acuñado los términos *mercancías materiales e inmateriales*, así como los de *tráfico de entes materiales e inmateriales* (aunque existan muchas y muchos que participen de alguna manera de ambos conceptos) para dar más énfasis a la idea de que aunque desde los orígenes hayan cambiado muchas cosas, y se hayan creado muchas necesidades nuevas, mientras las necesidades primitivas permanezcan, lo mismo ha de acontecer con todas las *estructuras materiales que les sirven de soporte*. Es decir, mientras permanezcan aquellos aspectos básicos de la organización urbana tal y como fue concebida por las civilizaciones antiguas. Ello explicaría el fracaso de muchos de los modelos que pretendieron superar estos modelos, pero no incluyeron

en ellos aquellos aspectos «primitivos» que seguían subsistiendo aun como necesidades fundamentales: intercambiar y consumir *entes materiales*.

<sup>4</sup>Todas las administraciones han tratado de regular el nomadismo restringiéndolo a áreas muy definidas, cuando no suprimiéndolo por completo, al irse civilizando (ocupando) un territorio. Tal como ha ocurrido con las tribus indias de Norteamérica, y va sucediendo con los nómadas saharianos de los países norteafricanos, o las tribus mongolas del sur de Mongolia.

Un nómada, sobre todo cuando en su periplo barre el territorio de varios países, es un ser atípico para cualquier administración actual, al que no se le pueden aplicar fácilmente los códigos administrativos (que nacen con la aparición de las primeras ciudades, que a su vez tienen su origen en el abandono del nomadismo).

<sup>5</sup>Es decir, el mismo ciudadano se topa casi siempre, excepto en el trabajo o en la propia vivienda, con personas distintas aunque repita varias veces el mismo lugar espacial. Una persona que frecuente la Puerta del Sol madrileña, o recorra la Gran Vía, no es fácil que coincida con nadie que haya visto anteriormente a pesar de la densidad de personas existente por m<sup>2</sup>, a cualquier hora del día.

<sup>6</sup> Desde el punto de vista energético, la ciudad considerada como un todo no ha sido tenida en cuenta en el planeamiento, aun cuando algunos de los que se han preocupado por la magnitud de tal problema, como B. Fuller, hicieran propuestas irrealizables, con el único fin de que otras personas acabaran siendo conscientes de su existencia.

<sup>7</sup> En este artículo hacíamos referencia a la «forma idónea del empaquetamiento urbano», fuera cual fuese su densidad, aun cuando de allí se deducía, también, que estos empaquetamientos tendían a densificar la forma optimizándola, de modo que las relaciones, internas y externas entre cada una de las formas del empaquetamiento fueran mínimas, sin importar cuáles fuesen el origen y el destino de estas relaciones.

<sup>8</sup> Cualquier otra forma, extendida a un área lo suficientemente grande, dará una relación más desfavorable.

<sup>9</sup> Un individuo podrá desvincular una serie de actividades del lugar en que físicamente están asentados los «centros madre» de las mismas, evitando así muchos desplazamientos innecesarios. Aparecerían así oficinas «deslocalizadas» al hallarse sus miembros trabajando en sus casas o en «telecentros genéricos de servicios».

<sup>10</sup> El análisis en profundidad de este punto dista mucho de tener un planteamiento simplista, como bien conocen los expertos en tráfico. Aunque la morfología y la localización de la red son fundamentales, los múltiples factores que intervienen en su rendimiento interactúan entre sí de manera harto compleja.

Incrementar el número de planos por el que circula la red, aunque la descarga, lo hace a costa de incrementarla. El

aprovechamiento de una red de tráfico tiene mucho que ver con la gestión y organización de los desplazamientos, lo que a su vez depende de soluciones tanto estratégicas como logísticas, que muchas veces escapan al control de los administradores, siendo responsabilidad de la sociedad en su conjunto (usos, hábitos, educación urbana, etc.).

<sup>11</sup> Lo curioso, en este como en otros casos, es que las soluciones adoptadas se orientan exclusivamente a ampliar las redes o corregirlas «mejorándolas», sin tratar de incidir en ningún momento en el origen del problema, o sea, en las causas de los desplazamientos, o mejorando los hábitos de uso, etc. (Al igual que se hace con las campañas de prevención de accidentes, las corporaciones locales podrían emprender imaginativas campañas locales para tratar de erradicar aquellos hábitos más extendidos de los usuarios e incentivar los hábitos opuestos que facilitan y hacen más fluido el tráfico, ofreciendo simultáneamente alternativas atractivas que puedan ser seguidas por muchos conductores).

<sup>12</sup> Al no ser una relación lineal la que existe entre las distintas pérdidas, este valor sería más favorable que el que aquí expresamos.

<sup>13</sup> Versión libre para un personaje cualquiera medianamente educado, que tenga nociones de la historia de la arquitectura. Aunque debo advertir que esta conversación con seres reales hubiera arrojado una imagen tan distinta de la expuesta, que haría desistir del estudio de la arquitectura a la mayor parte de mis actuales lectores. (Está claro que lo contemporáneo es mayoritariamente rechazado ante lo «señorial o confortable», y ¡hay que ver lo que imaginan «los seres reales», arquitectos incluidos, ante dichos conceptos!)



# EL FUTURO DE LA CIUDAD EN LA TIERRA DE ORO

Francisco Javier Sánchez Merina

*Los parques Disney realizan la solución utópica de las problemáticas urbanas como epítome del capitalismo multinacional. Dentro del campo discursivo del posmodernismo, que representa la problemática cultural de la sociedad del consumo y del ocio, los parques Disney como producción cultural son una expresión más de la actividad económica.*

**E**s notable que Walt Disney recibió el consejo de su amigo, el arquitecto Welton Becket, de no contratar a ningún arquitecto para proyectar Disneylandia, sino elaborar sus ideas consultando con sus propios empleados. De hecho, aunque Disney encargó a Pereira y Luckman –arquitectos de gran experiencia en Hollywood– el desarrollo del concepto y del plan general del parque en 1953, su contrato les fue rescindido posteriormente. Las ideas de Disney sobre el nuevo parque eran distintas de los valores defendidos por los arquitectos en los años 50, por lo que no se consideró a esta profesión la adecuada para el proyecto. Así, la operación se traspasó a los mejores animadores de Disney, los autodenominados *imaginativos*.

Treinta años más tarde, la multinacional Disney Sociedad Anónima bajo la dirección de Michael Eisner ha encargado a reconocidos

arquitectos posmodernos el diseño de nuevos edificios para Disneylandia en California, Walt Disney World en Florida y Euro-Disney en las cercanías de París. En este punto hay que clarificar que este cambio de actitud no quiere decir que los *imaginativos* fuesen arquitectos posmodernos. Una clara diferencia es que la «arquitectura» diseñada por los *imaginativos* no fue propuesta como arquitectura, sino como construcciones para existir únicamente dentro de los límites del parque. En otras palabras, aunque algunos de los rasgos formales son los mismos –y éste es el motivo por el que Disney puede ser considerado como un ejemplo de inspiración–, éstos no representaban las características derivadas de una vida social o de un orden económico fuera del mundo de Disney. Para entender este cambio de actitud de los años ochenta, los objetivos de la empresa Disney y del pensamiento posmodernista deben ser contrastados.

## Posmodernismo y posmodernismo

La cita de la «Introducción» de *El lenguaje de la arquitectura posmoderna* (1977) de Charles Jencks que hace referencia al carácter negativo del término Posmodernismo —«La palabra “Posmodernismo” no es la expresión más feliz que uno puede usar en relación con la arquitectura reciente»<sup>1</sup>— fue suprimida de la «Introducción» en las siguientes ediciones revisadas y ampliadas del libro. Parece ser que el término ha sido desde entonces asimilado en arquitectura y, tal como va a ser revisado aquí, en la sociedad.

Este escrito se refiere a «posmodernismo», con letra minúscula, como al tipo de cultura en la que este proceso de asimilación, ambos social y arquitectónico, tiene lugar. El término «posmodernismo» no es un concepto unitario ni tampoco otra palabra para la descripción de un estilo particular, pero más bien como un campo discursivo de racimos de conceptos que conforman una problemática cultural<sup>2</sup>. Así «posmodernismo» se debe entender como un concepto diferente a la lectura específica del término «Posmodernismo», con letra mayúscula, el cual sólo se relaciona con arquitectura.

Las últimas cinco décadas han presenciado la emergencia de un nuevo orden de capitalismo multinacional y unos nuevos rasgos formales en la cultura, con el resultado de un nuevo tipo de vida social. Esta condición, denominada posmodernismo, ha sido definida en términos socioeconómicos por el filósofo Frederic Jameson en el artículo «Posmodernismo y sociedad de consumo» (1982)<sup>3</sup>. En su libro subsiguiente, *Posmodernismo, o la lógica cultural*

*del capitalismo avanzado* (1991), Jameson distinguió tres épocas de la expansión capitalista<sup>4</sup>. El crecimiento del capitalismo industrial en el mercado nacional tuvo un primer período llamado capitalismo de mercado, durando aproximadamente desde 1700 a 1800. Este período fue seguido por un capitalismo de monopolio posible por la expansión imperialista, cuando los mercados crecieron hasta ser mundiales. Estos mercados eran siempre dependientes de las naciones colonizadoras y de las colonizadas que proveían las materias primas y la mano de obra barata. El período más reciente, descrito como posmodernismo o la fase de «capitalismo avanzado», tiene como principal característica la transcendencia de fronteras nacionales debido al crecimiento de compañías internacionales. El origen de este nuevo tipo de capitalismo —denominado eufemísticamente como de la sociedad de consumo o posindustrial, sociedad de los medios de comunicación, capitalismo multinacional o, tal y como lo expresaron los situacionistas en los años sesenta, la sociedad del espectáculo— se fecha siguiendo la Segunda Guerra Mundial desde el *boom* de la posguerra en los Estados Unidos a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta.

La vida posmoderna, o lo que el filósofo Jean-François Lyotard describe como la diversidad absoluta de culturas, es la concepción de un tipo de vida social basada en este nuevo orden económico de capitalismo multinacional<sup>5</sup>. La explosión cultural a través de anuncios, revistas, cuadros, fotografías, televisión, etc., en la esfera económica presenta una imagen que va más allá que los rasgos de promoción de los



productos. Bajo este nuevo tipo de vida social y nuevo orden económico, imágenes, estilos y representaciones son los productos en sí. En otras palabras, la forma más desarrollada de artículo de consumo es la imagen en lugar del producto material concreto.

Debe notarse que hay una gran divergencia con las primeras lecturas de la teoría social marxista que entendían las formas culturales como una entidad secundaria que se hace eco de las realidades de la producción económica, puesto que estaban consideradas como parte del velo ideológico o espejo distorsionador que previene la visión real de las relaciones económicas en una sociedad. Por el contrario, esta nueva teoría analiza el proceso de producción, cambio, promoción y consumo de formas culturales como expresión de la actividad económica<sup>6</sup>.

La relación entre palabra, referente, e imagen del artículo de consumo se reestructura siguiendo los intereses del mercado. Lo que se propaga no es el referente ni su utilidad, sino el deseo mismo. Si cualidades abstractas como *felicidad, libertad, amor, etc.*, estaban anteriormente exentas de las operaciones de compra y venta, con la emergencia de los medios de comunicación y de las tecnologías de la reproducción mecánica, ahora toman parte en el intercambio.

Desde este razonamiento, los trabajos encargados por la Sociedad Anónima Disney a los arquitectos posmodernistas desde la mitad de los años ochenta pueden ser entendidos como el resultado de la discusión sobre la relación entre imagen y deseo.

## «Tienes que pagar por la vida pública»

Walt Disney World (WDW) en Orlando, Florida, es el principal destino puramente turístico del planeta. Cada año, más de treinta millones de turistas viajan a este parque de 27.400 acres (dos veces el tamaño de Manhattan Island) con más de 26.000 empleados.

Sus visitantes no sólo van por lo que hay dentro de sus edificios sino por sus fachadas y, más importante, por su ambiente. Este argumento fue elaborado por Charles Moore en *Perspecta* 9/10 (1965) –la revista de arquitectura de Yale– cuando escribió sobre Disneylandia en California. Moore afirmó en el artículo «Tienes que pagar por la vida pública» que Disneylandia fue creada como un lugar en donde los visitantes pagarían por ir para tener una experiencia urbana que no existe en toda la California meridional. En otras palabras, el parque fue concebido como una idealización del paisaje americano, proporcionando la simbólica vida urbana echada de menos en gran parte del mundo «real» que lo rodea:

Todo funciona de forma en la que no parece que el mundo exterior lo haga nunca jamás. La vida no es así como en Disneylandia; es mucho más real: las fuentes corren, los saltos de agua chapotean, unas pequeñas bombillas encienden los árboles por la noche, y todo está limpio<sup>7</sup>.

Hoy en día muchas ciudades, incluida Los Ángeles, no satisfacen la necesidad del sentirse seguro entre desconocidos en un lugar público, o del tener elección en la hiperabundancia o, simplemente, el formarse la impresión de la ciudad; algo que el modelo Disney ha logrado con éxito.

Con todo, y a pesar de la gran cualidad y variedad de sus atracciones, Disneylandia no

puede ofrecer un espectro completo de experiencias públicas. Entregas, periódicos, recepción de correo, cables de electricidad y de teléfono, perros y vendedores ambulantes son algunas de las experiencias públicas que no se encuentran dentro del parque. Es relevante que algunos de estos ejemplos están resueltos a través de un sistema de túneles distribuidos bajo el parque. Por ellos corren los circuitos de electricidad y teléfono, los conductos aspiradores de basura, las tuberías del agua, el sistema de ventilación y el alcantarillado. En los túneles también circulan trenes eléctricos, además de acomodarse lavanderías, almacenes, talleres de costura, cafeterías para los empleados, etc. En resumen, se puede decir que esta estructura subterránea que relega problemas urbanos fuera de la vista sería el sueño de cualquier urbanista.

72

Sin embargo, cuando Disneylandia resuelve estas experiencias urbanas «problemáticas» lo hace de forma muy controvertida. Por ejemplo, el arquitecto Michael Sorkin ha interpretado tal estructura como una manifestación de una esclavitud oculta:

Inevitablemente, este espacio subterráneo hace aparecer otro con imágenes nada utópicas, más específicamente, el mundo subterráneo de *Metrópolis* de Lang, con sus trabajadores atrapados en las cavernas carcelarias bailando su ballet robótico como Martha Graham en *Thorazine*.

Pero —quizás, en parte, porque un hombre con un disfraz de *ratón* es una imagen más afable de deshumanización que la de una prole encadenada— este «espacio sirviente» (en términos de Louis Kahn) tiene generalmente una mejor reputación. Esto es, de hecho, lo que hace que Disneylandia esté *limpia*°.

Aunque la ciudad propuesta por Disney es muy diferente de la «real», existe en la esce-

nografía de los parques suficiente variedad de formas y actividades que garantizan que el visitante encontrará algo con lo que identificarse. Así, la iconografía usada en los nuevos edificios no sólo procede de los personajes de Disney sino también de la historia de la arquitectura, ya que sus fachadas se apropian de la «historia» debido a su valor de representación. El efecto común de ambas fuentes es que las imágenes son reconocibles, con nuevos edificios que constituyen un tipo de arquitectura basada en comprensión en lugar de un simbolismo abstracto.

Estos últimos encargos posmodernistas han provocado polémicas con una obvia falta de consenso sobre las responsabilidades éticas y profesionales asumidas por los arquitectos. Por ejemplo, a la pregunta de por qué el arquitecto James Stirling se negó a aceptar un encargo de la Sociedad Anónima Disney, Michael Graves contestó:

Supongo que él lo ve como... la organización del *ratón Mickey*. Todos nosotros nos preocupamos un poco. Es muy duro para la mayoría de los arquitectos superar el tipo de moralidad de Gropius. Pero ¿podrías imaginar a Lutjens diciendo no? ¿A Bernini diciendo no? ¿O a Miguel Ángel? ¡Jamás en tu vida!°.

Robert Venturi fue más allá sobre el tema de las responsabilidades profesionales cuando, citado en un artículo titulado «El *ratón Mickey* enseña a los arquitectos» (publicado en el *New York Times* de 22 de octubre de 1972), declaraba que «Disney World es más parecido a lo que la gente quiere que todo lo que los arquitectos les han dado siempre». Venturi continuó definiendo los parques Disney como «la utopía simbólica americana». Los parques

de la Sociedad Anónima Disney y su uso de la arquitectura posmodernista epitoman el capitalismo multinacional como utópico.

## **Aprendiendo de los parques hiperreales**

Uno debe de retroceder a 1800, fecha en la que por primera vez se documenta un espectáculo comercial de atracciones, para comprobar que sus orígenes estaban basados en imitaciones que presentaban una realidad exagerada pero básica. «Los internacionalmente conocidos gemelos siameses», «El hombre más pequeño del mundo», «La mujer barbuda», «El último azteca», «Los salvajes de borneo», «¿Qué es esto?», etc., consistían en curiosos espectáculos ambulantes que iban de pueblo en pueblo explotando las mutaciones de seres humanos por razones de entretenimiento y de comercio. En sus exageraciones, los elementos expuestos –al igual que los recientes edificios diseñados para los parques Disney– deformaban y transformaban en fantasía la cultura que corresponde a una realidad cotidiana.

Siguiendo el precepto de la representación hasta su extremo, se podría plantear que la arquitectura de los parques Disney se refiere a edificios «reales», lo que le permite crear una *statu quo* diferente al de los planes y normativas de urbanización. Como resultado de la evolución del parque de atracciones con un sistema de representación que depende de la existencia de un modelo, Disneylandia es una representación en donde la realidad siempre es inferior a su imitación. Como consecuencia, el nuevo parque constituye un sistema libre de sus referentes externos. Ésta es una

nueva fase derivada del desarrollo del proceso de imitación en donde todos los espectáculos comerciales de atracciones han sido transcidos.

Para entender esta fase, el teórico social Jean Baudrillard propone en «Simulacro y simulación» (1981) seguir las diferentes etapas de representación a través de la historia hasta este último nivel correspondiente al fenómeno Disney. En esta fase terminal, el signo ya no guarda relación alguna con la realidad, es su propia simulación. En otras palabras, es ahora cuando los signos ya no requieren tener un contacto verificable con el mundo que representan:

La simulación ya no es de un territorio, de un ser como referencia o de una substancia. Es la generación de modelos de lo real sin origen o realidad: una hiperrealidad<sup>10</sup>.

Actualmente la empresa Disney es una multinacional con parques en América, Japón y Francia que constituyen un ejemplo perfecto del proceso de simulacro. Tomando a Disneylandia como modelo, un desarrollo del argumento elaborado por Moore en «Tienes que pagar por la vida pública» sería el afirmar que no es el mundo imaginario (las ilusiones y fantasmas de piratas, la frontera, el mundo del futuro, etc.) lo que hace el parque tan concurrido. Lo que hace el negocio próspero es que el parque no se presente como una representación de la realidad sino como algo imaginario. De acuerdo con Baudrillard, este mundo fantástico –Disneylandia– promociona la idea de que todo en Los Ángeles y en la América que lo rodea es real, aunque esas ciudades ya no corresponden a la noción ofrecida, es decir, lo real.

Esta imagería no se disfruta únicamente como una imitación perfecta, sino con la certeza de que la imitación ha alcanzado su clímax. Disneylandia es hiperrealidad. Mientras que el objetivo del museo de cera es el de hacernos creer que lo que se nos presenta es algo que reproduce la realidad con absoluta precisión, Disneylandia, por el contrario, no construye reproducciones perfectas, sino piezas maestras de la falsificación: éstas son artículos genuinos.

El antagonismo entre realidad y simulación también se refleja en la estructura del parque. El análisis del mapa es más complejo que la simple lectura de los esquemas originales: una planta circular ligeramente distorsionada y dividida en cuadrantes en torno a una plaza central. Toda el área estaba rodeada por unas vías elevadas de un tren a pequeña escala, con una única entrada al Sur que conducía a Main Street USA, la cual, a su vez, desembocaba en Central Plaza. Desde allí uno se podía dirigir al castillo de la Bella Durmiente en Fantasyland, al barco de vapor *Mark Twain* en Frontierland, a un crucero por la jungla en Adventureland o al cohete para la Luna en Discoveryland.

Este esquema ha sido estudiado por el filósofo Louis Marin como el modelo específico que hace que el parque tenga éxito. De acuerdo con Marin, para lograr que esta estructura funcione, las distintas áreas del parque necesitan ser consideradas como destinos propios:

Un viaje a la Ciudad Perfecta sólo comienza dada una única condición: un vacío abismal debe de iniciar el recorrido<sup>11</sup>.

La implicación es doble, abarcando la acción de viajar y la de llegar, aspectos que siguen cada uno de los parques Disney. Así, todos los parques incorporan una temática de transporte, en donde la noción de viajar es principalmente en el tiempo en lugar de ser en la distancia<sup>12</sup>.

Aunque es posible ir a Disneylandia en tren monorraíl desde los hoteles de su alrededor, puesto que el parque fue creado en los años cincuenta, la condición esencial es la de conducir por la autopista LA y abandonar el coche en el aparcamiento. En este punto uno debe recordar los comentarios de Umberto Eco explicando que para un californiano dejar su coche significa dejar su humanidad al abandonar su propia voluntad<sup>13</sup>. Disney World, construido más tarde, mantiene una importante relación con el aeropuerto de Orlando. Más aún, el parque más reciente, Euro-Disney, junto a la nueva ciudad Marne-la-Vallée cerca de París, tiene el acceso asociado a la línea de TGV<sup>14</sup>. Consecuentemente, los parques constituyen el aislamiento físico de un sistema de significado mediante la articulación de un perímetro o límite.

Continuando con el ejemplo de Disneylandia, referente para el resto de los parques, esta primera área de aislamiento conceptual está reforzada por un límite físico impuesto por la línea de las cabinas de los billetes de entrada y por los raíles elevados del tren. Dicho aislamiento también se ayuda de la localización del parque junto a la entonces propuesta autopista de Anaheim, ya que el desarrollo subsecuente de esta red de tráfico ha eliminado la posibilidad de integración del parque con el

medio que lo rodea, tanto geográfica como socialmente.

Con todo ello en cuenta, Disneylandia no es el único «reino» definido por un territorio específico pero también dirigido por un gobernante que no depende del modelo de la Constitución de los Estados Unidos de América<sup>15</sup>.

Se puede plantear que la libertad en los parques sólo depende del sistema de representación de una historia imaginaria simbolizada en los distintos cuadrantes. Para poder tomar parte en la historia propia de Disney, los visitantes tienen que adoptar estas representaciones. Aunque ellos piensen que su recorrido ha sido elegido con total libertad, la verdad es que éste es un lugar de total pasividad en donde el visitante debe aceptar comportarse como un robot. Es el entretenimiento pasivo consistente en una afección bajo control. La alegría y la afección impuestas sobre los visitantes constituyen el primer paso para lograr crear una atmósfera que contrasta con la soledad absoluta del aparcamiento.

Los visitantes pueden deambular de un cuadrante a otro como si fuesen trabajadores en el parque. De hecho, con el estado de ánimo y el comportamiento controlados, los visitantes están considerados como actores que comparan el escenario Disneylandia. Los clientes, *invitados* en el «vocabulario Disneylandia», se encuentran en un espacio hiperreal en el que, con su propia participación en las escenas, se convierten en parte de la feria comercial, objetivo de toda esta «maquinaria» de imitación cultural.

Disney consigue separar completamente a los invitados de cualquier distracción del exterior que pudiera impedir el bienestar y el consumo, ya que ese consumo genera billetes de dólares cada año. Los complejos sistemas y el personal necesario para soportar esta gigante máquina se encuentran escondidos en los túneles –anteriormente comentados– para también evitar distracción alguna. Es más, se debe decir que, aunque WDW es la primera «Nueva Ciudad» de Estados Unidos en reservar casi un tercio de su total territorio para un increíble proyecto de conservación, el bienestar y –de nuevo– el consumo se refuerzan con la falta de insectos en el resto del parque. Esto se consigue rocian-do insecticidas, por lo que además están ausentes los pájaros<sup>16</sup>.

La determinación de aislar el parque quedó originalmente patente por el uso de una moneda propia, el dólar Disney, con el mismo valor que el dólar americano, y, más tarde, estableciendo un medio libre de dinero. Este límite de zona monetaria demarcado por las cabinas de los billetes de entrada no confiere ventajas ni desventajas a los visitantes. Lo que hace es materializar la experiencia del intercambio, algo que está directamente asociado a la idea de extranjería y de aislamiento. Además, la condición de ausencia monetaria continúa hasta desplazar el entendimiento que el visitante tiene del intercambio.

Main Street USA es la siguiente área en donde los visitantes son recibidos y distribuidos a través de los cuadrantes de la «ciudad». Main Street USA constituye la primera escena del

viaje de ficción, en donde el visitante puede comprar recuerdos, películas, helados, alquilar cochecitos, etc. Esta zona es en realidad un área de ventas, es decir, todo en ella es equivalente a un centro comercial. La única diferencia es que la escena tiene el decorado de la América del siglo XIX. Las casas de Disneylandia (una agencia de detectives, una tienda de artículos de broma, una confitería y una galería) son perfectos reclamos de tamaño real en la planta baja y a menor escala en el primer piso. Fabricadas con plástico y fibra de vidrio, las fachadas de Main Street se presentan como casas de juguete que invitan a la gente a entrar, pero sus interiores son siempre unas tiendas camufladas en donde la gente compra obsesivamente creyendo que aún sigue jugando<sup>17</sup>.

76

En Disneylandia hay aspectos que superan muchas de las cualidades de los centros comerciales «verdaderos»: los caminos están pavimentados con un asfalto elástico que permite a los visitantes deambular a lo largo de Main Street durante todo el día y no sufrir dolores en sus piernas; hay sitios para sentarse y contemplar, para ver holografías de fantasmas creadas por rayos láser en la Mansión Embrujada o —como en el caso de WDW— para poder hablar con los treinta y siete Presidentes de Norte América revestidos de vinilo y programados que se encuentran en la exposición «Una nación bajo Dios». Todo esto puede entenderse como una lección de pedestrismo, pero también como una alegoría de la sociedad de consumo.

Como describió Baudrillard en «Simulacro y simulación», de la misma manera que Disneylandia opera para validar la realidad de

todo lo que existe a su exterior, esta condición también puede encontrarse dentro del parque. Disneylandia es un sistema de significado completo, posee a la vez copia y modelo, lo real y lo hiperreal. Fantasyland, Discoveryland, Frontierland y Adventureland ya no pervierten una realidad externa, sino una interna. Dentro de este sistema, cada elemento existe para corroborar otro. Fantasyland, en donde todo lo fantástico es verdadero, ratifica la realidad de todo lo que existe exterior a ella. Ficción convertida en realidad, implica que el resto del parque es real. Así Fantasyland da vigencia a Main Street USA como modelo real, mientras que Main Street USA corresponde justificando la condición fantástica e irreal de Fantasyland.

Además de la configuración del espacio dentro de Disneylandia, la condición del tiempo también contribuye a dar vigencia al resto del parque como real. La simultaneidad del pasado (Frontierland), del presente (Main Street USA) y del futuro (Adventureland) que existe en el parque se corrobora con la independencia en la limitación del tiempo en Fantasyland.

59

Un aspecto importante de los edificios recientes en los parques Disney de América y Europa es que han sido diseñados por arquitectos de prestigio internacional. El encargo a los arquitectos y no a los *imaginarios* ha sido necesario —continuando con el análisis en términos de Baudrillard— para poder dar validez a la ficción. En otras palabras, la Sociedad Anónima Disney necesita infectarse con dosis de lo real para mantener la diferencia con el Disney de los *imaginarios*.

## El efecto espejo

Inaugurado en abril de 1992, Euro-Disney se encuentra en las afueras de la nueva ciudad Marne-la-Vallée, a treinta y dos kilómetros al este de París, con una superficie aproximada a la quinta parte de esta capital. En la actualidad, sólo un tercio del lugar se encuentra en uso, el Reino Mágico, consistente en un grupo de treinta atracciones en un área de cincuenta y cinco hectáreas, un centro de vacaciones de seis hoteles con un total de cinco mil doscientas habitaciones, un camping y una ciudad-caravana.

El análisis de las implicaciones económicas del parque Euro-Disney, tal y como el de encarnar a un promotor con tanto éxito, pone en cuestión los objetivos de la Sociedad Anónima Disney. El hecho es que, aparte de la creación del parque de atracciones, este nuevo tipo de ocio y entretenimiento implica grandes desarrollos a escala territorial, con miles de metros cuadrados de construcciones alrededor del parque. Esta idea fue elaborada en el artículo «Las dos ciudades. El parque Euro-Disney en Marne-la-Vallée» (1992) de Marc Bédarida, en donde el autor especulaba sobre la verdadera naturaleza de los propósitos del grupo americano:

No hay duda de que detrás de las orejas negras de Mickey se esconde uno de los inversionistas y promotores más formidables, cuya técnica y éxito deberían dar a más de un promotor, especialmente a aquellos de las nuevas ciudades, un tiempo para la reflexión. Además, no es circunstancial que, por su parte, la sociedad anónima considere la apropiación de sus conocimientos en materia de promoción urbanística para la creación de ciudades completas salidas de la nada, aunque éstas estén al principio enfocadas hacia el turismo<sup>18</sup>.

Las discusiones sobre cómo debería ser el complejo Euro-Disney dieron pie a un concurso de arquitectura organizado entre veinte arquitectos de los que se eligieron seis proyectos. Es interesante saber que los accionistas de Disney consideraron las propuestas de los arquitectos europeos (Jean Nouvel, Hans Hollein, Christian de Porzamparc, Aldo Rossi, Rem Koolhaas y Bernard Tschumi) demasiado heroicas y demasiado específicas, ya que cada autor reclamaba una «temática» como base de su proyecto. El presidente del concurso comentó que algunos de estos proyectos eran de una alta-tecnología excesiva; otros, que eran de una arquitectura muy seria; pero todos ellos con la característica común de ser muy personales, atributo muy diferente al que identificaba a Walt Disney como el autor final.

Es también significativo que Robert Stern reconozca que Michael Graves, Frank Gehry, Stanley Tigerman, Robert Venturi, altos ejecutivos de Disney y él mismo trabajaron sobre el plan de los hoteles alrededor del «Lago América» en Euro-Disney buscando una imagen arquitectónica que no pudiese ser entendida, ni como una proyección de las actuales inquietudes europeas, ni como estilos americanos resultado de la evolución del clasicismo europeo. La implicación es que los trabajos en las cercanías de París vienen a ser un reflejo de América al otro lado del Atlántico. El hotel Nueva York de Graves, en el extremo Norte del lago, se reconoce por sus cinco torres inspiradas en el perfil de Manhattan. Este hotel está encuadrado por dos alas menores que hacen referencia a las casas del parque

Gramercy Park y a las casas de caliza de la parte Este de Nueva York respectivamente. El esquema se completa con una pista de patinaje sobre hielo entre las alas que recuerda la pista del Rockefeller Center. En la parte Sur del lago se encuentra el nuevo puerto Club Bahía, diseñado por Stern, que recuerda los balnearios de Nueva Inglaterra.

El «Lago América» también está rodeado del Hotel Sequoia, que se inspira en las construcciones rústicas de los parques nacionales americanos; el Hotel Cheyén de Stern, que recrea el ambiente de la ciudad del Lejano Oeste; y el Hotel Santa Fe, de Antoine Predock, que trata del desierto de Nuevo México y de sus pueblos recubiertos con adobe en colores tradicionales. A la salida del parque se encuentra el Festival Disney, consistente en un centro de atracciones realizado por Gehry con una decoración basada en la bandera americana.

Este trasplante de regionalismo es el resultado de un concepto básico de la Sociedad Anónima Disney que fue resumido en una cita de Michael Eisner al describir los parques en América: «Un lugar para que las personas se relacionen, para tener una sensación de contacto, de agrado, como en las magníficas ciudades europeas. Me siento igual andando por Siena que cuando paseo por Disneylandia»<sup>19</sup>. Por otro lado, este comentario recuerda al que Venturi formuló en la conclusión de *Complejidad y contradicción*, en

donde definió la ciudad actual americana como muy distinta de la europea. Su explicación fue así:

La plaza, de hecho, es «antiamericana». Los americanos se sienten incómodos sentados en una plaza: deberían estar trabajando en la oficina o en casa con la familia viendo la televisión<sup>20</sup>.

En otras palabras, si el clasicismo europeo fue utilizado en California y en Florida, ahora el regionalismo americano lo es en París.

Para consolidarse como negocio próspero, Euro-Disney debe seguir el principio «Tienes que pagar por la vida pública», tal y como lo siguen Disneylandia y Walt Disney World. La gente irá vía TGV o RER al parque en las afueras de París buscando una experiencia que sacie necesidades no satisfechas en su vida cotidiana, una experiencia que no es posible realizar en el lugar en donde viven. Naturalmente, esto también implica tener un buen clima. Así, una de las principales razones a las que se le atribuye el fuerte descenso del número de visitantes y las consecuentes pérdidas económicas que Euro-Disney tuvo en 1994 es la ausencia de buen tiempo en Florida y California.

Para completar este «efecto espejo», es significativo notar que Euro-Disney ha cambiado su nombre. Desde finales de 1994 el parque ya no es un euro-parque. Ahora se anuncia con el nombre más genuino americano: DISNEYLAND París.

---

#### NOTAS

<sup>1</sup> Jencks, Charles, *The Language of Post-Modern Architecture*, Academy Editions, Londres 1977, pág. 7.

<sup>2</sup> En el artículo «A Report on the Western Front: Post-

modernism and the "Politics" of Style», Dick Hebdige escribe que «no sólo distintos escritores lo definen [post-modernismo] de forma diferente, sino que un mismo



escritor puede hablar de diferentes posmodernismos en ocasiones distintas». Artículo publicado en *Art in Modern Culture. An anthology of critical texts*, Francis Frascina y Jonathan Harris, editores, The Open University, Phaidon, Londres, 1992, pág. 333.

<sup>3</sup> Jameson, Frederic, «Postmodernism and Consumer Society», en *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*, editado por Hal Foster, Bay Press, Seattle, Washington, octava edición 1993 (primera edición publicada en 1983), págs. 111-125.

<sup>4</sup> Jameson, Frederic, *Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Verso, Londres, 1991.

<sup>5</sup> Ver «Brief reflections on popular culture», por Jean-Francois Lyotard, en *Postmodernism*, editado por Lisa Appignanesi, ICA Documents, Londres, 1989.

<sup>6</sup> Escritos como «On Non-Objective Painting» de Bertolt Brecht y «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction» de Walter Benjamin pueden considerarse -junto a otros de Leon Trotsky y Antonio Gramsci- como un correctivo importante a tal reduccionismo.

<sup>7</sup> Moore, Charles, «You Have to Pay for the Public Life». *Perspecta* 9/10 (1965), págs. 58-87.

<sup>8</sup> Sorkin, Michael, «See You in Disneyland», publicado en *Variations on a Theme Park. The New American City and the End of Public Space*, editado por Michael Sorkin, The Noonday Press, Nueva York, 1993, pág. 230.

<sup>9</sup> Cita de «The World According To Mickey», por Janet Abrams, *Blueprint*, n.º 74, febrero 1991, pág. 34.

<sup>10</sup> Baudrillard, Jean, «Simulacra and Simulations» (1981), en *Jean Baudrillard: Selected Writings*, editado por Mark Poster, Polity Press, Cambridge, UK, 1992 (primera edición 1988), pág. 166.

<sup>11</sup> Marin, Louis, «Utopic Degeneration: Disneyland», en *Utopics: Spatial Play*, Ed. Humanities, Nueva Jersey, 1984, pág. 241.

<sup>12</sup> Esta idea guarda relación con el estudio de la noción de movilidad en Los Ángeles estudiada por el arquitecto Ron Herron: «El angelino hace alarde de poder nadar en la playa por la mañana, esquiar en las montañas por la tarde, y de escuchar conciertos en el Hollywood Bowl por la noche [...] habla de viajar en el tiempo más que en la distancia y no se cuestiona el conducir cincuenta millas para una fiesta nocturna, en una ciudad que tiene casi 128 km de eje mayor y 7 km de ancho». Herron, R., «A new town with "city" pretensions», *Casabella*, n.º 525 (junio, 1986, Milán), págs. 25-27.

<sup>13</sup> Eco, Umberto, *Travels in Hyperreality*, Picador, 1986

(primera edición, 1975), pág. 48. Este libro constituye un interesante análisis del regionalismo americano como cultura específica.

<sup>14</sup> En un artículo sobre el AVE, el tren de alta velocidad en España equivalente al TGV francés, Francisco Umbral escribía que lo que hemos ganado en velocidad lo hemos perdido en paisaje. Una vez más, el viaje es en el tiempo, ya que el espacio casi desaparece: «Antes ibas más lento, pero veías España. El AVE supone la velocidad suficiente como para borrar el mapa, la miseria, las vides arrancadas, el campo abandonado, pero no pone el país en primera velocidad europea». Cita de «El AVE», por F. Umbral, *El Mundo* [periódico], 16 de octubre 1994, pág. 72.

<sup>15</sup> Para más información sobre las exenciones especiales de la legislatura de Florida, ver *Magic Lands. Western Cityscapes and American Culture After 1940*, por John M. Findlay, University of California Press, Berkeley, 1992, pág. 111.

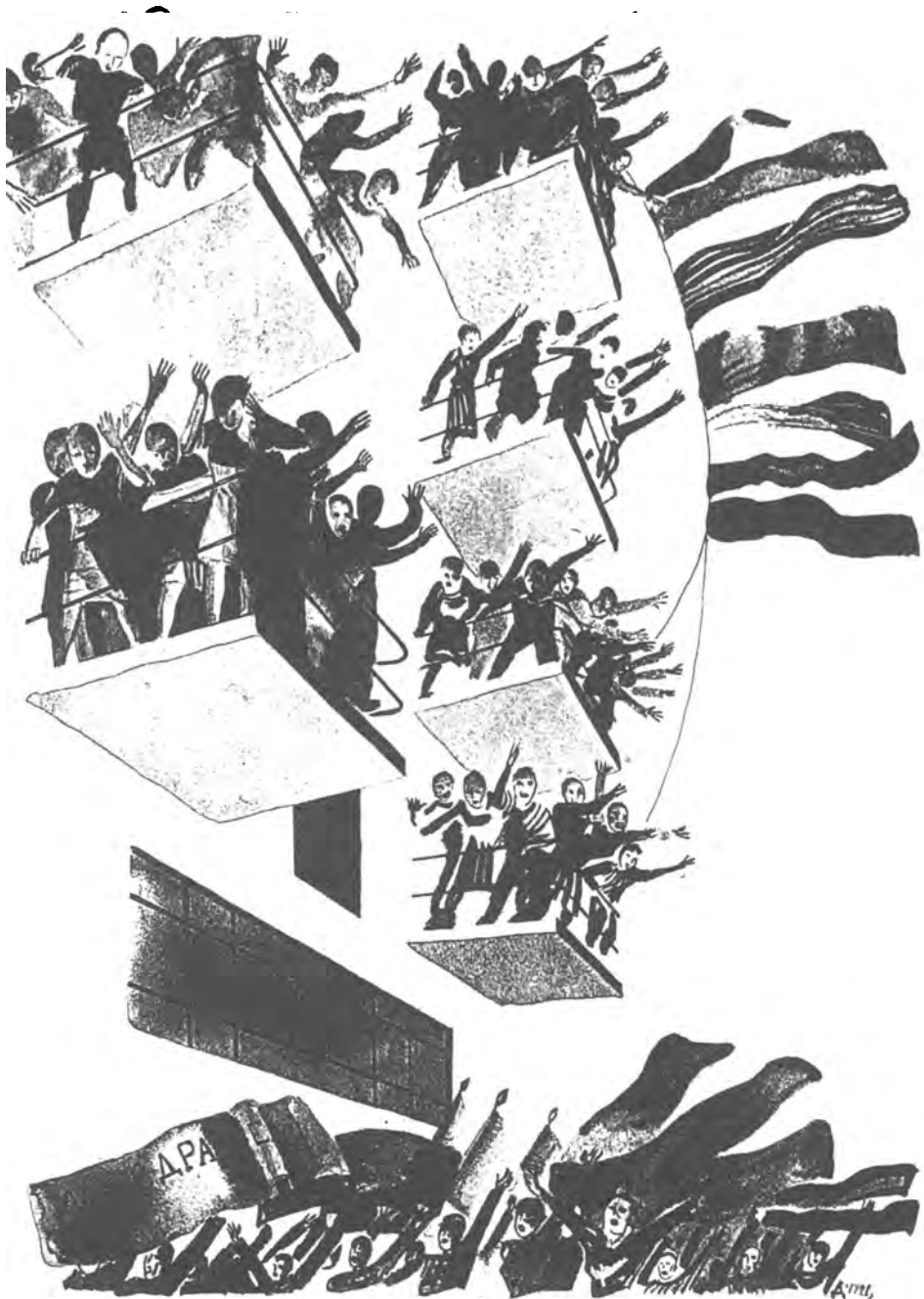
<sup>16</sup> Esta información está basada en «The Architecture Of Un-Culture: Disney's Substitute Reality» por James Saywell, *Association Of Collegiate Schools Of Architecture*, 80th annual meeting, William L. Porter (ed.), 1992, pág. 77.

<sup>17</sup> Los centros comerciales americanos se pueden analizar desde el mismo punto de vista. De esta forma, sus espacios internos se construyen a semejanza del centro de la antigua ciudad europea. Éstos consisten en calles con tiendas que conducen a los clientes hacia plazas, terrazas y cafeterías. Su principal característica es la de ser densos y seguros, es la de ser un lugar colectivo. Por otro lado, existen inmensas áreas de aparcamiento alrededor de los centros comerciales, por lo que de repente se pasa de un vacío a la densidad. Ver «Risalite meccaniche per le città italiane», de Bernardo Secchi, *Casabella*, n.º 607, diciembre 1993, pág. 24.

<sup>18</sup> Bédarida, Marc, «The Two Cities. The Euro Disney Park at Marne-la-Vallée», *Lotus* 71, Lotus International, febrero 1992, pág. 29.

<sup>19</sup> Abrams, J., *Op. cit.*, pág. 30. Para más información sobre las semejanzas entre Disneylandia y los centros históricos de las ciudades europeas tradicionales, ver «Archipelago», por Pierluigi Nicolini, *Lotus* 84, Lotus International, febrero 1995, págs. 125-128.

<sup>20</sup> Venturi, R., *Complexity and Contradiction in Architecture*, pág. 131, The Museum of Modern Art Papers on Architecture, Nueva York, 1988 (primera edición, 1966).



Alexander Deineka, pintura, 1928.



FORO ABIERTO

## PLANOS, GRADOS, NIVELES

Juan Ramón Jiménez

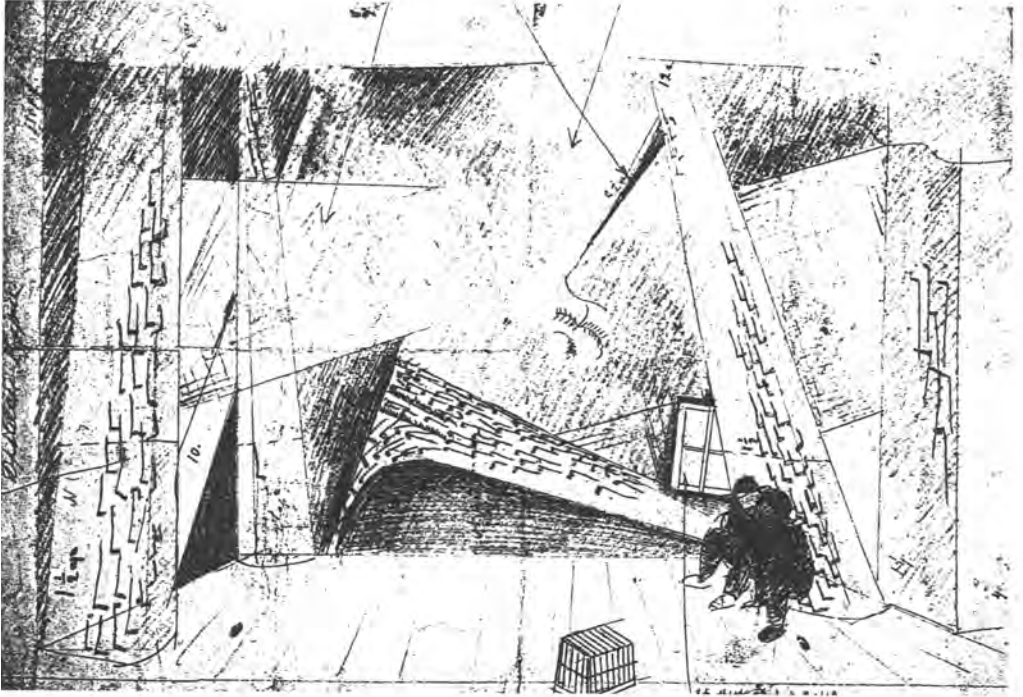
**L**a poesía española —como su prima política la francesa hasta el día de Baudelaire— raras veces ha alcanzado las séptimas órbitas de la gran poesía, donde jiran, perdurables, la inglesa, por ej., o la alemana.

En los últimos tiempos —Góngora sólo pudo sublimar la forma—, algún orgulloso poeta descontento había tenido la fortuna de ascenderla totalmente, con ansia y fervor, al suelo universal de la estabilidad y el ejemplo. Otros, tres, cuatro, cinco, cojieron después, con más o menos decisión, el camino firme. Ahora, de pronto, desgraciadamente, y como si esto no hubiera sido nada, parte de una juventud asobrinadita casi toda ella, y desganada, tonta, pobre de espíritu, vana, inculta en jeneral, pretende limitarla, en nombre de lo popularista o lo ingenioso, a la arenilla fácil, al azulillo bajo del aro y el globo infantil; niveles, grados, planos que han dado, siguen dando, y parece que darán todavía semejante aburrimiento a tal y cual y tal por cual obras.

81

Lo que suele llamarse popular y, en otra escala, lo ingenioso deben estar asumidos en todo poeta, como una savia y un capricho, esencia o jesto tendido, no, nunca, arranque, no copa, no ideal. Sus guirnardillas de encanto, de dos encantos distintos, adornan y completan, en su tono menor, la obra plena de un artista verdadero. Pero, cuidadito, ingeniosillos, popularistas, que esas ligeras gracias aisladas, y a todo trapo, cansan y terminan, como las gracias repetidas de los niños.

Recuerdo a ciertos jóvenes actuales que puedan y quieran todavía entenderme —a riesgo de su enemistad y con la evidente ilusión de que no se queden adormilados para siempre contra el olé y el ay del arbolé, contra el acróstico y la charada, contra el eco y el humo, contra el diletantismo del xismo: contra tanta idea minúscula— la hermosa galería secreta de la frente reflexiva, el mirador difícil de los horizontes abiertos, el alto ámbito casi desierto del ala poderosa; los planos, los grados, los niveles de la poesía suprema.



Wladimir Tatlin, dibujo 1923

# LOS ESPACIOS OTROS\*

Michel Foucault

*Una reflexión sobre espacios donde las funciones y las percepciones se desvían en relación con los lugares comunes donde la vida humana se desarrolla*

Nadie ignora que la gran obsesión del siglo XIX, su idea fija, fue la historia: ya como desarrollo y fin, crisis y ciclo, acumulación del pasado, sobrecarga de muertos o enfriamiento amenazante del mundo. El siglo XIX encontró en el segundo principio de la termodinámica el grueso de sus recursos mitológicos. Nuestra época sería más bien la época del espacio. Vivimos en el tiempo de la simultaneidad, de la yuxtaposición, de la proximidad y la distancia, de la contigüidad, de la dispersión. Vivimos un tiempo en que el mundo se experimenta menos como vida que se desarrolla a través del tiempo que como una red que comunica puntos y enreda su malla. Podría decirse acaso que las disputas ideológicas que animan las polémicas actuales se verifican entre los descendientes devotos del tiempo y los empedernidos habitantes del espacio. El estructuralismo, o al menos lo que se agrupa bajo esa rúbrica un tanto genérica, consiste en el esfuerzo para establecer, entre elementos que a lo largo del tiempo han podido estar desperdigados, un conjunto de relaciones que los haga aparecer como yuxtapuestos, en oposición, en mutua relación, en una palabra, que los haga aparecer como una especie de configuración; y con esto no se trata tanto de negar el tiempo, no; es un modo determinado de abordar lo que se denomina tiempo y lo que se denomina historia.

No podemos dejar de señalar no obstante que el espacio que se nos descubre hoy en el horizonte de nuestras inquietudes, teorías, sistemas no es una innovación; el espacio, en la experiencia occidental, tiene una historia, y no cabe ignorar por más tiempo este fatal entrecruzamiento del

\* Traducción de Luis Gayo Pérez Bueno.

tiempo con el espacio. Para bosquejar aunque sea burdamente esta historia del espacio podríamos decir que en la Edad Media era un conjunto jerarquizado de lugares: lugares sagrados y profanos, lugares resguardados y lugares, por el contrario, abiertos, sin defensa, lugares urbanos y lugares rurales (dispuestos para la vida efectiva de los humanos); la teoría cosmológica distinguía entre lugares supracelestes, en oposición a los celestes; y lugares celestes opuestos a su vez a los terrestres; había lugares en los que los objetos se encontraban situados porque habían sido desplazados a pura fuerza, y luego lugares, por el contrario, en los que los objetos encontraban su emplazamiento y su sitio naturales. Toda esta jerarquía, esta oposición, esta superposición de lugares constituía lo que cabría llamar groseramente el espacio medieval, un espacio de localización.

La apertura de este espacio de localización vino de la mano de Galileo, pues el verdadero escándalo de la obra de Galileo no fue tanto el haber descubierto, el haber redescubierto más bien, que la Tierra giraba alrededor del Sol, sino el haber erigido un espacio infinito, e infinitamente abierto; de tal modo que el espacio de la Edad Media se encontraba de algún modo como disuelto, el lugar de una cosa no era sino un punto en su movimiento, tanto como el reposo de una cosa no era sino un movimiento indefinidamente ralentizado. En otras palabras, desde Galileo, desde el siglo XVIII, la extensión sustituye a la localización.

## **Espacio de ubicación**

84

En la actualidad, la ubicación ha sustituido a la extensión, que a su vez sustituyó a la localización. La ubicación se define por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos; formalmente, puede describirse como series, árboles, cuadrículas.

Por otro lado, es conocida la importancia de los problemas de ubicación en la técnica contemporánea: almacenamiento de la información o de los resultados parciales de un cálculo en la memoria de una máquina, circulación de elementos discrecionales, de salida aleatoria (caso de los automóviles y hasta de los sonidos en una línea telefónica), marcación de elementos, señalados o cifrados, en el interior de un conjunto ya repetido al azar, ya ordenado dentro de una clasificación unívoca o según una clasificación plurívoca, etc.

Más en concreto, el problema del lugar o de la ubicación se plantea para los humanos en términos de demografía; y este último problema de la ubicación humana no consiste simplemente en resolver la cuestión de si habrá bastante espacio para la especie humana en el mundo —problema, por lo demás, de suma importancia—, sino también en determinar qué relaciones de vecindad, qué clase de almacenamiento, de circulación, de marcación, de clasificación de los elementos humanos debe ser considerada preferentemente en tal o cual situación para alcanzar tal o cual fin. Vivimos en una época en la que el espacio se nos ofrece bajo la forma de relaciones de ubicación.

Sea como fuere, tengo para mí que la inquietud actual se suscita fundamentalmente en relación con el espacio, mucho más que en relación con el tiempo; el tiempo no aparece probablemente

más que como uno de los juegos de distribución posibles entre los elementos que se reparten en el espacio.

Ahora bien, pese a todas las técnicas que lo delimitan, pese a todas las redes de saber que permiten definirlo o formalizarlo, el espacio contemporáneo no está todavía completamente desacralizado —a diferencia sin duda del tiempo, que sí lo fue en el siglo XIX—. Es verdad que ha habido una cierta desacralización teórica del espacio (a la que la obra de Galileo dio la señal de partida), pero quizás aún no asistimos a una efectiva desacralización del espacio. Y es posible que nuestra propia vida esté dominada por un determinado número de oposiciones intangibles, a las que la institución y la práctica aún no han osado acometer: oposiciones que admitimos como cosas naturales: por ejemplo, las relativas al espacio público y al espacio privado, espacio familiar y espacio social, espacio cultural y espacio productivo, espacio de recreo y espacio laboral; espacios todos informados aún por una sorda sacralización.

La obra —inmensa— de Bachelard, las descripciones de los fenomenólogos nos han hecho ver que no vivimos en un espacio homogéneo y vacío, sino, antes bien, en un espacio poblado de calidades, un espacio tomado quizás por fantasmas; el espacio de nuestras percepciones primarias, el de nuestros sueños, el de nuestras pasiones que conservan en sí mismas calidades que se dirían intrínsecas; espacio leve, etéreo, transparente o, bien, oscuro, cavernario, atestado: es un espacio de alturas, de cumbres, o por el contrario un espacio de simas, un espacio de fango, un espacio que puede fluir como una corriente de agua, un espacio que puede ser fijado, concretado como la piedra o el cristal.

85

Estos análisis, no obstante, aun siendo fundamentales para la reflexión contemporánea, hacen referencia sobre todo al espacio interior. Mi interés aquí es tratar del espacio exterior.

El espacio que habitamos, que nos hace salir fuera de nosotros mismos, en el cual justamente se produce la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo y de nuestra historia, este espacio que nos consume y avejenta es también en sí mismo un espacio heterogéneo. En otras palabras, no vivimos en una especie de vacío, en cuyo seno podrían situarse las personas y las cosas. No vivimos en el interior de un vacío que cambia de color, vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que determinan ubicaciones mutuamente irreductibles y en modo alguno superponibles.

Nada costaría, claro está, emprender la descripción de estas distintas ubicaciones, investigando cuál es el conjunto de relaciones que permite definir esa ubicación. Sin ir más lejos, describir el conjunto de relaciones que definen las ubicaciones de las travesías, las calles, los ferrocarriles (el ferrocarril constituye un extraordinario haz de relaciones por cuyo medio uno va, asimismo permite desplazarse de un sitio a otro y él mismo también se desplaza). Podría perfectamente describir, por el haz de relaciones que permiten definir las, las ubicaciones de detención provi-

sional en que consisten los cafés, los cinematógrafos, las playas. De igual modo podrían definirse, por su red de relaciones, los lugares de descanso, clausurados o semiclausurados, en que consisten la casa, el cuarto, el lecho, etc. Pero lo que me interesa son, entre todas esas ubicaciones, justamente aquellas que tienen la curiosa propiedad de ponerse en relación con todas las demás ubicaciones, pero de un modo tal que suspenden, neutralizan o invierten el conjunto de relaciones que se hallan por su medio señaladas, reflejadas o manifestadas. Estos espacios, de algún modo, están en relación con el resto, que contradicen no obstante las demás ubicaciones, y son principalmente de dos clases.

## Heterotopías

Tenemos en primer término las utopías. Las utopías son los lugares sin espacio real. Son los espacios que entablan con el espacio real una relación general de analogía directa o inversa. Se trata de la misma sociedad en su perfección máxima o la negación de la sociedad, pero, de todas suertes, las utopías son espacios que son fundamental y esencialmente irreales.

86 Hay de igual modo, y probablemente en toda cultura, en toda civilización, espacios reales, espacios efectivos, espacios delineados por la sociedad misma, y que son una especie de contra-espacios, una especie de utopías efectivamente verificadas en las que los espacios reales, todos los demás espacios reales que pueden hallarse en el seno de una cultura están a un tiempo representados, impugnados o invertidos, una suerte de espacios que están fuera de todos los espacios, aunque no obstante sea posible su localización. A tales espacios, puesto que son completamente distintos de todos los espacios de los que son reflejo y alusión, los denominaré, por oposición a los utopías, heterotopías; y tengo para mí que entre las utopías y esos espacios enteramente contrarios, las heterotopías, cabría a no dudar una especie de experiencia mixta, mítica, que vendría representada por el espejo. El espejo, a fin de cuentas, es una utopía, pues se trata del espacio vacío de espacio. En el espejo me veo allí donde no estoy, en un espacio irreal que se abre virtualmente tras la superficie, estoy allí, allí donde no estoy, una especie de sombra que me devuelve mi propia visibilidad, que me permite mirarme donde no está más que mi ausencia: utopía del espejo. Pero es igualmente una heterotopía, en la medida en que el espejo tiene una existencia real, y en la que produce, en el lugar que ocupo, una especie de efecto de rechazo; como consecuencia del espejo me descubro ausente del lugar porque me contemplo allí. Como consecuencia de esa mirada que de algún modo se dirige a mí, desde el fondo de este espacio virtual en que consiste el otro lado del cristal, me vuelvo hacia mi persona y vuelvo mis ojos sobre mí mismo y tomo cuerpo allí donde estoy; el espejo opera como una heterotopía en el sentido de que devuelve el lugar que ocupa justo en el instante en que me miro en el cristal, a un tiempo absolutamente real, en relación con el espacio ambiente, y absolutamente irreal, porque resulta forzoso, para aparecer reflejado, comparecer ante ese punto virtual que está allí.



En cuanto a las heterotopías propiamente dichas, ¿cómo podríamos definir las, en qué consisten? Podríamos suponer no tanto una ciencia, un concepto tan prostituido en este tiempo, como una especie de descripción sistemática que tendría como objeto, en una sociedad dada, el estudio, el análisis, la descripción, la «interpretación», como gusta decirse ahora, de esos espacios diferentes, de esos otros espacios, una suerte de contestación a un tiempo mítica y real del espacio en que vivimos; descripción que podríamos llamar la heterotopología. He ahí una constante de todo grupo humano. Pero las heterotopías adoptan formas muy variadas y acaso no encontremos una sola forma de heterotopía que sea absolutamente universal. No obstante, podemos clasificarlas en dos grandes tipos.

En las sociedades «primitivas» se da una cierta clase de heterotopías que podríamos denominar heterotopías de crisis, es decir, que hay lugares aforados, o sagrados o vedados, reservados a los individuos que se encuentran, en relación con la sociedad, y en el medio humano en cuyo seno viven, en crisis, a saber: los adolescentes, las menstruantes, las embarazadas, los ancianos, etc.

En nuestra sociedad, este tipo de heterotopías de crisis van camino de desaparecer, aunque todavía es posible hallar algunos vestigios. Sin ir más lejos, la escuela, en su forma decimonónica, el servicio militar en el caso de los jóvenes han tenido tal función, las primeras manifestaciones de la sexualidad masculina debían verificarse por fuerza «fuera» del ámbito familiar. En el caso de las muchachas, hasta mediados del siglo XX, imperaba la costumbre del «viaje de bodas»; es una cuestión antiquísima. La pérdida de la flor, en el caso de las muchachas, tenía que producirse en «tierra de nadie» y, a tales efectos, el tren, el hotel representaba justamente esa «tierra de nadie», esta heterotopía sin referencias geográficas.

Mas estas heterotopías de crisis en la actualidad están desapareciendo y están siendo reemplazadas, me parece, por heterotopías que cabría llamar de desviación, es decir: aquellas que reciben a individuos cuyo comportamiento es considerado desviado en relación con el medio o con la norma social. Es el caso de las residencias, las clínicas psiquiátricas; es también el caso de las prisiones y también de los asilos, que se encuentran de algún modo entre las heterotopías de crisis y las heterotopías de desviación, pues, a fin de cuentas, la vejez es una crisis, y al tiempo una desviación, porque en nuestra sociedad, en la que el tiempo libre es la norma, la ociosidad supone una especie de desviación.

El segundo principio de esta sistemática de las heterotopías consiste en que, en el curso de su historia, una sociedad puede asignar funciones muy distintas a una misma heterotopía vigente; de hecho, cada heterotopía tiene una función concreta y determinada dentro de una sociedad dada, e idéntica heterotopía puede, según la sincronía del medio cultural, tener una u otra función.

Pondría como ejemplo la sorprendente heterotopía del cementerio. El cementerio constituye un espacio respecto de los espacios comunes, es un espacio que está no obstante en relación con el conjunto de todos los espacios de la ciudad o de la sociedad o del pueblo, ya que cada persona, cada familia tiene a sus ascendientes en el cementerio. En la cultura occidental, el cementerio ha existido casi siempre. Pero ha sufrido cambios de consideración. Hasta finales del siglo XVIII, el cementerio estaba situado en el centro mismo de la ciudad, en los alrededores de la iglesia, con una disposición jerárquica múltiple. Allí se encuentra el pudridero en el que los cadáveres terminan por despojarse de sus últimas briznas de individualidad, sepulturas individuales y sepulturas en el interior de la iglesia. Tales sepulturas eran de dos clases, a saber: lápidas con una inscripción o mausoleos con estatuaria. Tal cementerio, que se situaba en el espacio sagrado de la iglesia, ha tomado en las civilizaciones modernas un cariz muy distinto y es, sorprendentemente, en la época en la que la civilización se torna, como suele decirse groseramente, «atea» cuando la cultura occidental ha inaugurado lo que conocemos como el culto a los difuntos.

88

Aunque bien mirado, es perfectamente natural que en la época en la que se creía efectivamente en la resurrección de la carne y en la inmortalidad del alma no se prestara a los restos mortales demasiada importancia. Por el contrario, desde el momento en que la fe en el alma, en la resurrección de la carne declina, los restos mortales cobran mayor consideración, pues, a la postre, son las únicas huellas de nuestra existencia entre los vivos y entre los difuntos.

Sea como fuere, no es sino a partir del siglo XIX cuando cada persona tiene derecho al nicho y a su propia podredumbre; pero, por otro lado, sólo a partir del siglo XIX es cuando se comienza a instalar los cementerios en la periferia de las ciudades. Parejamente a esta individualización de la muerte y a la apropiación burguesa del cementerio, surge la consideración obsesiva de la muerte como «enfermedad». Los muertos son los que contagian las enfermedades a los vivos y es la presencia y la cercanía de los difuntos pared con pared con las viviendas, la iglesia, en medio de la calle, esta proximidad de la muerte es la que propaga la misma muerte. Esta gran cuestión de la enfermedad propagada por el contagio de los cementerios persiste desde finales del siglo XVIII, siendo a lo largo del siglo XIX cuando se comienzan a trasladar los cementerios a las afueras. Los cementerios no constituyen tampoco el viento sagrado e inmortal de la ciudad, sino la «otra ciudad», en la que cada familia tiene su última morada.

Tercer principio. La heterotopía tiene el poder de yuxtaponer en un único lugar real distintos espacios, varias ubicaciones que se excluyen entre sí. Así, el teatro hace suceder sobre el rectángulo del escenario toda una serie de lugares ajenos entre sí; así, el cine no es sino una particular sala rectangular en cuyo fondo, sobre una pantalla de dos dimensiones, vemos proyectarse un espacio de tres dimensiones; pero, quizás, el ejemplo más antiguo de este tipo de heterotopías, en forma de ubicaciones contradictorias, viene representado quizás por el jardín. No podemos pasar

por alto que el jardín, sorprendente creación ya milenaria, tiene en Oriente significaciones harto profundas y como superpuestas. El jardín tradicional de los persas consistía en un espacio sagrado que debía reunir en su interior rectangular las cuatro partes que simbolizan las cuatro partes del mundo, con un espacio más sagrado todavía que los demás a guisa de punto central, el ombligo del mundo en este medio (ahí se situaban el pilón y el surtidor); y toda la vegetación del jardín debía distribuirse en este espacio, en esta especie de microcosmos. En cuanto a las alfombras, eran, al principio, reproducciones de jardines. El jardín es una alfombra en la que el mundo entero alcanza su perfección simbólica y la alfombra es una especie de jardín portátil. El jardín es la más minúscula porción del mundo y además la totalidad del mundo. El jardín es, desde la más remota Antigüedad, una especie de heterotopía feliz y universalizadora (de ahí nuestros parques zoológicos).

## Heterocronías

Cuarto principio. Las heterotopías están ligadas, muy frecuentemente, con las distribuciones temporales, es decir, abren lo que podríamos llamar, por pura simetría, las heterocronías; la heterotopía despliega todos sus efectos una vez que los hombres han roto absolutamente con el tiempo tradicional; así vemos que el cementerio es un lugar heterotópico en grado sumo, ya que el cementerio se inicia con una rara heterocronía que es, para la persona, la pérdida de la vida, y esta cuasieternidad en la que no para de disolverse y eclipsarse.

De un modo general, en una sociedad como ésta heterotopía y heterocronía se organizan y se ordenan de una forma relativamente compleja. Hay, en primer término, heterotopías del tiempo que se acumula hasta el infinito, por ejemplo, los museos, las bibliotecas; museos y bibliotecas son heterotopías en las que el tiempo no cesa de amontonarse y posarse hasta su misma cima, cuando hasta el siglo xvii, hasta finales del siglo xvii incluso, los museos y las bibliotecas constituían la expresión de una elección particular. Por el contrario, la idea de acumularlo todo, la idea de formar una especie de archivo, el propósito de encerrar en un lugar todos los tiempos, todas las épocas, todas las formas, todos los gustos, la idea de habilitar un lugar con todos los tiempos que está él mismo fuera de tiempo, y libre de su daga, el proyecto de organizar de este modo una especie de acumulación perpetua e indefinida del tiempo en un lugar inmóvil es propio de nuestra modernidad. El museo y la biblioteca son heterotopías propias de la cultura occidental del siglo xix.

Frente a esas heterotopías, que están ligadas a la acumulación del tiempo, hay heterotopías que están ligadas, por el contrario, al tiempo en su forma más fútil, más efímera, más quebradiza, bajo la forma de fiesta. Tampoco se trata de heterotopías permanentes, sino completamente crónicas. Tal es el caso de las ferias, esos magníficos emplazamientos vacíos al borde de las ciudades, que se pueblan, una o dos veces por año, de barracas, de puestos, de un sinfín de artículos, de luchadores, de mujeres-serpientes, de decidoras de la buenaventura. Incluso muy recientemente, se ha

inventado una nueva heterotopía crónica, a saber, las ciudades de vacaciones; esas ciudades polinesias que ofrecen tres semanas de una desnudez primitiva y eterna a los habitantes urbanos; y puede verse además que, en estas dos formas de heterotopía, se reúnen la de la fiesta y la de la eternidad del tiempo que se acumula; las chozas de Djerba están en cierto sentido emparentadas con las bibliotecas y los museos, pues, reencontrando la vida polinesia, se suprime el tiempo, pero también se encuentra el tiempo, es toda la historia de la humanidad la que se remonta hasta su origen como una suerte de gran sabiduría inmediata.

Quinto principio. Las heterotopías constituyen siempre un sistemas de apertura y cierre que, al tiempo, las aísla y las hace penetrables. Por regla general, no se accede a un espacio heterotópico así como así. O bien se halla uno obligado, caso de la trinchera, de la prisión, o bien hay que someterse a ritos o purificaciones. No se puede acceder sin una determinada autorización y una vez que se han cumplido un determinado número de actos. Además, hay heterotopías incluso que están completamente consagradas a tales rituales de purificación, purificación medio religiosa medio higiénica como los «*hammas*» de los musulmanes, o bien purificación nítidamente higiénica como las saunas escandinavas.

90 Por el contrario, hay otras que parecen puras y simples aperturas, pero que, por regla general, esconden exclusiones muy particulares; cualquier persona puede penetrar en ese espacio heterotópico, pero, a decir verdad, no es más que una quimera: uno cree entrar y está, por el mismo hecho de entrar, excluido. Pienso, por ejemplo, en esas inmensas estancias de Brasil o, en general, de Sudamérica. La puerta de entrada no da a la pieza donde vive la familia y toda persona que pasa, todo visitante puede perfectamente cruzar el umbral, entrar en la casa y pernoctar. Ahora bien, tales dependencias están dispuestas de tal modo que el huésped que pasa no puede acceder nunca al seno de la familia, no es más que un visitante, en ningún momento es un verdadero huésped. De esta clase de heterotopía, que ha desaparecido en la práctica en nuestra civilización, pueden acaso advertirse vestigios en los conocidos moteles americanos, a los que se llega con el automóvil y la querida y en los que la sexualidad ilícita está al mismo tiempo completamente a cubierto y completamente escondida, en un lugar aparte, sin estar sin embargo a la vista.

En fin, la última singularidad de las heterotopías consiste en que, en relación con los demás espacios, tienen una función, la cual opera entre dos polos opuestos. O bien desempeñan el papel de erigir un espacio ilusorio que denuncia como más ilusorio todavía el espacio real, todos los lugares en los que la vida humana se desarrolla. Quizás es ése el papel que desempeñaron durante tanto tiempo los antiguos prostíbulos, hoy desaparecidos. O bien, por el contrario, erigen un espacio distinto, otro espacio real, tan perfecto, tan exacto y tan ordenado como anárquico, revuelto y patas arriba es el nuestro. Ésa sería la heterotopía no tanto ilusoria como compensatoria y no dejo de preguntarme si no es de algún modo ése el papel que desempeñan algunas colonias.

En determinados supuestos han desempeñado, en el plano de la organización general del espacio terrestre, el papel de la heterotopía. Pienso por ejemplo en el momento de la primera ola de colonización, en el siglo XVII, en esas sociedades puritanas que los ingleses fundaron en América, lugares de una perfección suma.

Pienso también en esas extraordinarias reducciones jesuitas de América del Sur: colonias maravillosas, absolutamente reguladas, en las que la perfección humana era un hecho. Los jesuitas del Paraguay habían establecido reducciones en las que la existencia estaba regulada en todos y cada uno de sus aspectos. La población estaba ordenada conforme a una disposición rigurosa en derredor de una plaza central al fondo de la cual se levantaba la iglesia; a un lado, la escuela, al otro, el cementerio y, detrás, enfrente de la iglesia, se abría una calle en la que confluía perpendicularmente otra; cada familia tenía su cabaña a lo largo de esos dos ejes, y de este modo se reproducía exactamente el símbolo de la Cruz. La Cristiandad señalaba de este modo con su símbolo fundamental el espacio y la geografía del mundo americano.

La vida cotidiana de las personas estaba regulada menos a golpe de sirenas que de campanas. Toda la comunidad tenía fijado el descanso y el inicio del trabajo a la misma hora; la comida, al mediodía y a las cinco; luego, se acostaban, y a la medianoche era la hora del llamado descanso conyugal, esto es, nada más sonar la campana del convento, todos y cada uno debían cumplir con su débito.

Prostíbulos y colonias son dos clases extremas de la heterotopía y si se para mientes, después de todo, en que la nave es un pedazo flotante del espacio, un espacio sin espacio, con vida propia, cerrado sobre sí mismo y al tiempo abandonado a la mar infinita y que, de puerto en puerto, de derrota en derrota, de prostíbulo en prostíbulo, se dirige hacia las colonias buscando las riquezas que éstas atesoran, puede comprenderse la razón por la que la nave ha sido para nuestra civilización, desde el siglo XVI hasta hoy, al tiempo, no sólo, por supuesto, el mayor medio de desarrollo económico (no hablo de eso ahora), sino el mayor reservorio de imaginación. La nave constituye la heterotopía por excelencia. En las civilizaciones de tierra adentro, los sueños se agotan, el espionaje sustituye a la aventura y la policía a los piratas. ©

91

---

#### NOTICIA DEL TEXTO

«Des espaces autres» (Conferencia pronunciada en el Centre d'Études architecturales el 14 de marzo de 1967 y publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, n.º 5, octubre 1984, págs. 46-49).



## RESEÑAS DE LO PUBLICADO

### NUEVA VISITA A BABEL

Roberto Fernández

92

Los antropológicos parecen ser los únicos «optimistas» actuales acerca de las ciudades y su futuro: de vuelta del pasado, de las ajenidades étnicas y del campo, la ciudad le otorga el objeto de estudio preferencial de los nuevos escenarios «tribales». García Canclini, Director del Programa de Estudios sobre Cultura Urbana de la UAM de México y autor de *Culturas Híbridas* (México, Grijalbo, 1990), se entusiasma con la conversión de los «ciudadanos del siglo XVIII» en los «consumidores del siglo XXI» y analiza el desdibujamiento de la dicotomía entre «lo propio y lo ajeno» junto a la diferencia entre «internacionalidad» y «globalización»: ésta sería la primera, pero impuesta y sin alternativas.

A la obsolencia acelerada —de la moda o la política—, la Latinoamérica pseudo-urbana le agrega un 40% de marginación socioproductiva, con sus sesgos de desempleo e informali-

dad. Pero con datos curiosos: si en Europa se mira, en promedio, 11 mil horas año de TV, en América en cambio el estándar alcanza a 500 mil horas año; si en Italia sólo un 16,9% de la población «televisiva» tiene aparato de vídeo (o un 26,3% en Bélgica, el mayor indicador europeo), en países como Colombia, Perú o Venezuela se alcanza el 33%. Extraña globalización mediática que tiende a explicar la acelerada crisis de las sociedades políticas y las ciudadanías y el pleno acceso al reino del clientismo.

La babel que es México D.F. —con casi 300 mil indígenas puros dentro de la ciudad, hablando 30 lenguas— se «compensa» con la circunstancia hipermoderna de un aparato de vídeo por cada dos familias. Ello explicaría la «hostilidad de la ciudad»: el mexicano no usa la ciudad pública, que perdió su calidad «central». Se queda en sus casas o se escapa,

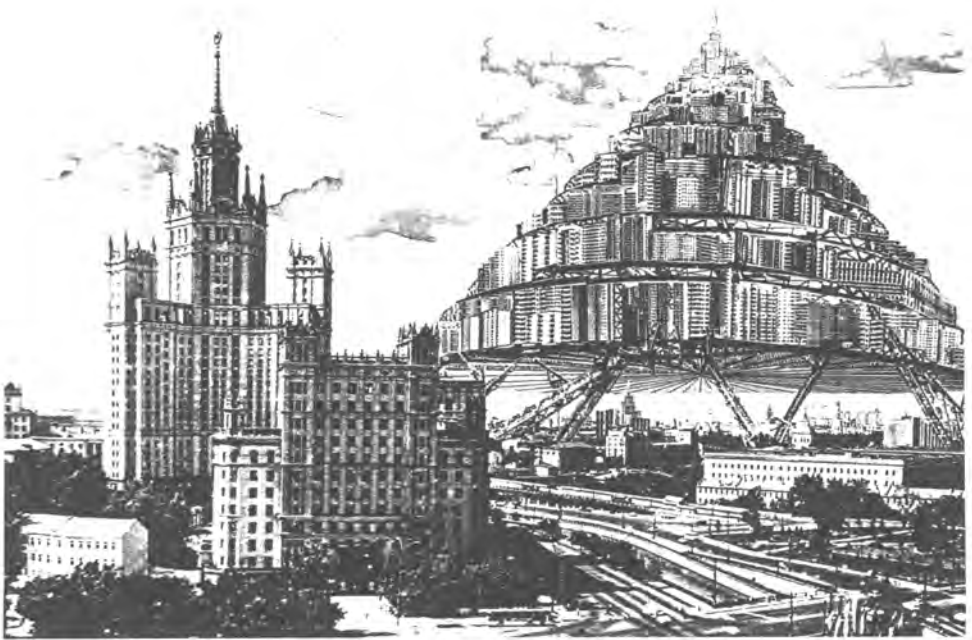
si puede, al campo, en su diverso «tiempo libre».

El «glocalize» –neologismo japonés que alude a la virtualidad local de lo global– o las «ciudades ultramediáticas» de Sassen (Nueva York, Londres o Tokio) reflejan la recreación de microcorporativismos junto a la evanescencia de la *Gestalt* urbana. A la integración global le corresponde la dispersión espacial, la «ciudad sin mapa». El «renacimiento urbano» de la ciudad europea no sería más que la postrera tentativa, plagada de nostalgia, de resistir al mercado con las cosificadas estructuras fósiles de las historias precedentes. Pero lo que prevalece es el triunfo de la dispersión y la disolución: «Cada ciudad –dice Calvino– recibe su forma del desierto al que se opone». Si para encontrarse antes se usaban los cafés,

ahora los jóvenes optan por los «no-lugares», las estaciones de metro o los centros comerciales. Sin embargo, piensa García Canclini, esos no-lugares tienen la positividad posible del lugar por venir, por construirse.

Una positividad que quizás demande una antropología «postempirista» y «posthermenéutica» y un urbanismo que, como quería Wim Wenders, se proponga «construir relatos»: la inquietud frente al mapa sólo se resuelve usándolo para trazar itinerarios.

■ NÉSTOR GARCÍA CANCLINI. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo, México, 1995, 198 págs. ■



# EL URBANISMO SEGÚN SUS FUNDAMENTOS ARTÍSTICOS

Carmen Gavira

El texto *Der Städtebau* de Camillo Sitte fue publicado en Viena en 1889, agotándose en pocas semanas y dando lugar a una segunda edición en el mismo año. Una nueva edición se agotó rápidamente en 1900 y una cuarta en 1908. Años más tarde, tras la muerte del autor (16 noviembre 1903), fue realizada una quinta edición corregida y ampliada con algunas fotografías y un apéndice sobre «El empleo de la vegetación en las grandes ciudades» según los deseos del autor, como explica su hijo el arquitecto Sigfrido Sitte en el prólogo de la primera edición castellana realizada por Emilio Canosa en 1929.

94

En una cuidada edición de bolsillo se presenta ahora la traducción francesa de la tercera edición de este texto guardando fielmente el diseño, las notas y los dibujos del autor, ya que, como explica el traductor, Daniel Wiczorek, «las ornamentaciones del texto ayudarán al lector a re-situar la obra en su época, a caballo entre el Impresionismo y el Art Nouveau». Este traductor, conocido por su excelente trabajo *Sitte et les développements de l'urbanisme moderne* (1083), corrige algunos importantes errores de la antigua traducción de Camille Martin y enriquece el texto con una detallada cronología de Sitte en relación con el desarrollo del urbanismo, ampliando con informaciones útiles al lector las propias notas de Sitte en

cada capítulo. La acertada inserción de páginas manuscritas de Sitte (portada, índice de ilustraciones, o trozos de texto) acerca al lector a la idea de que está leyendo realmente un texto original.

La edición se completa con un excelente prólogo de Françoise Choay resituando la figura de Sitte en la historia del urbanismo moderno y reinterpretando sus ideas (en buena parte gracias a esta nueva traducción) frente a las críticas de «patrimonialismo» y los juicios de «urbanista retrógrado» lanzados contra Sitte desde los CIAM o por los protagonistas del Movimiento Moderno.

Para el lector español, sin duda, es este prólogo lo realmente novedoso, puesto que desde 1929 disponemos de la traducción que hizo el arquitecto Emilio Canosa de la quinta edición, la más completa, que ha sido reeditada en facsímil en 1980 por Gustavo Gili acompañando al extenso texto de George R. y Christiane C. Collins «Camillo Sitte y el nacimiento del urbanismo moderno». Sin duda, para los estudiantes de urbanismo de España y América Latina sería interesante disponer de una edición de bolsillo actualizada del texto de E. Canosa con las notas y el prólogo de las Ediciones de Seuil.

■ CAMILLO SITTE. *L'art de bâtir les villes. L'urbanisme selon ses fondements artistiques*. Éditions du Seuil. Collection Essais, Paris, 1996, 190 págs. ■



# CERDÁ. LAS CINCO BASES DE LA TEORÍA GENERAL DE LA URBANIZACIÓN

Cuando creíamos que la obra de Cerdá estaba cerrada tras los numerosos estudios y ediciones de su obra publicados en estos últimos años, esta extensa y minuciosa recopilación de Arturo Soria nos descubre nuevas ideas y nuevas facetas de este sorprendente urbanista que fue Idelfonso Cerdá.

Tras una original y personal «Introducción a Cerdá», Soria diferencia cuatro etapas en su obra. Una primera etapa (1855-59) en la que concibe aún la ciudad como una agrupación de edificios y pone el énfasis en los problemas de la vivienda, da paso a una segunda etapa (1860-63) en la que profundiza los problemas relativos a la circulación y enuncia la que llamó primera ley de la vialidad: la continuidad del movimiento. En una tercera etapa (1864-67), Cerdá consigue integrar en una única teoría la vivienda y la circulación: la teoría de la urbanización, para finalmente, en una cuarta etapa (1866-76), desarrollar una teoría cuyo objeto no será ya la ciudad, sino el conjunto del territorio.

«[...] a la vista de toda la obra de Cerdá que hasta la fecha se conoce, y atando cuanto cabo disperso he topado», explica A.Soria, «abordé la tarea de establecer un posible índice [...] Se trata sin duda de un índice hipotético, pero no improvisado, pues es el fruto de mas de dos décadas de maduración y de una minuciosa

lectura de todos sus textos [...] El siguiente paso fue, lógicamente, insertar en los grandes apartados del índice general todos los borradores, ya fueran pequeños fragmentos, ya grandes y elaborados discursos. Como el material procede de años distintos y las opiniones y conclusiones de Cerdá cambiaron con el tiempo, intenté describir telegráficamente esa evolución en el enfoque de cada tema y entresacar lo fundamental de sus últimas conclusiones conocidas. Como esas conclusiones se hallaban a su vez dispersas, hube de buscar la lógica interna de las mismas e hilvanar de acuerdo con ella todos los fragmentos antologados».

95

El resultado de este método de trabajo es la excelente antología que este texto nos ofrece. Editada con un cuidado diseño con profusión de gráficos, esquemas y fotografías, se completa con la bibliografía de la obra de Cerdá entre 1815 y 1876 hasta ahora conocida. No dudamos de que éste será el texto imprescindible de guía que facilitará la labor de todos los que intenten abordar cualquier estudio sobre Cerdá. **C. G.**

■ ARTURO SORIA Y PUIG (compilador), *Cerdá. Las cinco bases de la teoría general de la urbanización*. S. E. Electa España. S.A. Madrid, 1996, 447 págs. ■

# LAS *SIEDLUNGEN* ALEMANAS DE LOS AÑOS 20

José Laborda Yneva

96

Para quienes no se encuentren del todo familiarizados con la historia reciente del urbanismo europeo, tal vez debamos comenzar diciendo que las *Siedlungen* fueron esencialmente núcleos obreros residenciales construidos en Alemania en el período de entreguerras. Un término que puede tratar de asimilarse al de barrio o de colonia implantado en la periferia de las grandes ciudades, pese a que su definición precisa de matices indispensables, sobre todo en lo que su propuesta y realización tiene de enlace con las formulaciones teóricas del Movimiento Moderno.

Porque el Movimiento Moderno, surgido como una respuesta intelectual al hastío de lo superfluo, contuvo en su esencia factores que acaso no lograron superar el paso de la teoría a la práctica. Fueron las suyas unas propuestas basadas en el desarraigo de las actitudes estéticas y sociales, opciones que necesitaron para prosperar el apoyo de quienes advirtieron en la modernidad un medio oportuno para lograr sus objetivos políticos. Ejercicios cercanos a la utopía, acogidos por las tendencias socialdemócratas, que vieron en ellos la respuesta a sus inquietudes de renovación de lo urbano a través de la simplificación formal. Era el tiempo subsiguiente a la primera guerra mundial, necesitado como nunca de nuevos modelos de viviendas sociales que en su planificación

aportaran pautas regeneradoras del tejido urbano.

Es ése el momento en que la propuesta de las *Siedlungen* surge como una alternativa al problema de la creación y gestión del suelo edificable, logrando de hecho el efecto de potenciar la investigación sobre las tipologías aplicables para conseguir el deseado abaratamiento de los costes en una época de crisis profunda. Se produce así una eficaz relación entre las tendencias de la arquitectura de vanguardia y las iniciativas reguladas por los poderes públicos; un nuevo enlace entre utopía y realidad, que, sin embargo, no va a resultar posible aceptar en términos absolutos. Y es que las *Siedlungen* van a dar lugar a una actitud marginal del urbanismo, una tendencia apoyada por parámetros anti-urbanos que desearon oponerse al cúmulo de fuerzas que la gran ciudad era capaz de generar.

En las *Siedlungen* socialdemócratas se advierten referencias claras al suburbanismo. La ciudad obrera facilita suelo barato mediante estrategias de alojamiento dirigidas a los habitantes de menor poder adquisitivo, aunque tratando al mismo tiempo de superar el concepto indeseado de los núcleos proletarios. Fórmulas que buscan la periferia, encontrando en ella una supuesta dignidad arquitectónica basada en la consecución de la mejor vivienda míni-

ma. Una tendencia que va a permitir agrupar a las masas obreras, confinándolas en núcleos homogéneos aislados del concepto general de ciudad.

Se produce así la dispersión urbana, la expulsión del obrero de la ciudad. Las clases menos favorecidas se excluyen de lo propiamente urbano y se agrupan en espacios marginales,

difíciles de justificar en su resultado social. Por eso la propuesta de las *Siedlungen* resulta acaso ser la manifestación construida de una utopía no contrastada previamente, precursora sin remedio de su fracaso posterior.

■ V.V.A.A., *Las Siedlungen alemanas de los años 20. Frankfurt, Berlín, Hamburgo*. Colegio de Arquitectos de Valladolid, Valladolid, 1995, 317 págs. ■







## **RELATOS DE LO YA VISTO**

# **MADRID: LA TRANSGURACIÓN DE LA ALDEA**

**Antonio Fernández-Alba**

*Conferencia escrita a propósito de Ciudad y poetas: Internacional Simposio Interdisciplinar sobre Culturas Urbanas en España y América Latina celebrado en el Centro Español Rey Juan Carlos I de Nueva York en el mes de febrero de este año.*

99

Durante los siglos xvii y xviii la unificación que se realiza sobre la pequeña ciudad de Madrid, integrando las funciones de la villa a la corte y posteriormente su asentamiento como capital del Estado, va a conferir a esta ciudad un protagonismo no sólo centralizador de la gestión política sino un punto de referencia para las diferentes manifestaciones socio-culturales en el resto del país. No es extraño, por tanto, que las aportaciones arquitectónicas de la ciudad y sus modelos de desarrollo urbano adquieran el rango de arquetipos a imitar en el resto del país.

Junto a este modelo centralizador de la administración política se desarrolla en paralelo el crecimiento y consolidación de una ciudad industrial como Barcelona, abierta a las culturas europeas y consolidada por el ascenso de una burguesía textil primero e industrial después, que asumirá el papel de gestionar la modernidad en la España de principios de siglo. De manera que el proyecto de la arquitectura sobre la ciudad española en el siglo xx se caracterizará en sus orígenes por una bipolaridad morfológica, de *características eclécticas* por lo que se refiere a los rasgos de la

arquitectura madrileña, y *manifiesto de la modernidad* en cuanto al proceder constructivo y planificadorio del pensamiento espacial catalán.

La componente ecléctica de la arquitectura de Madrid hunde sus raíces formales y compositivas en la contundencia racionalista de Juan de Herrera y J. Bautista de Toledo, en las modestas aportaciones del barroco madrileño, en los singulares edificios del urbanismo neoclásico ilustrado del arquitecto Juan de Villanueva y en ese heterogéneo cúmulo de invasión de formas culturales y síntesis de propuestas que significó la segunda mitad del siglo XIX; curiosa sintonía en cuanto a la disparidad de tendencias formales con la que concluye el final epigónico de este siglo XX<sup>1</sup>.

100 La ciudad de Madrid centralizadora del poder del Estado, alejada de los grandes centros urbanos y culturales europeos, sometida a las variables políticas y acosada por la tensión que suscita esta hegemonía en el resto del país, se verá constreñida a reflejar estas tensiones en una arquitectura cuya espacialidad trate de equilibrar las demandas que suscita un entorno tan antagónico<sup>2</sup>. Madrid se construye con una espacialidad pública de *reducida escala* y una arquitectura de formas elocuentes, que acude a diferentes fuentes y estilos: expresionismo barroco, manierismo neoclásico, nacionalismo costumbrista, racionalismo europeo, neoimperialismo, movimiento moderno tardío, hasta los últimos episodios posmodernistas. Todo este itinerario estilístico representa alguno de los apartados y tentativas con las que la capital del Estado trataba de

configurar el prototipo compositivo de la arquitectura en la ciudad<sup>3</sup>.

La guerra civil del 36 genera, entre otros dramas, una fractura ideológica que convulsiona las diferentes tendencias que postulaba el Movimiento Moderno en Arquitectura (MMA). Reconstruir la ciudad abatida será el proyecto inicial para el nuevo régimen. Arte y Estado quedarían marcados por una dependencia de marcado carácter «religioso-militar». Se postula como fundamento compositivo la «simetría» que de alguna manera se haría patente en la nueva ideología arquitectónica alejando toda recuperación espacial de la racionalidad de los 30<sup>4</sup>.

A las contradicciones del propio sistema se unían, ya en los finales de los 50, las corrientes pragmáticas del incipiente capitalismo industrial surgido en la España de la posguerra colonizando la ciudad de Madrid como auténtico laboratorio de especuladores del suelo en el desarrollo metropolitano.

De estas décadas 50-60, 60-70 quedan, en la ya incipiente metrópoli madrileña, unos testimonios arquitectónicos envueltos en los relatos racionalistas primero y las diversas corrientes por las que discurriría la arquitectura europea de posguerra; testimonios espaciales marcados por los proyectos y construcciones de unos grupos de arquitectos minoritarios, individualidades aisladas, a veces antagónicas en su ideología, que sin pretensión de magisterio alguno iban jalonando su trabajo como mejor sabían hacerlo, más próximos a la *superficie del ornamento* que a la *esencia de su cualidad espacial*<sup>5</sup>.

La institucionalización de las normas democráticas en 1975 trae consigo una mirada más propicia hacia los escenarios de una ciudad como la capital del Estado y una crítica, a veces más aguda, a las intervenciones que se realizan sobre su estructura urbana. Resulta evidente la magnitud de las actuaciones abordadas en los últimos treinta años así como de los proyectos que esperan su realización, ya sean éstos la actuación sobre recintos históricos, la urbanización de vacíos singulares en áreas centrales (recuperación de la centralidad urbana), la puesta en valor de espacios abandonados en zonas de expansión de los primeros desarrollos industriales, la remodelación de márgenes fluviales, la integración en el área metropolitana de zonas tugurizadas y asentamientos migratorios, la construcción de edificios institucionales, parques, recintos feriales, la planificación de conjuntos periféricos, hasta lo que se ha llegado a denominar «ensanches populares» acogidos a las últimas propuestas de ordenación (Plan General de 1985).

Sobre la ciudad de Madrid se ha vertido todo un cúmulo de realizaciones y experimentos, de transacciones económico-políticas en los tiempos en que esta ciudad sirvió de plataforma para el desarrollo de uno de los mercados inmobiliarios más agresivos de la planificación tecnocrática. Planificación indulgente, cuando no cómplice con los procesos del mercado especulador, y cuya síntesis morfológica queda reflejada en el alterado mosaico urbano que se configura sobre la ciudad.

¿Pero tal cúmulo de actuaciones, desde la perspectiva de los proyectos realizados y de las propuestas surgidas desde 1975 hasta los

finales de la década de los ochenta, ofrece realmente una concepción del «modelo metropolitano», representa lo que es hoy la capital del Estado de las Autonomías?

Por el singular y acelerado proceso del desarrollo urbano de Madrid y de su *hinterland*, villa-ciudad-metrópolis, de su posición como «*leadership* nacional» generadora de prototipos arquitectónicos y de tipologías urbanas a lo largo de su historia, necesita de un proceso de recualificación espacial que resulta difícil esclarecer entre el tumulto tan acelerado de las intervenciones arquitectónico-urbanísticas realizadas. Actuar sobre una trama urbana tan delicada como es la ciudad de Madrid, construida en su evolución más señalada sobre el aluvión consumista, sin gran tradición urbana, como lo ha sido Barcelona, pero en la que afloran todos los valores y postulados materiales de una metrópoli moderna, requiere de una sensibilidad política que, a juzgar por algunos proyectos de intervención llevados a cabo en significativos espacios públicos consolidados por la historia, resulta dudosa y a todas luces incompetente. Los gestores de la política sobre la ciudad de Madrid, sometidos a los modelos de la economía de mercado, nunca han podido desarrollar el espacio de la ciudad con mentalidad de proyecto, ni en lo referente a los códigos arquitectónicos ni al planeamiento que decide el espacio público, y una manifiesta ruptura se hace patente entre edificio arquitectónico y el soporte de la infraestructura metropolitana. Será en este entorno socioeconómico en el que se inscribirán las minorías de arquitectos que tratan de enlazar con las corrientes archi-

tectónicas del segundo racionalismo europeo y las tendencias espaciales coetáneas operantes en una Europa que cruza la segunda revolución industrial en las apacibles balsas de las socialdemocracias, desarrollando espacios públicos de componentes funcionales y arquitecturas de traza racional.

Ante esta fractura entre objeto arquitectónico y soporte metropolitano, se suscitan una serie de interrogantes cuya respuesta, a veces, viene consensuada con una serie de nombres de arquitectos cuya firma o «marca registrada» es garantía suficiente para acallar el menor acento crítico que evidencie los soportes escenográficos requeridos para la ritualización cosmopolita de la capital del Estado. ¿Pero de qué manera se ha realizado esta aparente monumentalización de los espacios de la escena pública y qué códigos reproduce?; el cúmulo de proyectos construidos por parte de los arquitectos, ¿a qué razones obedece dentro de la lógica del proyecto de la arquitectura para con la ciudad?, ¿la transgresión formalista y su consiguiente frivolidad sígnica que reproducen muchas de estas arquitecturas madrileñas traduce en las fisuras ético-estéticas de la nueva clase en el poder?, ¿los fragmentos del neoclasicismo *light*, tardo-moderno o académico-vernacular que reproducen los arquitectos «consagrados» por los diferentes ámbitos de la ciudad pertenecen al *nuevo orden visual*, que garantiza el triunfo de la lógica del rendimiento sobre el administrador de la política del espacio sobre la ciudad?

Para entender algunos de los supuestos críticos que encierran estos acotados interrogan-

tes, más allá de las alusiones panegíricas de las revistas y publicaciones de consumo editorial, tendríamos que reconsiderar las pautas de irracionalidad que maneja el hipercapitalismo dominante en la actual sociedad española, que ha optimizado en los años ochenta y en los primeros años de la década de los noventa unos momentos de euforia bajo los destellos de una *economía de aluvión* de altos beneficios en el sector privado y despilfarro en la obra pública. La empresa tecnológica moderna trata de manifestar, a través de una iconología mediática, sus requerimientos funcionales junto al poder de expansión que asume el desarrollo de su colonización simbólica.

Las arquitecturas que corresponden a este desarrollo histórico de la empresa se manifiestan no sólo con el énfasis funcional de sus valores mecánicos, sino con la exuberancia formal de un cierto «hedonismo decadente», donde la ironía de sus edificios o la cita redundante de los estilistas de moda se intercambian como gestos de «modernidad».

El Estado, en algunos sectores minoritarios, se siente atraído por ser representado por la carga de expresividad formal que estas arquitecturas desarrollan, más como un anhelo de intencionalidad política, entendida como mediación de intercambio subliminal e icónico. Los arquitectos desde esta perspectiva en la construcción de la ciudad no pueden aspirar a otros estímulos en el proyecto que aquellos que proporcionan el simulacro de sus formas y la ambigüedad de valores que a estas imágenes se les asignan. Es decir, una barbarización de la forma.



Las parciales respuestas a estas fracturas manifiestas de falta de coherencia para entender el proyecto metropolitano son la de maximizar con imágenes de la escenografía de la arquitectura, o de operaciones radicales de infraestructuras viarias, enlaces de autopistas urbanas y subterráneas, la oferta de «servicios» al ciudadano, frente a una planificación más coherente, para construir un espacio urbano cualificado y una imagen arquitectónica cuya lógica está exclusivamente vinculada al reclamo perceptivo, pues no se trata, como con tanto anhelo tratan de vender sus promotores y arquitectos, de que con estos modelos de intervención, ya sean las infraestructuras viales o el desarrollo de tipologías de habitación, respondan a una alternativa global metropolitana frente a lo que fue el acelerado asentamiento industrial de las décadas precedentes.

Madrid ha soportado, en un lapso de tiempo reducido, la fragmentación de los ensanches de principio de siglo por las autopistas urbanas de reducida escala en sus antiguas rondas y la consiguiente proliferación de pasos elevados durante los años de la autarquía. Esta ingeniería de tráfico elevado se ha trastocado con idéntico entusiasmo en los proyectos de pasos y macroaparcamientos subterráneos en la década de los ochenta. En la metrópoli madrileña, descomposición y repetición como en la mirada de Simmel, dos órdenes simultáneos siguen actuando en las leyes que rigen la génesis productiva de estos espacios urbanos. Madrid crece bajo la norma de una homotopía urbana mediante el montaje de elementos abstractos, redes, tramos de circulación y ener-

gías y una heterotopía arquitectónica con un collage de elementos figurativos<sup>6</sup>.

El modelo metropolitano en el que se inscribe Madrid requiere necesariamente de indagar otros territorios más conceptuales y próximos a los ideales que alberga el hombre metropolitano, que si son hijos de la necesidad, también y en gran manera lo son de los afectos y el sentimiento; unas propuestas estético-científicas, sin duda menos espectaculares que ciertos soportes *kitsch* que florecen en la ciudad de las arquitecturas aparentes, pero que hagan visible de manera crítica esa falacia asumida, según la cual legitimar el símbolo de la metrópoli moderna es tener que aceptar una cultura urbana alejada de la naturaleza, de lo sencillo y racional.

Decepcionados por los desastres de una planificación urbanística mediatizada en gran parte por el lucro de la especulación inmobiliaria urbana y las áreas de apoyo al consumo, la nueva oferta que desde el poder político municipal o autonómico se solicita es la de recuperar la ciudad desde los soportes iconográficos del proyecto, que determinados grupos de arquitectos o diseñadores de lo urbano formalizan con rapidez y eficacia en «imágenes de moda» y a ser posible con epidermis significativa que adulen la mirada oblicua de la postmodernidad, política coherente con una época donde la cultura arquitectónica atraviesa una crisis de legitimidad formal repleta de «operadores de la escena», que suelen cultivar estas imágenes con gran maestría publicitaria. Madrid, entendida como desarrollo de los factores metropolitanos, no se escapa a la concepción neo-positivista de la ciudad

actual; tanto la arquitectura moderna como las propuestas de muchos urbanistas han ido reduciendo la estructura de lo urbano (planificación y desarrollo) a las decisiones político-económicas, y la morfología (arquitectura de la ciudad), a la dependencia de los factores tecnológicos y culturales, pares dialécticos que han roto ese universo de «relatividad general» en el que se encontraba inmerso el proceso de evolución de la primera ciudad industrial.

No resulta extraño, por tanto, encontrar en los bordes metropolitanos madrileños, en los polígonos de los llamados «ensanches populares», acogidos fundamentalmente al desarrollo de la vivienda, los síntomas de una *planificación-collage*, en ocasiones determinados por los flujos de tráfico, a veces implementando los residuos espaciales de la ciudad con unos artefactos de las tecnologías-caleidoscopio, en ocasiones acudiendo al viejo recurso señalado de la manzana achafanada como remedio superador de los múltiples archipiélagos del «bloque en doble crujía» que pueblan estos márgenes metropolitanos de una ciudad como Madrid. La planificación en clave racionalista permitió construir algunos ejemplos arquitectónicos abiertos a la vida de su tiempo: así aconteció en las décadas iniciales del siglo. En los trabajos más recientes del Sur madrileño, una arquitectura lineal y persuasiva se mezcla sin cadencias de discontinuidad con otra amalgama de edificios proyectados en claves arquitectónicas, las claves arquitectónicas que defiende la empresa editorial con la colaboración de promotores oportunistas y epí-

gonos de la clausura racionalista, «una mera mutación formal», como con acierto señalan algunos críticos en torno a la morfología de la última periferia madrileña<sup>7</sup>.

La arquitectura de la metrópoli madrileña así entendida se transforma en un cantonalismo plástico que margina la racionalidad planificatoria por la fuerza de la imagen del edificio, en una época en que la ciencia urbana no pasa precisamente por unos períodos de acusada imaginación teórica. Así, podemos contemplar tantos ejemplos en la constelación metropolitana madrileña (Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Aravaca, Vallecas) y de tantos desarrollos residenciales aparecidos en los últimos años desde Sevilla a Santiago de Compostela, desde Barcelona a Vitoria en el entorno español, secuencias de construcciones uniformes sin otra variación que los adjetivos formales que interpone el tiempo sobre el espacio. Arquitecturas escasas de razón, que congelan el espacio público y embalsaman en fichas de la normativa burocrática los lugares de la privacidad.

Este filón iconográfico que recorre Madrid recupera casi todas las parodias para alfabetizar a las nuevas clases emergentes de la condición posmoderna: la fosilización de los grandes estilos históricos como objetos de innovación para las grandes corporaciones (P. Johnson), infantilización de los elementos arquitectónicos hasta los límites de la caricatura-irónica (M. Graves), reconstrucciones espaciales como ilustración de supuestos filosóficos (P. Eisenmam), arcaicas revisiones del fundamentalismo racionalista (Rossi), o malversación de espacios,

para experimentar los últimos reductos del «arquitecto artista» (F. Gehry), por citar algunos de los episodios que reproducen estos modelos de heterogeneidad estilística. El éxito extraño de la presente arquitectura que se construye en los finales de siglo en Madrid radica en la demanda de *colonización simbólica*, requerida por la nueva clase instalada en las esferas del poder ante el complejo de inferioridad europeo y el «triumfo» de algunos arquitectos, al haber convencido a clientes poderosos, especialmente al Estado.

La política en torno al modelo de la metrópoli madrileña deberá superar este arcaico proceder de los aburridos «trueques ideológicos», que animan las cofradías de los respectivos partidos en el ejercicio del poder metropolitano; la clase política, como la empresarial, ya se sabe, paga bien los costes simbólicos de su representación, pero el proyecto de la metrópoli no debe sufrir de reducciones intelectuales tan menesterosas<sup>8</sup>.

Es cierto que hemos asistido durante el siglo que concluye a espectaculares conflictos en la transfiguración de la ciudad, como evidente queda en el malestar del hombre en los espacios diseñados para su convivencia. La esperanza del artista como la de tantos arquitectos del período heroico de las vanguardias se ha

visto frustrada al intentar crear lugares como recintos poéticos, las expectativas puestas en la objetividad de la ciencia urbana no son muy optimistas y los ideales utópicos del moderno edén metropolitano no aparecen aún muy claros<sup>9</sup>.

Pero tan inmerecidas pérdidas no deben acallar la respuesta que la gran ciudad ofrece, un cierto y latente optimismo de lo metropolitano debe abrazarse contra la mediocre imaginación del especulador y la chata rutina de la burocracia política, ensalzando el poder civilizatorio que de la nueva metrópoli emana; el lugar del hombre en la ciudad, sus sensaciones, relaciones, su papel como espectador y como persona en el difícil entorno de la futura cultura pragmática informatizada, los códigos de la recuperación ética frente a la forma ideológica de la especulación incontrolada.

El nihilismo que subyace en nuestras actitudes contemporáneas nos debería inducir a retomar el concepto de lo sublime para la construcción del modelo de la metrópoli, donde el espacio y sus formas no se manifiestan como signo, sino como relaciones<sup>10</sup>. Lo sublime entendido como nuevos paisajes de la razón creadora, contraespacios de calidad que nos rediman en lo que puedan, de la nostalgia del desastre.

105

---

## NOTAS

<sup>8</sup>El trabajo del arquitecto ecléctico lleva implícito un proceso de síntesis y una actitud de apropiación mimética de la forma (estética de la mimesis). Su cualidad compositiva reclama una enfatización extrema de la forma, gene-

ralmente tamizada y a veces caricaturizada por la lógica económica. Su tensión espacial debe actuar como mediadora de la gestión política, de manera que el poder real pueda manifestarse a través del modelo simbólico.

Sintetizar lo múltiple de la diversidad cultural del país y de los diferenciales socioeconómicos de las regiones ha sido por lo general la condición formal impuesta al proyecto de estas arquitecturas.

<sup>2</sup>La «modernidad» en el espacio social de la época, con las excepciones que se quiera, habrá que buscarla en las respuestas que desde Barcelona se formulan a través del *Art Nouveau*, de la singular figura de Antonio Gaudí, de la cuadrícula achaflanada de Ildefonso Cerdá o de la intencionalidad ética y de la crítica política que encierra el grupo GATCPAC. Episodios arquitectónicos y urbanísticos que tendrían una moderna réplica en el acontecer arquitectónico madrileño, con los regionalismos populistas, las enfáticas sedes bancarias de Antonio Palacios, la interrumpida aventura racionalista del campus complutense de la Moncloa o la invocación geométrica a la linealidad de Arturo Soria.

<sup>3</sup>Sobre el fondo de estas tentativas aparecían en la arquitectura de la ciudad los recursos emblemáticos que postulaba la *cultura del Novecento*, movimiento cultural de entreguerras que cifra sus propuestas en la búsqueda del *estereotipo del confort* por parte de la burguesía industrial, la cual, consciente de su papel histórico, tratará de formular un vocabulario arquitectónico tranquilizador frente al «radicalismo funcional» de la razón industrial. Se tratará así de organizar la presencia del edificio en la ciudad bajo la cobertura de un sutil neoclasicismo depurado y simplificado, rompiendo la continuidad del edificio mediante livianos bajorrelieves en sus paramentos y una fenestración de marcadas simetrías.

<sup>4</sup>La preocupación estética de un Eugenio d'Ors, enfrentando el canon mediterráneo (clásico y geométrico) al nórdico (liberal y romántico), entre otros argumentos, empuja las inclinaciones estéticas hacia los bordes de una metafísica fascista. D'Ors no dudaría en identificar las líneas de una geometría simétrica como un rasgo de fidelidad.

<sup>5</sup>Los grupos de artistas más significativos se sintieron responsables de la acción cultural ante la niebla que invadía a una sociedad entumecida por el dolor y la culpa, y como ya ocurriera en los tiempos de las *vanguardias heroicas*, la respuesta contra la coacción política se formulaba desde el entorno poético, la plástica o la narración novelada.

<sup>6</sup>La arquitectura en España, hoy como en otras facetas de su organización político-económica, *adopta* bien los estereotipos que postula el mercado internacional, en ocasiones mejorándolos, pero en raras ocasiones *adapta* estos modelos a las realidades específicas. Pienso que no es un país de grandes arquitectos, salvo singulares excepciones históricas, sino de figuras, en la actualidad deslumbradas por una actitud mimética hacia la cultura arquitectónica norteamericana y aisladas figuras de la última arquitectura japonesa, incorporando los modelos que producen las economías de estos países según las veleidades del escaparate político, construyendo edificios abiertos hacia un pluralismo de imágenes que revelan una cierta constelación de informaciones más que una auténtica gestión cultural sobre la ciudad.

<sup>7</sup>La arquitectura realizada en España durante el período (1975-1994) presenta una imagen colectiva tanto por lo que se refiere a muchos de sus proyectos como de obras construidas, que muestra con elocuencia lo que podríamos denominar la primacía de la *racionalidad productiva tardo-moderna* en la que se debate la actual sociedad española, inscrita, como no podía ser menos, en las leyes del mercado neoliberal. Esta circunstancia obliga al arquitecto a realizar unos trabajos que militan entre la adhesión a las formas que define el *mercado de imágenes* o en la entrega sin referencia crítica a los modelos de las *arquitecturas que formalizan los monopolios* de la industria de la construcción, de manera que el profesional de la arquitectura en España, como en otros países europeos, está sometido a los efectos de *colonización* simbólica que lleva a cabo la cultura de imágenes en las que se educa el arquitecto; en definitiva, en la formalización de una arquitectura automática sin la menor referencia crítica.

<sup>8</sup>Desde esta óptica, hay arquitectos que responden con coherencia a estas premisas y son ampliamente gratificados por los medios de información técnica. La ausencia de una crítica arquitectónica permite crear grupos y minorías que transmiten, en algunos casos con trabajos de calidad, los modelos internacionales, las propuestas arquitectónicas más reconocidas, producto de esa conjunción entre la soberanía de la técnica y la ley de mercado, de manera que más que edificios lo que se construye son «objetos de fruición estética». Pese a que, como señalo, existen profesionales de buen hacer arquitectónico, la ideología que invade el actual momento de la arquitectura española está salpicada de efectos ilusionistas, ejercicio de artificio formal, estética *flash*, atracción por lo efímero, escenarios del impacto inmediato..., signos, en fin, del agotamiento de una arquitectura, en general, reducida a «ornamentar» los espacios débiles de nuestra época.

<sup>9</sup>La arquitectura de la ciudad en España, y en el caso concreto de la metrópoli de Madrid, recoge las características de destrucción que ofrece el modelo de metropolización internacional. Este modelo no permite construir una ciudad racional sino racionalizada, resulta difícil su administración, en su lugar se burocratiza, no acomete la relación social, se robotiza, no puede reproducir trama urbana, sino desequilibrio ecológico. Por tanto, la ciudad actual en España presenta una cadencia semejante a los países y lugares donde se asientan los preludios de la civilización tecno-mercantil, monotonía espacial, degradación progresiva de servicios públicos, esterilidad cultural y, en definitiva, agotamiento político del proyecto de la arquitectura en la ciudad.

<sup>10</sup>La arquitectura ya no es primordial hoy en el desarrollo heterogéneo de la ciudad y sus modelos se integran sin el menor rubor en la estética del desperdicio. La «autenticidad de lo falso como realidad» es el síntoma que mejor refleja las formas y los espacios de estas arquitecturas.

# SINFONÍA URBANA: MADRID 1940-1990

## *Ensayo sobre el ritmo literario del «Movimiento» a «la Movida»*

Carmen Gavira

*Conferencia pronunciada en Ciudad y poetas: Internacional Simposio Interdisciplinar sobre Culturas Urbanas en España y América Latina. Centro Español Rey Juan Carlos I de Nueva York en el mes de febrero de este año.*

*Ritmo: «Orden acompasado en la sucesión o acontecimiento de las cosas».*

Antes de comenzar –el director–, mirando a la orquesta, da un pequeño golpe con la batuta sobre el atril, y se crea ese instante de absoluta quietud que precede al inicio de la sinfonía. La pluma de Damaso Alonso<sup>1</sup>, mirando de frente a la ciudad, marcó desde su *Insomnio* ese instante de silencio.

107

*Madrid es una ciudad de mas de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).*

Tras este airado verso, las notas empezaron trémulas a desgranarse a través de los dedos y labios de los intérpretes. La sinfonía era difícil, ya que el Movimiento era inalterable desde su proclamación en el Decreto de Unificación (BOE 7-8-1937), y tanto el tono –azul oscuro– como el ritmo, eran los marcados por la FET y de las JONS.

Lo importante, como nos advierte Cela en el primer párrafo de *La colmena*, era «No perder la perspectiva –yo ya estoy harta de decirlo–, es lo único importante». No había miedo a desafinar, ya que, por encima de todo, de lo que se trataba era de mantener el Movimiento. El público no se altera, «[...] son gentes que creen que las cosas pasan porque sí, que no merece la pena poner remedio a nada»<sup>2</sup>, y así, la orquesta, tras el preludio coral de los personajes de Cela, da paso al tema principal, a esa formidable galería de vencidos que constituye *Tiempo de silencio*.

Martín Santos «supo mejor que nadie que la opresión no es épica, sino sórdida, y, a poco que se hurgue en ella, aburrida», por ello su perspectiva inédita tiene como resultado un Madrid sorprendente, el interés de las 35 frases en las que se articula su descripción de la ciudad es distinta de la que se ofrece en una mirada cotidiana, distinta de la que llevaron a sus obras Galdós,

Baroja, Gómez de la Serna o Cela. Su interpretación «busca un cauce simbólico [...] para exorcizar la maldición y paralizar el continuo deseo que a todos oprime la garganta [...] la polarización del odio contra un solo hombre»<sup>3</sup>.

*A veces en la noche me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro.*

El ritmo de este tiempo otoñal de los años 40 se acopla al paso del peatón en un «[...] *agradable descenso por la cuesta de Atocha*» acompañando los pasos, los olores e imágenes fugaces de escaparates, «*voces de cantos, callejeo por estrechas calles retorcidas [...] con la brisa de un airecillo cortante desde el Este [...] se acelera, mientras atraviesa la fugaz ciudad nocturna tan apesadumbrada de iglesias cerradas y tabernas abiertas, de luces eléctricas oscilantes y de esos coches que se lanzan a toda velocidad en estas horas, por la confluencia de las grandes vías como conducidos por suicidas lúcidos [...] autos lanzados como proyectiles hacia un futuro de placer tangible [...] Andar de prisa, de prisa, arriba, hacia la pensión lejana*» a través de calles anchas, de callejones, entre olor a fritanga de churros, de porras calientes. Hasta que, en los movimientos finales de la obra, el ritmo se aminora para detenerse por completo: «*Don Pedro bajaba por la calle en cuesta andando muy despacio [...] Iba dando golpes a una piedra y comprobando lo polvorientado de sus zapatos [...] Estarás así un tiempo esperando en silencio, sin hablar mal de nadie. Todo consiste en estar callado. No diciendo nunca nada [...]*»<sup>4</sup>.

*Y pasó largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luna.*

108 Y tras este silencio se iniciaran las 59 secuencias de un nuevo y sorprendente tiempo: *El Jarama*, a través del que “[...] oblicuamente se intenta poner de manifiesto una situación social triste, mísera, que desmiente la retórica oficial [...] más que una situación de ruina física o económica –Sanchez Ferlosio– parece querer reflejar un inmenso vacío espiritual del Madrid de los años 50”<sup>5</sup>. Para ello, utiliza el contraste entre dos generaciones, la que hizo y perdió una guerra que no se atreve ni a mencionar –eludiéndola tras los «aquello»... «antes de aquello»... «allí»–, y la que algunos describen como «primera generación ahistorica respecto al pasado nacional inmediato» compuesta por el grupo de ciclistas, jóvenes proletarios urbanos madrileños<sup>6</sup>.

El alarde del autor es conseguir que a través de las 16 horas ininterrumpidas de su obra el tiempo se convierta en el principal protagonista, asignando un ritmo a cada grupo y creando magníficas sonoridades al enfrentarlos.

*«El alcarreño comenta:*

*–Tienen más accidentes en las diversiones, que no por causa del trabajo. Más muertos hacen las fiestas que los días de labor. Así es como se las gastan los madrileños.*

*A lo que añade el pastor:*

*–Quieren coger el cielo con las manos, de tanto y tanto como ansían divertirse, y a menudo se caen y se estrellan. Da la impresión de que estuvieran locos, con esas ansias y ese desenfreno;*

*gente desesperada de la vida es lo que parecen, que no la calma ya nada más que el desarreglo y la barahúnda».*

Ellos, derrotados por su reciente pasado, son incapaces de entender que el grupo de madrileños lo que intenta es escapar de la realidad de su tiempo, bien con la bebida...

*«-[...] Sí, claro, la media trompa, simpatía de prestado. Cuando se pase, se acabó. En cuanto que baje el vino, vuelta a lo de siempre, no nos hagamos ilusiones».*

... o en el sueño:

*«-Tú no pienses en nada.*

*-¿Cómo que no?*

*-Que no te acuerdes ahora de eso.*

*-Es imposible no pensar en nada, no siendo que te duermas. Nadie puede dejar de pensar en algo constantemente.*

*-Pues duérmete, entonces».*

Desde la misma generación de los excursionistas, pero en un grupo social bien diferente, Juan Benet reflexiona: *«[...] en nuestra juventud [...] el país ofrecía muy pocas cosas y personas dignas de respeto. Por más que alguno trate ahora de pasarles al mármol, la verdad es que las grandes figuras de nuestra juventud eran todas de barro. La carencia de cosas dignas de respeto en cierto modo amplía el campo de la libertad y permite sacudir la opresión dominante por unas vías que están fuera del control de los cuerpos, organismos e instrumentos de seguridad del Estado y la familia»<sup>7</sup>*, y describe entre irónico y melancólico «las noches del sábado» de aquel *Otoño en Madrid hacia 1950*: *cena, tertulia, café, baile, prostíbulo, borrachera... cuando todavía se podía recorrer a pie toda la ciudad. Era un Tiempo de Madrid en el que «si no te metías en política [...] eras feliz [...] Jóvenes paseábamos por los bulevares. Madrid era un bulevar bañado en rojizos atardeceres...»<sup>8</sup>.*

109

Los estudiantes paseaban, midiendo la ciudad con sus pasos mientras en la *Travesía de Madrid* *«por las carreteras que escapan de la ciudad [...] abrazándola en su costado Este, obreros y bicicletas transitan cada mañana, cada atardecer, bajo el cielo sonoro que marca el comienzo y final de la jornada. Es un caminar sin sol, con los pies gastados, un pedalear de cientos de piernas, miles de piernas, una pacífica manifestación del mahón y la pana, del cáñamo, del lienzo»<sup>9</sup>.*

Ese costado Este de la ciudad cortado a tajo por el arroyo Abroñigal *«despertaba temprano, del mismo ruido de los tranvías y el metro. Los tranvías nos pasaban por la cabeza, peinándonos el último sueño, [...] y el metro nos pasaba por el duodeno, dándonos ganas de hacer una necesidad».* Recorre Umbral la ciudad de los 60 en *Los tranvías* *«que iban y venían por Narváez como la sangre por las arterias [...] Tranvías férreos y vertiginosos, como góndolas de acero en seco»<sup>10</sup> [...] cosiendo las dos mitades de Madrid. Eran como una larga y repetida puntada con la que la ciudad iba zurciéndose y completándose»<sup>11</sup>.*

Y este Gran Madrid, recrecido sobre sus periferias, repleto de peatones, bicicletas y camionetas, «*está llegando ya al medio millón de automóviles y en las academias de idiomas se habla en todas las lenguas del mundo al atardecer y en Barajas sopla un viento impaciente por llevarse los aviones a otro hemisferio [...]*». Propios y extraños intentan habituarse a la novedad y simulan no asombrarse:

«—¿De Madrid?

—De Madrid.

—Pues nosotras llevamos sólo un mes viviendo aquí.

—Ya te irás acostumbrando.

—¿Acostumbrando? ¿A qué?

—Digo yo. A todo.

—¿A todo?

—A los coches, y eso. Chica, pareces tonta.

—De tonta, nada monada»<sup>12</sup>.

110 Un millón de habitantes, la caótica ciudad que nadie sabe dónde termina, se denomina ahora Área Metropolitana. «*Las calles [...] se abrían paso, ciegas, entre el macizo inacabable de los edificios. Las calles, en realidad, daban la sensación de ser lo único consciente, intencionado, dirigido, en aquella acumulación irrazonada de casas y casas y casas y masas grises de piedra y manzanas de color ladrillo y tejados y tejados pardos y viejos, como si todas las aldeas del mundo hubiesen sido reunidas, apretadas en un solo haz que se llamaba Madrid. Gran ciudad con tejados de pueblo*»<sup>13</sup> sobre los que despuntaban las primeras antenas de televisión, «*que era una cosa que estaba recién inventada en España y se veía mucho [...] aquel cine pequeñito, que era como un NO-DO a todas horas*»<sup>14</sup>.

«*Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla*».

El malestar urbano, ya que no puede de otra forma, se refleja en el tráfico:

«*Los coches se persiguen por Madrid, se acosan con furia, se buscan en los cruces, se embisten. En Madrid hay casi medio millón de automóviles. Medio millón de hombres y de mujeres dispuestos a adelantarse unos a otros, a sorprenderse, a jugarse la vida en un semáforo*»<sup>15</sup>. El ritmo de la ciudad es ya trepidante, Madrid se atraviesa en coche o se cruza, penosamente, como inseguro peatón entre semáforos. «*[...] la calle, la inseguridad. ¿Otra vez en medio de la calle? [...] Madrid es una ciudad amable, casi recoleta, al alcance de la mano, para quien tiene dinero y un coche. Madrid puede ser una ciudad inmensa, agobiante, un desierto de asfalto, una fortaleza hostil, para quien no tiene coche ni dinero*»<sup>16</sup>.

Cuando José María Egea, mediados los años 60, en las *Citas a un juicio*, hace el balance de su vida el coche es todavía un componente esencial en su contabilidad patrimonial: «*[...] o*



*sea que estoy satisfecho [...] satisfecho por cosas menudas como todo el mundo. Por disfrutar de bienes materiales [...] yo disfruto con mi coche, con este piso, con el chalé que estoy acabando [...] con mis muebles [...]*», y sin embargo, el propio Isaac Montero, apenas transcurridos unos años, en *Árboles*, nos muestra el coche como uno de los elementos claves del monótono ritmo de la vida de un madrileño: «[...] *Miguel Delgado [...] uno de esos hombres que entre el crepúsculo y prima noche aparca su automóvil con gestos habituales y se dirige a su hogar en línea recta, con un ademán fatigado*»<sup>17</sup>. Uno de esos tres millones de ciudadanos casi todos recién llegados a la ciudad, «*casi tres millones de seres agitados por la prisa de los coches y los tranvías. Tres millones de rostros, seis millones de piernas, seis millones de manos que se sujetan a la barra del Metro, del autobús, al volante del coche, que toman recipientes del mostrador del bar, seis millones de manos que cambian monedas y las cuentan, que escriben a máquina y pulsan botones y cargan mercancías y mezclan la arena con el cemento y ordeñan vacas ciudadanas y cortan el pan y abren la puerta del ascensor y hacen girar en la cerradura la llave del piso [...]*»<sup>18</sup>.

Entrados los años 70 [...] la ciudad se deforma para convertirse en soporte del automóvil, que tras la desaparición de los tranvías se convierte en el dueño absoluto de su espacio: «*Ya las manos, los senos, las bocas, se iban abriendo a la libertad. Sólo que resultaba más difícil, penoso, caminar andando desde Cibeles a Usera, envueltos en el silencio y la soledad como hacíamos en nuestra juventud. Escalextric, pasos subterráneos, calles convertidas en garajes, marcaban el fin de los últimos nostálgicos de la noche regada por las mangueras de los barrenderos*»<sup>19</sup>. Faltos de otro espacio, el coche crea su propio ritmo, su espacio exclusivo de libertad, convirtiéndose en refugio frente a una ciudad hostil que despliega aún las flechas con su enorme yugo sobre la fachada de Alcalá/Gran Vía. «*Los alcaldes de Franco colaboraron con aplicación en la labor destructiva de la ciudad [...] La ciudad dejó de ser de todos. Las calles fueron patrimonio del orden y el orden patrimonio de unos pocos [...]*»<sup>20</sup>.

Así, tras el cristal de las ventanillas –único refugio posible–, comienza la práctica de una nueva libertad: «*[...] paseos al anochecer, en el automóvil de Marijuana, por las carreteras que le dan la vuelta a Madrid. Marijuana se deja querer, se me muere en los brazos cuando la acaricio. Paramos el coche entre los árboles y la beso largamente. No dice nada. Cuando damos aquello por acabado, se peina su largo pelo con las manos y pone el coche en marcha. Regresamos al centro de la ciudad hablando de cualquier cosa*»<sup>21</sup>.

Y de repente, en víspera de los 80, Madrid despertó: «*[...] de la noche a la mañana, especialmente por la noche, esta vieja ciudad de aluvión se puso a vomitar moda tras moda cultural [...] Acaso todo se reduce a cruzar enloquecidamente en apenas 8 años lo que otros han transitado toda una vida [...] equivocan el paso y quieren hacer deprisa y corriendo de Madrid el sucesor de Nueva York*»<sup>22</sup>. Madrid se convirtió en el reino de la nada: «*[...] el diseño fue el paroxismo de la industria y de la cultura de la nada, del telón pintado, del envoltorio brillante sin nada en*

*su interior. No hacía falta saber nada, ni hacer nada, ni construir de verdad nada sólido, necesario o tangible [...] se vivió una prosperidad ávida y alucinada, porque sólo existió en los fuegos de artificio de los especuladores y los hipnotizadores»<sup>23</sup>.*

El éxito estaba en saber moverse, pues se trata de estar en todas partes, y nadie abandonaba ya el coche. La Castellana, eje central del tráfico, recupera su papel de arroyo, lugar perverso, cuando Almudena Grandes nos describe, semáforo tras semáforo, la felación a Pablo: «[...] habíamos empezado a ir mucho más despacio, nos movíamos continuamente de un lado a otro, cambiando de carril [...] Nos paramos. Un semáforo [...] intenté calcular dónde estábamos. Un puente metálico cruzaba la calle, en dirección perpendicular a la nuestra [...] Me la metí en la boca y empecé a moverme sobre ella, de arriba abajo, mecánicamente [...] habíamos llegado a Colón [...] El motor se detuvo [...] me cogió de la barbilla [...] me abrazó y me besó»<sup>24</sup>, o cuando Javier Marías narra la secuencia de prostitución: «Entonces ella se inclinó y apoyó en seguida un codo sobre la ventanilla bajada [...] Sube, dije yo, y abrí la puerta [...] Venga, sube, dije, y di una palmada sobre el asiento vacío de mi derecha [...] Conduje en silencio por la Castellana [...] Conduje en silencio porque miraba a la puta con el rabillo del ojo [...] ¿Cómo te llamas?, le pregunté yo a la puta al final de la Castellana cuando daba la vuelta para recorrerla de nuevo en sentido inverso [...] Qué te parece si vamos un poco al asiento de atrás [...] Ella me miró y se sacó el chicle. Esta vez abrió la ventanilla y lo tiró a la acera»<sup>25</sup>.

112

*Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma.*

La «Movida» no fue publicada en el BOE, pero sí proclamada oficialmente por el alcalde de la ciudad en el Pregón de Carnaval de 1983: «Tengamos, pues, días de fiesta, algazara y abierta diversión, según conviene a público tan alegre, discreto y a la vez bullicioso como el de Madrid»<sup>26</sup>. Seis meses antes de su inesperada muerte, el querido profesor trataba de explicar el efecto de sus palabras: «“Madrid me mata” quiere decir, entendiéndolo en la jerga juvenil, que Madrid en estos años 80 es tanto y tan entrañable que realmente me vence y me desborda [...] Madrid, apenas hace diez años, era poco más que un signo en el mapa, una realidad cartográfica más que una realidad vital»<sup>27</sup>. O más sofisticadamente, Juan Miguel Hernández de León, Profesor de Estética de la Escuela de Arquitectura y Director General de Cultura de la Comunidad de Madrid, explicaba que «la Movida puede que haya surgido de un cambio de sensibilidad, ya que hay una sensibilidad común a las distintas manifestaciones creativas»<sup>28</sup>, y el propio Ministro de Cultura afirmaba: «Madrid es ahora una ciudad enormemente viva, muy lúdica [...] estamos superando la modernidad, pasando a la post-modernidad, que es algo que tiene una definición muy difícil. Es un camino que no se sabe muy bien a dónde lleva, pero que sin duda se practica»<sup>29</sup>.

¿Qué pasó realmente? «En mayo de 1976, los madrileños recuperaron de nuevo sus festividades locales [...] Fueron apareciendo, con las caras pálidas, las guedejas largas y las

*barbas canas [...] aquellos santos varones que venían desencajados de la larga vigilia del cuerpo y la mente les pedía “marcha” [...] y descubrieron de golpe la droga, el sexo y el rock and roll con furor de conversos»<sup>30</sup>. Y «En las calles de Madrid toparon nuestros héroes con una basca marginal que les miraba de reojo [...] El penéne de Estética y el camello vallecano se miraron a los ojos y se enamoraron [...] se rozaron hasta casi hacerse daño punkis y pintores de vanguardia, dibujantes de tebeos y hippies, vendedores de ropa, exlegionarios grifotas y filósofos de la Complutense, travestidos de San Idelfonso y estudiosos de Semiótica [...] la ambigüedad, la confusión, el caos y la entropía cabalgan portando las trompas del Apocalipsis [...] la escatológica danza de la muerte “Madrid me mata”»<sup>31</sup>.*

Pero, en realidad, si de algo se moría en Madrid era de frivolidad. Moncho Alpuente reconocería en *Todo ha sido muy divertido: la frase “Madrid me mata” se nos ocurrió como slogan para hacer una camiseta [...] después la radio [...] la revista...*” O el director de *La Luna de Madrid*, que también confesaría: «[...] hicimos unas risas sacando esta revista a la calle [...] pensando que era absurdo que un tiempo se convirtiera en otro sin hacerle por lo menos un retrato [...] la “postmodernidad” cayó en nuestros inexpertos brazos [...] Así hemos llegado a donde ahora estamos. Se apagaron las luces y ya nadie sabe muy bien en qué posición se encuentra [...]»<sup>32</sup>. Y es así como algunos empiezan a ver *La movida inmóvil*: «Ellos, los de la Movida, corren, se desplazan ruidosos pero sigilosos huyendo de su sombra y de su eco y llegando siempre tarde. Creyéndose posmodernos [...] Si acaso, presiniestros»<sup>33</sup>.

113

El ritmo se tornó excesivo, agotador, y al retirarse la marea «[...] dejando pecios: recipientes de cerveza, papeles húmedos, virutas de cristal. Un trío de coches, siempre distinto, siempre el mismo, hacía guardia sobre el asfalto, él, era el único peatón»<sup>34</sup> de este «Madrid, liberado y ruinoso ante los ojos ajenos que descubren esta ciudad sin límites (porque donde acaba la ciudad no empieza nada) [...] exigen que tan trepidante panorama se concrete en algo, sin darse cuenta de que en Madrid lo mejor es el panorama»<sup>35</sup>.

Pero esta reflexión nos lleva de nuevo al primer movimiento, retomando el tema inicial de *La colmena*. La sinfonía se cierra sobre sí misma y repite su *adagio*, esta vez como *fuga y finale*:

*«En el aire de Alcobendas el hormigón vuela y expulsa chorros de direcciones, ruido y aspereza. Devora tiempo. El exceso, barroco, se manifiesta implacable, puro y de una belleza excelsa. Circulan los momentos y arden aceleradas entropías. La esquiva máquina de matar es la instantánea e incesante protagonista del momento. En el vértigo, se supone que los enlatados conductores aciertan en la distribución de sus afanes y placeres. La vida padece clausura y exilio»<sup>36</sup> en el Cruce de la M-40 y la carretera de Burgos.*

*—Por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid.*

## NOTAS

- <sup>1</sup> Dámaso Alonso, *Insomnio. Los hijos de la ira*, 1944.
- <sup>2</sup> Camilo José Cela, *La Colmena*, Ed. Cátedra, 9.ª edición, Madrid, 1996, págs. 45 y 48.
- <sup>3</sup> Alfonso Rey, *Construcción y sentido de Tiempo de silencio*, José Porrúa Editor, Madrid, 1977, págs. 58-195 y 210.
- <sup>4</sup> Luis Martín Santos, *Tiempo de silencio*, Seix Barral, Barcelona 9.ª edición 1973, págs. 29-61-64-93-212 y 239.
- <sup>5</sup> Darío Villanueva, *El Jarama de Sánchez Ferlosio, su estructura y significado*, Editorial de la Universidad de Santiago de Compostela, 1973, citando a J. Fernández Figueroa: «Notas acerca de la novela contemporánea española», *Índice* n.º 173, mayo 1963, pág. 11.
- <sup>6</sup> Darío Villanueva, *op. cit.*, pág. 126
- <sup>7</sup> Juan Benet, *Otoño en Madrid hacia 1950*, Alianza Tres, Madrid, 1987, pág. 91.
- <sup>8</sup> Andrés Sorel, «Tiempo de Madrid», en *Villa de Madrid*, 1988. Monográfico sobre Nueva Cultura Madrileña, págs. 26-27.
- <sup>9</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid*, Ed. Destino, Barcelona, 1966, págs. 222-223.
- <sup>10</sup> Francisco Umbral, *Los Tranvías*, en *Trilogía de Madrid*, Ed. Planeta, Barcelona, 1996, págs. 19-44.
- <sup>11</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, pág. 171.
- <sup>12</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, págs. 18 y 99.
- <sup>13</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, págs. 80-81.
- <sup>14</sup> Francisco Umbral, *Los Tranvías, op. cit.*, pág. 23.
- <sup>15</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, pág. 23.
- <sup>16</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, pág. 129.
- <sup>17</sup> Isaac Montero, «Citas a un juicio», en *Documentos secretos*, Ed. Anaya-Mario Muchnik, Madrid, 1995, pág. 205, y «Árboles», *Documentos secretos*, pág. 6.
- <sup>18</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, págs. 207-208.
- 114 <sup>19</sup> Andrés Sorel, *op. cit.*, pág. 6.
- <sup>20</sup> Moncho Alpuente, «Madrid me mata», *La Luna de Madrid* n.º 3, enero 1984, pág. 68.
- <sup>21</sup> Francisco Umbral, *Travesía de Madrid, op. cit.*, pág. 139.
- <sup>22</sup> Juan Cueto, «La implosion de Madrid», *ALFOZ* n.º 7-8, 1984, pág. 78.
- <sup>23</sup> Antonio Muñoz Molina, *Siglos de diseño*, El País, 8 de marzo de 1995.
- <sup>24</sup> Almudena Grandes, *Las edades de Lulú*, Tusquets Editores, Barcelona, 22 edición, 1996, págs. Juan García Hortelano, *El gran momento de Mary Tribune*, Cátedra, Madrid, 1990.
- <sup>25</sup> Javier Marías, *Mañana en la batalla piensa en mí*, Anagrama, Madrid, 1994, págs. 210-227.
- <sup>26</sup> Enrique Tierno Galván, *Bandos del Alcalde Presidente*, Ayuntamiento de Madrid. Imprenta municipal, años 1979/1983.
- <sup>27</sup> Antonio Sánchez «Querido Profesor», *Madrid me mata*, Especial San Isidro, 1985 pág. 25.
- <sup>28</sup> Manolo Blanco y Vicente Paton, Entrevista, *La Luna de Madrid*, n.º 7, mayo 1984, pág. 38 .
- <sup>29</sup> Paco Morales, «¿Qué esperabas del despacho de un ministro», *La Luna de Madrid*, n.º 15, febrero 1985, pág. 35.
- <sup>30</sup> Moncho Alpuente, «Madrid me mata», *La Luna de Madrid*, n.º 3, 1984, pág. 68.
- <sup>31</sup> Juan Cueto, *Huir de la fuga*.
- <sup>32</sup> Moncho Alpuente, «Todo ha sido muy divertido», *La Luna de Madrid*, n.º 13, 1984, pág. 15, y Borja Casani, «El estado de las cosas», *La Luna de Madrid*, n.º 16, 1985, pág. 7.
- <sup>33</sup> Fernando Trueba, «La movida inmóvil», *La Luna de Madrid*, n.º 5, 1984, pág. 50.
- <sup>34</sup> Belén Gopegui, *La escala de los mapas*, Anagrama, Barcelona, 1993, pág. 137.
- <sup>35</sup> Boja Casani Madrid, «Ciudad fronteriza», *ALFOZ*, n.º 7-8, 1984, pág. 79.
- <sup>36</sup> Lucho Mikel, «Cruce de la M-40 y la carretera de Burgos. Espacios arquitectónicos, tiempo histórico», *Papeles de la FIM*, n.º 3, 1995, págs. 17-18.



POSFOLIO

## EL PATRIMONIO EN EL TIEMPO

Marina Waisman

*La profesora Marina Waisman, historiadora, crítica de arquitectura y académica de Bellas Artes de Argentina, analiza en estas líneas los nuevos significados del patrimonio a la luz de los cambios históricos de la segunda mitad del siglo xx. Astrágalo lo reproduce como recuerdo a la memoria de una de las personalidades más agudas en el panorama iberoamericano del pensamiento y la historia de la arquitectura.*

**E**l concepto de patrimonio es un concepto cultural, y por ende de carácter histórico; inmerso en el transcurrir del tiempo, queda sujeto a las mutaciones que este transcurrir implica. Es menester, por tanto, revisar una y otra vez su significado, a medida que el curso de la historia así lo exige. El presente texto es un ensayo de analizar esos nuevos significados a la luz de ciertos cambios históricos ocurridos a lo largo de la segunda mitad de este siglo, que se han hecho cada vez más evidentes en los últimos tiempos. A ese efecto, distinguiré tres ámbitos principales en los que a mi juicio se han producido cambios que afectan al concepto de patrimonio: el ámbito de la historia social, el de los paradigmas del pensamiento filosófico y el conocimiento científico, y el del universo informático.

115

Las transformaciones sociales ocurridas en gran parte de este siglo, las que a su vez entrañan transformaciones culturales, pueden advertirse tanto a escala mundial como en el interior de los países. Pues a partir de los procesos de descolonización, naciones que habían permanecido en la órbita cultural de Occidente reivindicaron el valor de sus propias culturas y de su propia identidad; por otra parte, desde la década del 60 grupos sociales que se sentían marginados en sus respectivos países reclamaron su derecho a una definición cultural propia; por último, en tiempos recientes las migraciones masivas causadas por las guerras o la miseria han originado profundos cambios en la composición de la población de los países centrales. Se pusieron en evidencia así diversas subculturas y complejas situaciones en el seno de culturas que habían aparecido históricamente como unitarias. Simultáneamente, el

modelo moderno de desarrollo científico, cultural y artístico entraba en crisis, en parte debido a esas mismas transformaciones que desvelaban la cara opresora de la racionalidad moderna.

Las consecuencias de tales cambios para el tema que nos ocupa —cambios que implicaron la pérdida de la hegemonía absoluta del modelo cultural europeo— se expresaron en los países no centrales mediante la emancipación con respecto a los valores monumentales propios de la tradición arquitectónica y urbana europea. (El florecimiento de una historiografía latinoamericana de la arquitectura basada en pautas propias de valoración así lo atestiguan.)

Y por otro lado, a nivel más general, se expresó en algo que podría calificarse como un proceso de «democratización» de la historia, con el reconocimiento del valor de un patrimonio que representara ya no exclusivamente a las grandes instituciones sino al complejo conjunto de cada comunidad. Los cambios en la ciencia historiográfica coadyudaron sin duda a esta transformación: el acento puesto en la historia de las sociedades en lugar de los acontecimientos políticos encontró su paralelo en la historiografía arquitectónica. Así, ingresaron al campo patrimonial el tejido urbano y rural, la arquitectura industrial, los ambientes urbanos, todo aquello que se ha llamado el *patrimonio no-monumental*, objeto de especial interés en nuestra América, dadas las características de nuestro patrimonio. El patrimonio, así, se convierte en el testimonio de la vida de un pueblo, antes que en un conjunto de objetos de elevado valor arquitectónico, de carácter museístico más que vital.

116

## **Globalización**

La tendencia a la globalización del mundo parece haber producido, como reacción, una exaltación de las reivindicaciones locales o regionales, y la actual situación en países del Este europeo es una dramática prueba de esto.

En el terreno de la arquitectura, la contradicción entre internacionalismo y localismo, entre la «aldea global» y cada una de las «aldeas» particulares permanece viva, con el péndulo inclinándose ya a uno o a otro de los extremos. En América Latina, sin embargo, una importante corriente del pensamiento y la práctica arquitectónica han transmutado esa contradicción en tensión creativa, a través de la fórmula de una «modernidad apropiada» (Fernández Cox), con la que se asume la complejidad de una actitud en la que la aceptación de situaciones locales no implica el rechazo de la condición moderna y de los valores universales.

En lo referente al patrimonio, el peso de las fuerzas locales, sin duda acentuado por la necesidad de afirmar una identidad propia, ha ayudado a la valoración de un patrimonio que puede o no tener vigencia a escala internacional, pero que se considera significativo a escala local o regional. El reconocimiento de tales valores ha enriquecido el acervo patrimonial de las regiones no centrales, contribuyendo a definir perfiles culturales particulares.

Asimismo, se hace evidente, en la mayoría de los países de América Latina, la contradicción entre las consecuencias del sistema económico-financiero global, que hace que gran parte de los gobiernos se retiren de la tutela de su patrimonio (a menos que éste sea fuente de recursos a través del turismo) mientras crece entre la población la conciencia de la importancia de los valores patrimoniales como apoyo a la búsqueda de identidad.

La expansión del Neoliberalismo, a consecuencias de la cual el Estado, custodio natural de los bienes patrimoniales, tiende a perder protagonismo, pone en mayor peligro un patrimonio ya amenazado de antiguo por la falta de recursos y de decisiones políticas. La situación es muy diversa en los distintos países de América Latina, pues en algunos de ellos (Colombia, México) existe ya una tradición referida al cuidado del patrimonio, pero debe afirmarse una vez más lo que es ya un lugar común, esto es, que en la comunidad misma es donde reside la verdadera fuerza capaz de mantener vivo su patrimonio.

Por otra parte, las visiones totalizantes del mundo, que en la sociedad tradicional tenían como base simbolizaciones, o bien dispositivos políticos, se efectúan ahora por procedimientos instrumentales y tecnológicos, que funcionan de manera abstracta e impersonal. Las fuerzas económicas, antaño ligadas estrechamente a las necesidades de la producción y del consumo, constituyen hoy una red autónoma que se rige por sus propias leyes, indiferente a los destinos de la producción a la que supuestamente está dedicada a sostener.

Es éste un proceso que en última instancia desvaloriza al individuo, cuya identidad se diluye bajo el efecto del número. Disueltas o debilitadas las instituciones y los valores simbólicos que daban marco a la vida individual (clases sociales e ideologías políticas, entre otras), el ser humano queda abandonado a sí mismo, «perdido en el aparato» (Jaspers).

117

Una de las paradójicas consecuencias de esta situación es la aparición de procesos de desmasificación, de descentralización, que desembocan, en parte, en una exacerbación del individualismo, hasta tal punto que se habla de una segunda revolución individualista (Balkandier, Lipovetsky).

La presencia del patrimonio, como evocación y afirmación de una memoria colectiva, como nexo entre individuos que comparten una historia común, puede resultar un instrumento útil para restablecer, al menos en parte, el equilibrio entre totalidad abstracta e individualismo patológico.

La pérdida de preeminencia del paradigma del conocimiento que puede caracterizarse como mecanicista, racional, newtoniano o cartesiano, y su sustitución por una visión del mundo en la que se admiten lo imprevisible, el indeterminismo, la complejidad, una concepción en la que el tiempo desempeña un papel fundamental, tiene implicancias quizás menos manifiestas en el concepto de patrimonio que las señaladas en el punto anterior (y por tanto en el tratamiento de éste), pero sin duda más profundas, pues hacen a su condición existencial, a su modo de «estar en el mundo».

## Complejidad

Uno de los rasgos del nuevo paradigma es el reconocimiento de la complejidad, que se opone a los diversos reduccionismos y simplificaciones. El principio de complejidad ataca el tipo de pensamiento mutilante que separa y clasifica los elementos de un fenómeno estudiándolos como partes aisladas del todo. Si se toma en consideración que el hombre es un ser bio-socio-cultural, y los fenómenos sociales son también, asu vez, multidimensionales, se ha de reconocer la imposibilidad de conocer un fenómeno –y en particular un fenómeno no cultural– a través de sus partes tomadas como entes autónomos; se ha de aceptar la necesidad de observar sus distintos aspectos integrados en un todo, privilegiando las diferencias, para establecer un diálogo menos mutilante con la realidad. Es éste un tipo de conocimiento que implicará siempre una cuota de incertidumbre y de contradicción, inconcebibles en el pensamiento mecanicista, que supone la total cognoscibilidad del mundo por medio de la razón. Un paradigma de la complejidad, así, en lugar de reducir lo complejo a lo simple, integraría lo simple a lo complejo (Morin).

118 De acuerdo con esto, el edificio patrimonial no podrá ser entendido en base a algunas de sus cualidades con abstracción de las demás. No podrá ser considerado meramente como un objeto artístico o como un testimonio histórico, mirando a un aspecto aislado de su condición: deberá ser estudiado y tratado como un complejo en el que coexisten la materia y su organización, los significados culturales y los valores estéticos, la memoria social, el papel urbano, las funciones pasadas y presentes, etc., etc. En consecuencia, su preservación deberá significar mucho más que la presencia de un objeto apto para el consumo turístico o estético.

### El contexto

Este modo de entender la realidad implica asimismo que en el universo nada existe o tiene sentido si no es en relación a aquello que lo rodea y al todo que lo contiene. Este todo merece una consideración especial, pues de acuerdo con el principio de emergencia, en el todo emerge algo nuevo, algo que no estaba presente en los elementos que lo formaron: las propiedades del todo son específicas y diferentes de las de sus partes.

Si trasladamos estos conceptos a la consideración del patrimonio, surgen ricas consecuencias: por una parte, que el elemento patrimonial adquiere su verdadero sentido solamente en su relación con su entorno (físico o cultural), pero, paralelamente, que a su vez el ambiente mismo adquiere su sentido a partir de su relación con el elemento patrimonial: que ambos cobran significado uno en función del otro. Más aún, que la unión de ambas partes da lugar a un significado que no existía en cada una de ellas.

Un edificio histórico, por ejemplo una gran iglesia, que ha perdido su entorno original y se halla hoy en el seno de un ámbito moderno, perdió también su significado urbano primero aun cuando mantenga su función religiosa; pero adquirió el nuevo significado de constituir una marca



histórica en ese nuevo entorno (significado que antes no poseía); en tanto que el entorno moderno, a su vez, ve remarcada su modernidad —que de otra manera podría permanecer inadvertida o resultar poco significativa— por la presencia del pasado en su seno. En el conjunto de ambos, además, aparece la rica complejidad de un mundo en el que está presente la historia, complejidad de la que carece cada uno de los protagonistas separadamente.

De aquí podría deducirse que la condición patrimonial reside precisamente en la relación entre el elemento patrimonial y su entorno, entre lo nuevo y lo viejo, puesto que en este conjunto emergen nuevos significados, inexistentes en las partes separadas, significados que son aquellos que en adelante se percibirán como valores históricos o elementos de identidad urbana.

Puede fácilmente imaginarse que el tratamiento de un elemento patrimonial desde esta perspectiva adquiere matices de gran interés, que involucran directamente a su entorno y superan de lejos la mera conservación edilicia. *El mantenimiento del carácter de la relación entre lo viejo y lo nuevo se convierte en el eje de la cuestión.*

La relación entre los *centros históricos* de las ciudades y sus partes modernas ha de entenderse asimismo desde esta perspectiva. El centro histórico no debiera aparecer como un objeto extraño enquistado en el cuerpo de la ciudad moderna, sino como una parte constituyente de un todo, un todo enriquecido por el diálogo entre lo nuevo y lo viejo.

Para que ese diálogo sea posible resulta indispensable mantener la continuidad de la vida urbana entre ambos sectores. Esto parece muy difícil de lograr en la mayoría de las ciudades latinoamericanas con valiosos centros históricos, en las que la tugurización, el abandono o, en ocasiones, políticas equivocadamente conservacionistas dificultan una integración orgánica. La integración se da con mayor facilidad en los que alguna vez he llamado centros *históricos no consolidados*, en los que alternan en un mismo ámbito edificios de diversos períodos históricos, sin un sólido tejido histórico que los contenga, y el diálogo se da casi naturalmente a través de una vida urbana que comparten. 119

## **El tiempo cósmico**

En el viejo paradigma el mundo es concebido como un autómatas *atemporal*, la imagen del universo es la de un gran artefacto mecánico, eterno e inmutable en su funcionamiento. En tanto, en el nuevo paradigma el *tiempo* impregna toda la realidad: nada existe fuera del tiempo, que es irreversible y sigue la dirección que marca la segunda ley de la termodinámica, esto es, la de la creciente entropía, la dirección hacia el desorden, hacia la desorganización. (En el mundo social y biológico, por el contrario, aumentan la organización y la complejidad, constituyéndose así en fuerzas de sentido contrario que impiden la caída definitiva en la desorganización.) Se ha hablado de *la flecha del tiempo* para expresar el carácter dinámico, direccional, irreversible, del tiempo.

En el antiguo paradigma, pues, el tiempo no afectaba a los fenómenos. En tanto que en un universo inmerso en «la flecha del tiempo» nada puede concebirse fuera de él, todos los fenómenos quedan afectados por la dinámica del tiempo. Pero el tiempo, a su vez, puede ser considerado desde diversos puntos de vista.

## El tiempo histórico

En el campo de la *Historia* el tiempo aparecía tradicionalmente como lineal y unitario. Pero desde que Fernand Braudel describió la naturaleza compleja del tiempo histórico, éste ya no puede leerse como una línea única. Braudel distinguió distintos tipos de *duración histórica*: larga, media y corta, que corresponden a otros tantos tipos de desarrollo histórico. La *larga duración* se refiere a amplias estructuras casi inmóviles en el tiempo (marcos geográficos, estructuras mentales, por ejemplo); la *duración media* expresa ciclos de menor duración, que pueden alcanzar algunas decenas de años, y a su vez la corta duración es la que corresponde al acontecimiento, al hecho aislado.

Esta concepción del tiempo múltiple puede ayudar a comprender el modo de vida del monumento en el seno de la ciudad, el que podría describirse como compuesto por una duración más larga, la del monumento mismo, inserta en una duración media, la del medio físico que lo rodea, y en otra más breve, la de los variados modos de uso del espacio urbano.

- 120 La presencia del monumento, en efecto, persiste durante siglos, en tanto que su entorno «moderno» se va renovando, según las culturas y las épocas, en el lapso de decenios. A su vez, los hábitos sociales, los modos de uso del espacio urbano, pueden tomar el carácter de acontecimientos puntuales o casi puntuales, que se van tornando progresivamente más breves a medida que avanza el siglo. Pero además unos hábitos aparentemente idénticos en la forma, unos usos del espacio público tradicionales (como pueden ser los autos sacramentales en el frente de las catedrales, o los torneos y desfiles en las plazas cívicas), cambian profundamente sus significados, al dejar de ser actos religiosos o cívicos para convertirse en espectáculos con función turística.

En las ciudades latinoamericanas las diferencias de duración se hacen más agudas que en las antiguas ciudades europeas, pues en ellas coexiste el paso regular de la historia con el predominio de la corta duración, del acontecimiento, que caracteriza a la superficie del su tiempo. En estas ciudades la constante destrucción/construcción de edificios, las intervenciones urbanas puntuales, especie de borradores de ciudad nunca concluidos, superponiéndose interminablemente, crean un tejido móvil, que se asienta (o quizás debería decirse que flota) sobre las trazas antiguas, sobre las permanencias a veces casi irreconocibles que subyacen bajo esa superficie inestable.

De ahí que a la complejidad del tiempo en que viven los edificios deba agregarse esta complejidad del tiempo urbano. El significado del elemento patrimonial, pues, no solamente se mutila si

se lo considera atemporalmente, como algo dado de una vez para siempre, sino que para su cabal comprensión ha de leerse en el entrecruzamiento de esas desiguales líneas de temporalidad.

## **El tiempo vivido**

El tema del tiempo, en lo que a nuestra cuestión compete, puede examinarse bajo muchos aspectos. Uno de ellos es la diferencia entre el *tiempo del reloj* y el *tiempo de la experiencia*, esto es, entre el tiempo medido y el tiempo vivido. En la comprensión del elemento patrimonial suele predominar el segundo de estos tiempos, por más que se citen fechas y datos precisos acerca de la edad cronológica del edificio, puesto que el tiempo de la experiencia es el que otorga significado al monumento, por lo que varía para cada generación que está en su presencia. Es sabido que no hay una manera puramente objetiva de percibir una cosa: con nuestra observación *construimos una realidad, tanto inventamos como descubrimos* la realidad.

Debe agregarse a esta consideración el hecho de que el significado de la arquitectura es un significado cultural, por lo que en su lectura, a más de las intenciones del arquitecto y la carga cultural de su propio ambiente, encontramos cada vez el espesor que la historia ha ido agregando, con lo que el primitivo significado se ha transformado, ha sufrido olvidos, ha adquirido nuevas memorias, despierta resonancias inéditas y cambiantes.

(Si quisiera dar un ejemplo significativo de lo que implica el tiempo vivido y la carga histórica para la comprensión de la arquitectura quizás nada sería más claro que la lectura de la arquitectura neoclásica: para gentes de mi generación resucitar el Neoclasicismo trae inevitablemente ecos de nazifascismo; para generaciones sucesivas esa carga histórica no es legible y pueden mirar las obras de Albert Speer o aceptar ciertas propuestas posmodernas sin experimentar el rechazo profundo que a algunos nos producen.)

121

También el mito actúa dando forma especial a la visión del patrimonio: en la Argentina, por ejemplo, todo edificio al que se quiere asignar popularmente un valor es calificado como «colonial», así sea del siglo XIX o aun de comienzos del XX: pues para el ciudadano corriente lo verdaderamente digno de ser considerado histórico es lo colonial: su tiempo imaginado no coincide con el tiempo medido.

## **El tiempo informático**

Hasta aquí he hablado del tiempo cósmico, del tiempo histórico y del tiempo vivido. En todos ellos reconocemos el carácter de dinamismo, el movimiento, la fuerte direccionalidad, como asimismo *la presencia de un espacio* que desarrolla su existencia en el tiempo. Pues bien, si algo pudiera hacer evidente la vigencia del *principio de complejidad* reconocido en los nuevos modos de pensamiento es la condición del *tiempo percibido en el universo informático* en que estamos inmersos.

Pues el tiempo de la informática es, paradójicamente, un tiempo que no se despliega, que parece instalado en el presente; a través de su manipulación por los medios de difusión masiva, en particular de la televisión, la historia se presentifica, se achata en un puro presente. La dinámica del tiempo parece cambiarse por una agitación inútil, por un movimiento por el movimiento mismo. Además, al abolir la materialidad, sustituida por la mera imagen, o, más aún, por el simulacro, se anula la relación tiempo/espacio, se *suprime el espacio*.

La lógica del simulacro convierte antiguas realidades en imágenes audiovisuales, escamoteando así el pasado, con lo que hace inviable todo proyecto de futuro, pues sin pasado no hay presente ni tiene significado el porvenir.

Así *tiempo y espacio*, las coordenadas que permiten al individuo representarse su situación con relación a la totalidad, se disuelven, dejándolo perdido en el vacío. Y ésta ha sido llamada, precisamente, la *era del vacío* (Lipovetsky).

Contemporáneamente, el carácter del espacio urbano de las metrópolis se ha transformado de tal modo, que su aprehensión y su representación son ya imposibles con los medios tradicionales de precepción. La complejidad de los sistemas de funcionamiento de la vida urbana, el desorden espacial, el descentramiento, la multiplicidad étnica y social, la coexistencia de modos de vida formales e informales, las discontinuidades, la extensión ilimitada, componen una situación que exige la creación de nuevas herramientas perceptivas (Jameson).

122

La experiencia de semejante presente, la angustia que provoca la desorientación y el vacío producen por una parte el abandono de la lucha, las expresiones que se ha llamado *débiles* en arquitectura o en otros ámbitos de creatividad.

Pero por otro lado incitan al habitante a intentar restablecer de algún modo un orden de referencia, a reconstituir imaginariamente el fluir del tiempo histórico y a reconocer o reinstalar la memoria de los lugares. La *nostalgia* es uno de los síntomas más visibles e inmediatos de esas búsquedas, el intento vano de regresar a un tiempo en el que las vidas parecían tener un sentido más claro. Pero las modas retro, las películas en atmósfera de los años 20 ó 40, la «recuperación» de figuras políticas o artísticas de aquellos años, etc., etc., no hacen más que sustituir un pasado real, una vez más, por un simulacro; esto es, por la imagen de una realidad que nunca existió. No parece fácil restaurar la corriente de la historia a partir de tales experiencias.

En la arquitectura se han producido diferentes intentos en esta dirección. Por una parte la representación del pasado mediante estereotipos o simulacros, en el llamado «posmodernismo», que no hizo más que añadir agitación a la superficie del tiempo sin alcanzar un verdadero anclaje con el pasado ni una proyección hacia el futuro. Por otro lado la orientación hacia la búsqueda de tradiciones y valores locales o regionales cuyo desarrollo hacia el futuro permitiera establecer una continuidad cultural, reconstruir el movimiento del tiempo histórico desde un espacio

real, conciliando tradición con modernidad. Por último, la recuperación del patrimonio arquitectónico y urbano, los que aparecen como puntos de referencia invaluable en este universo hábil y difuso.

Los elementos patrimoniales adquieren así un sentido y una función particulares que trasciende lo estético o lo estrictamente testimonial para convertirse en un *núcleo de orden* –temporal y espacial–, en una valla frente al avance del desorden representado por el olvido y por la pérdida del sentido del lugar. Frente a la sustitución del tiempo natural por el tiempo informático, a la anulación de la relación tiempo/espacio, a la presentificación de la historia y la consiguiente pérdida de la experiencia del pasado y la esperanza del futuro, frente a un mundo poblado de simulacros y despoblado de realidades, la presencia del patrimonio representa un anclaje, un punto de referencia desde el cual intentar la comprensión de la totalidad.

La permanencia profunda bajo la superficie de los cambios, la continuidad mantenida durante las transformaciones, ha sido interrumpida por «el pensamiento moderno, que capta todas las cosas bajo el aspecto del movimiento. Este tiempo ha sido el tiempo del pensamiento desarmado, deshecho, impotente para hacer inteligible un mundo donde la única certeza es la del movimiento» (Balandier).

Este pensamiento moderno, que ha caracterizado a un mundo «desencantado», está siendo sustituido por un pensamiento holístico, que aspira al «reencantamiento» del mundo. La presencia viva del patrimonio arquitectónico y urbano, que afirma la continuidad del tiempo y de las tradiciones culturales, que materializa el espacio en disolución al otorgar sentido a los lugares, que se une al desarrollo de la vida urbana para crear una y otra vez nuevos significados, es sin duda uno de los instrumentos válidos para el avance de este proceso, para la búsqueda de un mundo reencantado. ©

123

---

## BIBLIOGRAFÍA

- Fernand Braudel, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Ed., Madrid, 1968.
- Umberto Eco y otros, *La nueva Edad Media*, Alianza Ed., Madrid, 1974.
- Luis Fernández-Galiano, *El fuego y la memoria*, Alianza Ed., Madrid, 1991.
- Cristian Fernández-Cox, «Hacia una Modernidad apropiada: factores y desafíos internos», en A.A.V.V., *Arquitectura Latinoamericana. Pensamiento y Propuesta*, Summa, UNAM México y otros, 1991.
- Cayo García, Curso sobre *Los nuevos paradigmas del pensamiento*, Universidad Católica de Córdoba, 1993. Inédito.
- Frederic Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós Studio, Buenos Aires, 1992.
- Karl Jaspers, *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, Ed. Labor, Barcelona, 1933.
- Guilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1986.

# ENGLISH INDEX AND SUMMARIES

---



## PUBLIC CITY AND PRIVATE CITY

### THE TEACHING OF THE CITY

Angelique Trachana

The essence of the *polis* like a community that evolves in knowledge, conceived in the classical philosophy, is contrasted with the learnings that organize nowadays the city.

### THE CIRCULAR CITY AS A THEORETICAL PATTERN

Roberto Goycoolea Prado

The theoretical archetype of the circular city symbolizes the essential qualities of the city in its conceptualization and therefore its habitability.

### THE GRID AND THE IDENTITY SIGNS OF THE LATINAMERICAN HERITAGE

Fernando de Terán

124 The grid as a characteristic pattern of the city in the american colonial context, represents the permanence and the legibility of the urban space and identifies itself with its values becoming the paradigma for future realities.

### CITY AND MARKET

#### Delocation versus dispersion

José Miguel de Prada Poole

The primitive idea of the market continues defining the basic parameters of the urban organization. In defense of the necessity of grouping and the urban density, the author promotes the idea of optimizing the new technologies of communication.

### THE FUTURE OF THE CITY IN THE GOLDEN LAND

Francisco Javier Sánchez Merina

The Disney parks constitute the utopian solution to the urban problems as an epitome of the multinational capitalism. Within the discursive field of posmodernism, that represents the cultural situation of the society of consumism and leisure, the Disney parks as a cultural production are the expression of the economic activity.

## OPEN FORUM

### **PLANES, GRADES, LEVELS**

**Juan Ramón Jiménez**

An incisive comment over the situation of the spanish poetry.

### **THE OTHER PLACES**

**Michel Foucault**

A reflection over the places where the functions and the perceptions are diverted respect the places where the human life ocures.

## REVIEW OF PUBLICATIONS

### **A VISIT TO BABEL**

**Roberto Fernández**

Néstor García Canclini, *Consumers and Citizens. Multicultural conflicts of globalization*. Grijalbo Ed., México, 1995, 198 pags.

125

### **THE PLANNING ACCORDING ITS ARTISTIC FOUNDATIONS**

**Carmen Gavira**

Camillo Sitte, *L'art de batir les villes. L'urbanisme selon ses fondements artistiques*. Editions du Seuil, Collection Essais, Paris, 1996, 196 pags.

### **CERDÁ. FIVE PRINCIPLES OF THE GENERAL THEORY OF URBANIZATION**

**C. G.**

Arturo Soria y Puig (compiler), *Cerdá. Five principles of the general theory of urbanization*. S. E. Electa España S.A. Ed., Madrid, 1996, 447 pags.

### **THE GERMANY SIELDUNGEN OF THE TWENTIES**

**José Laborda Yneva**

V.V.A.A., *The germany Sieldungen of the twenties. Frankfurt, Berlin, Hamburg*. Colegio de Arquitectos de Valladolid, Valladolid, 1995, 317 pags.

## **REPORT OF EVENTS**

### **MADRID: THE TRANSFIGURATION OF THE VILLAGE**

**Antonio Fernández-Alba**

Lecture wrote for *City and Poets: An International, Interdisciplinary Symposium of Urban Cultures in Spain and Latin America*, celebrated in The King Juan Carlos I of Spain Center of New York.

### **URBAN SUMPHONY: MADRID 1940-1990**

**Essay about the literary rhythm from the «movement»  
to the «movida»  
Carmen Gavira**

Lecture given in *City and Poets: An International, Interdisciplinary Symposium of Urban Cultures in Spain and Latin America*, celebrated in The King Juan Carlos I of Spain Center of New York.

## **POST-SCRIPTUM**

126

### **HERITAGE IN TIME**

**Marina Waisman**

The professor Marina Waisman, historer, architecture critic and member of the Fine Arts Academy of Argentine, analyzes in these lines the new significances of the Heritage under the light of historical changes in the second half of the xx century. *Astrágalo* reproduces it in the memory of une of the most sharp personality in the latinamerican panorama of thinking and history of architecture.



HA PUBLICADO LOS TEMAS

## N.º 1. CIUDAD-UNIVERSIDAD. JUNIO 1994

Locus Universitatis. **Antonio F.-Alba**. La ciudad del saber como utopía. **Augusto Roa Bastos**. La falta de espíritu en las universidades de hoy. **Klaus Keirrich**. Entre orden y desorden. **Jean-Pierre Estrampres**. Metáforas del universo. Modelos de universidad: Institución y espacio. **Roberto Fernández**. Simulacros urbanos en América Latina. Las ciudades del CIAM. **Alberto Sato**. Fragmento e interrupción: el arcaico torso de la arquitectura. **Claudio Vekstein**. Locus Eremus. **Fernando R. de la Flor**. Vanguardia, Media, Metrópoli. **Eduardo Subirats**.

## N.º 2. TERRITORIOS Y SIGNOS DE LA METROPOLI. MARZO 1995

Metrópolis de oasis oxidados. **Antonio F.-Alba**. Hacia un nuevo estatuto de los signos de la ciudad. **Françoise Choay**. Estrategias metropolitanas. **Angélique Trachana**. Nihilismo y comunidad en el espacio urbano. **Francisco León Florido**. La ciudad escrita. Fragmento sobre una arqueología de la lectura urbana. **Fernando R. de la Flor**. Geografía y lenguaje de las cosas. «La superficie y lo invisible». **Giuseppe Dematteis**. El hombre y la tierra. **Eric Dardel**. La novedad arcaica. **Roberto Fernández**.

## N.º 3. HISTORIA Y PROYECTO. SEPTIEMBRE 1995

Monumento y proyecto moderno. **Roberto Fernández**. La metopa y el triglifo. **Antonio Monesteroli**. Patrimonio arquitectónico y proyecto de arquitectura. **Antonio F.-Alba**. El sentido del proyecto en la cultura moderna. **Manuel J. Martín Hernández**. Investigación histórica y proyecto de restauración. **Antoni González**. Conservación de la ciudad y de la arquitectura del Movimiento Moderno. **Javier Rivera**. La túnica de Venus. Para una reconsideración del tiempo en la arquitectura contemporánea. **Pancho Liernur**. Otras lecturas de las arquitecturas recientes en España. **José M.º Lozano Velasco**.

## N.º 4. PAISAJE ARTIFICIAL. MAYO 1996

La ciudad fractal. **Eduardo Subirats**. Construyendo el mundo de mañana. La Exposición Mundial de Nueva York de 1939. **Daniel Canogar**. Transmodernidad e hipermodernidad. Apuntes sobre la vida arcaica en Japón. **Roberto Fernández**. Técnica y nihilismo para una teoría urbana. **Angélique Trachana**. El paisaje artificial en Japón. **Félix Ruiz de la Puerta**. Liberación por ansia e ignorancia. **Kisho Kurokawa**. Velocidad, guerra y vídeo. **Paul Virilio**. El diseño arquitectónico como medida de calidad. **Tomás Maldonado**.

## N.º 5. ESPACIO Y GENERO. NOVIEMBRE 1996

El espacio del género y el género del espacio. **José Luis Ramírez González**. La construcción cultural de los dominios masculino y femenino. Espacios habitados, lugares no ocupados. **Nuria Fernández Moreno**. Elementos para una historia de las relaciones entre género y praxis ambiental. Itinerarios al paraíso. **Anna Vila y Nardi y Vicente Casals Costa**. Estereotipos femeninos en la pintura. Pálidas y esquirolas. **Carmen Pena López**. Zonificación y diferencias de género. **Constanza Tobío**. Si las mujeres hicieran las casas... **Carmen Gavira**. El carácter femenino de la arquitectura. Poesía y seducción. **Angélique Trachana**. Progreso técnico, cambio de sociedad y desarrollo de los grandes sistemas técnicos. **Renate Mayntz**.

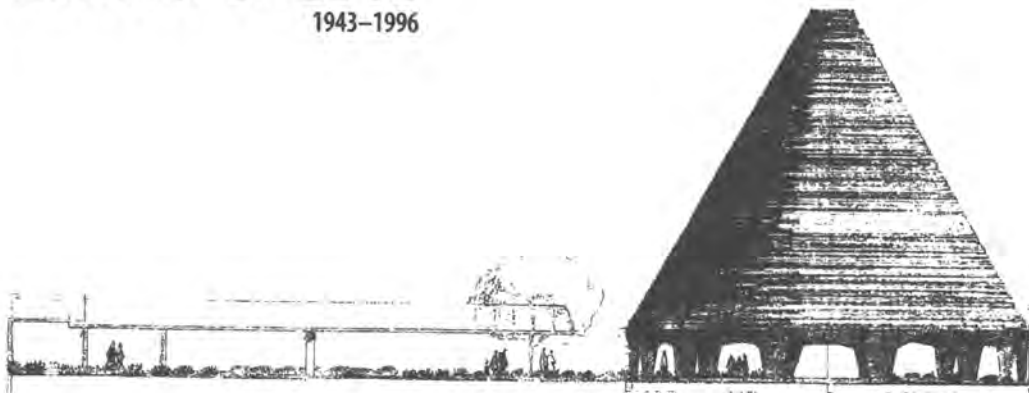
## N.º 6. GEOMETRÍAS DE LO ARTIFICIAL. ABRIL 1997

Las pasiones furtivas en la arquitectura de hoy. **Antonio Fernández-Alba**. En nuestros cielos faltos de ideas. **Vittorio Gregotti**. El pájaro australiano. Un mapa de las lógicas proyectuales de la modernidad. **Roberto Fernández**. La teoría del diseño y el diseño de la teoría. **José Luis Ramírez**. Teoría y práctica arquitectónica y sus implicaciones semióticas. **Francisco Javier Sánchez Merina**. Las metamorfosis. **Juan Luis Trillo de Leyva**. Proyecto-ruina: utopía-antiutopía. **Luis Fores**. Lo efímero. Proyecto, materia y tiempo. **Ezio Manzini**. Fabrica de expertos. **Eduardo Subirats**.

127

# Eladio Dieste

1943–1996



## EXPOSICIÓN ELADIO DIESTE EN ALCALÁ DE HENARES

Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá.

Dirección General de Arquitectura y Vivienda de la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía.

Fundación del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo. Ministerio de Fomento.

128

**ELADIO DIESTE: OBRAS 1943-96.** Es el título de la exposición antológica de la obra de este ingeniero uruguayo producida por la Dirección General de Arquitectura y Vivienda de la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Fue presentada en Montevideo el 21 de noviembre de 1996 con la asistencia del ingeniero Dieste, en Sevilla en abril de 1997 y en Alcalá de Henares en septiembre de este año.

Eladio Dieste nace en 1917 en el Departamento de Artigas, República Oriental del Uruguay. En 1943 se gradúa en la Facultad de Ingeniería de Montevideo, desplegando desde entonces una intensa actividad, tanto en el plano docente —ha sido durante cerca de 30 años profesor de la citada Facultad de Ingeniería de Montevideo, además de haber impartido numerosas conferencias por encargo de la UNESCO o por invitación de diversas universidades de América y Europa— como en el ejercicio de su profesión, que le ha llevado a obtener, entre otras distinciones, el Premio América a la obra global en 1991.

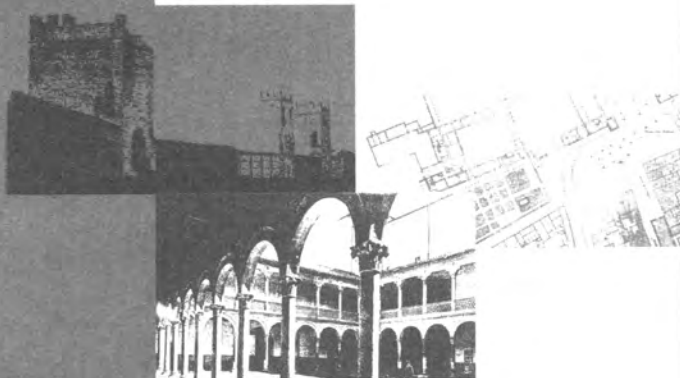
La idea que se quiere expresar en la exposición tiene una doble componente: la explicación de una temática constructiva como es la cerámica armada, describiendo su proceso constructivo como algo global vinculado a la obra que se construye, acompañado de los resultados que generan los distintos tipos estructurales, por una parte, y de otra, una filosofía explícita del autor en la forma de afrontar el mundo de la tecnología desde su propia tradición y asumiendo las posibilidades de su entorno, frente a los dictados exteriores, desde la racionalidad de una autonomía propia que contempla al hombre y no exclusivamente a la técnica como centro del desarrollo.

# enlaces Bienal

1995/1996

Cuarta Bienal de Arquitectura Española

Actividades de invierno en  
ALCALÁ DE HENARES



## Arquitectura y Restauración

### Conferencias

*Problemática Actual de la Restauración*  
del 13 al 15 de noviembre

ANTONIO ALMAGRO  
AMALCO BELLINI  
ANTONI GONZALEZ-CAPTEL  
ANTONIO FERNANDEZ ALBA  
BERNARD FONQUERNE  
ANTONI GONZALEZ  
JAVIER RIVERA  
EDUARDO SOUTO MOURA

### Talleres

*El Recinto Amurallado de Alcalá Parque Histórico*  
del 5 al 21 noviembre

CARLOS CLEMENTE  
ANTONI GONZALEZ  
EDUARDO GONZALEZ FRAILE  
ENRIC MIRALLES  
EDUARDO SOUTO MOURA  
CRISTOBAL VALLHONRAT

Secretaría: Instituto Español de Arquitectura  
Fundación General de la Universidad de Alcalá  
Palacete Laredo, Paseo de la Estación, 10  
28807 Alcalá de Henares, Madrid  
Teléfono: 880 28 83 Fax: 880 27 83

Inscripciones: Taller y Conferencias 30.000 pts  
Conferencias 15.000 pts

BECAS DE MATRICULA Y PREMIOS A LOS TRABAJOS DESTACADOS



ORGANIZADO POR EL MINISTERIO DE CULTURA DE ESPAÑA



UIMP

UNIVERSIDAD DE PALMA DE MAYORCA  
VICENS VILAR



UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

# Publicaciones y libros recibidos

*Cruz y Ortiz,*

Ministerio de Fomento, Tanais, Madrid, 1997

*La escenografía, cine y arquitectura,*

Santiago Villa

Cátedra, Signo e imagen, Madrid, 1997

*El Caribe Británico del siglo XVIII y*

*el ataque a Puerto Rico en 1797,*

Milagros Flores y María M. Alonso

United States Department of the Interior,

National Park Service, Old San Juan, Puerto Rico, 1997

*Jornadas sobre Centros de Gestión y Difusión*

*de Bienes Culturales en Extremadura,*

Asociación de Bibliotecarios, Archiveros,

Documentalistas y Museólogos de Extremadura,

Badajoz, 1997

*Las catedrales de España.*

*Jornadas Técnicas de Conservadores de Catedrales,*

Conferencia Episcopal, Instituto Español

de Arquitectura,

Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos

de Madrid, noviembre 1997

*Tical el gran jaguar,*

Cristina Vidal Lorenzo, Gaspar Muñoz Cosme,

AECl, Grupo Endesa, 1997

*Garcilaso de la Vega, Obra poética y textos en prosa,*

Edición de Bienvenido Morros,

Crítica, Barcelona, 1995

*Rembrandt, ensayo de filosofía del arte,*

George Simmel,

Colección de Arquitectura, 26,

COAAT de Murcia, Librería Yedra, Caja Murcia,

Murcia, 1996

*5th Mies Van der Rohe Pavillon,*

Award for European Architecture,

Electa, Milán, 1997

*Colección Pública IV,*

*Selección de ingresos de arte contemporáneo*

*1994-1996 Museo de Bellas Artes de Álava,*

Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1997

*Pelegrino (Guadalajara),*

Castillo de Batres, Escuela de Jardinería y Paisajismo,

Madrid 1994

*Rehabilitación integral en áreas y sitios históricos*

*latinoamericanos,*

UNESCO-ORCAIL, Ecuador, 1994

## Publicaciones periódicas

*Archipiélago*

*Ciudad y Territorio*

*Reales Sitios*

*Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*

*Oculum*

*Cairon*

*Loggia*

*Dau*

*Redes*

*Revista. Academia Nacional de Ciencias de Bolivia*

*Noticias. ICOMOS ARGENTINA*

*Bia*

*Magazine Europa Nostra*

*Geometría*

*Ambar*

*a+t*

*Do.co.mo.mo. journal*



# Revista de Occidente

N.º 199  
Diciembre 1997

## LA FAMILIA

Artículos de  
**Pierre Bourdieu, Tuula Gordon,  
Julio Iglesias de Ussel, David S. Reher,  
Javier Roige, Esther Sánchez Pardo,  
Bernabé Sarabia, Irene Théry,  
Silvia Tubert**

# ISEGORÍA

REVISTA DE FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA

ISEGORÍA (Madrid), n.º 17, noviembre 1997, ISSN: 1130-2097

## 17

### *Acción, ética y verdad*

El giro pragmático de Rorty, *por Jürgen Habermas.*

Universalismo y pluralismo en la ética del discurso, *por Cristina Lafont.*

Libertad, responsabilidad y razones morales, *por Carlos J. Moya.*

Conviene cambiar de figuras (sobre acción y responsabilidad),  
*por Manuel Cruz.*

### *Otros artículos:*

*Theoria cum praxi*: la vuelta a la complejidad (Apuntes para una filosofía práctica desde el perspectivismo leibniziano), *por Concha Roldán.*

### *Colaboraciones de:*

Juan Claudio Acinas, Carmen Corral, Cristina Corredor, Pilar Fíbla,

Romano García, Ernesto Garzón Valdés, Amparo Gómez,

Carlos Gómez Sánchez, Jorge Martínez Contreras, Ana Masó, Blas Matamoro,

Evelio Moreno, Javier Muguerza, Elías J. Palti, Lorenzo Peña,

Jorge Riechmann, José María Rosales, Carlos Thiebaut, Antonio Valdecantos y

Juan Carlos Velasco



Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
CSIC INSTITUTO DE FILOSOFÍA

# Archipiélago

CUADERNOS DE CRÍTICA DE LA CULTURA

Nº 31

¡NOVEDAD!

ESPECIAL RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Con la colaboración de: FÉLIX DE AZÚA, JOSÉ LUIS PARDO, JAVIER FERNÁNDEZ DE CASTRO, AURELIO ARTETA, JON JUARISTI, ROSA ROSSI, FERNANDO SAVATER, GONZALO HIDALGO BAYAL, DANILO MANERA, ELIDE PITTARELLO y dos inéditos de RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO.

## *Números publicados*

- Nº 1 El poder del discurso, 2.<sup>a</sup> ed. (agotada)  
Nº 2 El peso de la justicia/1  
Nº 3 El peso de la justicia/2  
Nº 4 Crisis, fractura, revolución, 1.<sup>a</sup> ed. (agotada)  
Nº 5 Técnica y nihilismo: el pensamiento de Heidegger, 2.<sup>a</sup> ed. (agotada)  
Nº 6 Educar, ¿para qué?, 1.<sup>a</sup> ed. (agotada)  
Nº 7 De la paz y la guerra  
Nº 8 Ecología o barbarie, últimos ejemplares  
Nº 9 La ilusión democrática, 2.<sup>a</sup> ed.  
Nº 10-11 Pensar el tiempo, pensar a tiempo  
Nº 12 Denominación de origen: extranjero/Dossier sobre Félix de Azúa  
Nº 13 Caos  
Nº 14 El estado de la prensa  
Nº 15 Estado 'natural'  
Nº 16 Espectáculo de la cultura y cultura del espectáculo/Dossier sobre Juan Benet  
Nº 17 Gilles Deleuze: Pensar, crear, resistir  
Nº 18-19 Trenes, tranvías, bicicletas. Volver a andar/Dossier sobre Leopoldo María Panero  
Nº 20 El cuento de la ciencia/ Ernst Jünger, la edad de los patriarcas  
Nº 21 Pobreza y peligro/ Clément Rosset: el arte de disipar las ilusiones  
Nº 22 El Cine: de la barraca de feria al Audiovisual/ Italo Calvino: el oficio de escribir  
Nº 23 Al borde del sujeto/ Paul Ricœur: Historia de la idea de justicia/4  
Nº 24 El nuevo caudillismo. Populismo, nacionalismo, demagogia/  
La aventura filosófica de Eugenio Trías  
Nº 25 En la salud y en la enfermedad.../ Michel Foucault: la ética como práctica de la libertad  
Nº 26-27 Formas del exilio/ José Jiménez Lozano, el solitario de Alcazárén  
Nº 28 Drogas: sustancia y accidente/ Dossier sobre Chiapas  
Nº 29 La epidemia neoliberal/ Los lenguajes de la guerra/ Dos cartas inéditas de Gilles Deleuze  
Nº 30 Problemas de género/ Hannah Arendt: pensar la experiencia política del siglo

PUBLICIDAD, PEDIDOS E INFORMACIÓN: ARCHIPIÉLAGO, C/ CARDONER, Nº 23, BAJOS-LZDA. 08024 BARCELONA. TENO. Y FAX: 93/ 210 85 03

HUELLAS DEL CONOCIMIENTO conforman un ámbito de investigación, estudio y hermenéusis como recuperación viva de la creatividad que habita los espacios del tiempo, las entrañas íntimas de la realidad, símbolo y actividad de una imaginación.

La HUELLA nos lleva siempre más allá de la mera facticidad; nos hace adentrarnos e interrogarnos por un tiempo de creación e invenciones.

En consecuencia, HUELLAS DEL CONOCIMIENTO son conciencia y memoria de un tiempo de producción social e histórica e invitan a constituirse en documento y comunicación de otras realidades no presentes: son el argumento y el proceso de la memoria histórica y el proyecto de un nuevo porvenir.

Las HUELLAS DEL CONOCIMIENTO son, pues, trama y urdimbre de un tiempo y una cultura.

## **P R O G R A M A D E 1 9 9 8**

N.º 176

**EMMANUEL LÉVINAS**

**Un compromiso con la otredad. Pensamiento ético de la intersubjetividad**

N.º 177

**PSICOLOGÍA SOCIAL**

**Teorías y nuevas visiones críticas**

N.º 178-179

**MICHEL BUTOR**

**El texto como invención en movimiento. Una nueva visión de la literatura, la escritura y el arte**

N.º 180

**ENRIQUE DUSSEL**

**Filosofía de la liberación. La palabra silenciada**

N.º 181

**PAUL RICOEUR**

**La hermenéusis como compromiso y reflexividad**

## **EXTRAORDINARIOS**

N.º 3 (doble)

**EDUARDO NICOL**

**Filosofía, sistema e historia**

N.º 4 (sencillo)

**MANUEL GARCÍA VIÑÓ**

**La novela intelectual frente al realismo social. La historia de una polémica**

PROYECTO A EDICIONES

Escudellers Blancs, 3, 3.º

08002 BARCELONA

Tel. y fax: (34 3) 412 34 91 E-mail: proyecta@sarenet.es



# ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre (Institución) ..... NIF: .....

Dirección ..... Cod. Postal..... Población.....

Provincia ..... País..... Teléf./Fax .....

**P.V.P. Ejemplar:**  ESPAÑA 1.100 ptas.  EUROPA 1.500 ptas.  AMERICA 15 \$

### Suscripciones

(3 números)  ESPAÑA 3.000 ptas.  EUROPA 4.000 ptas.  AMERICA 40 \$

### Forma de pago:

Talón nominativo a nombre del «INSTITUTO ESPAÑOL DE ARQUITECTURA».

Contra reembolso (más gastos de reembolso). Sólo España.

Transferencia en el Banco BBV, C/ Libreros, 8, en Alcalá de Henares (Madrid), a la cuenta núm. 016300/9.

Domiciliación bancaria: D. ....  
autoriza al Instituto Español de Arquitectura, a la presentación de esta tarjeta,  
para el cobro de ..... ptas. a mi c/c núm. ....  
del Banco/Caja ..... Sucursal núm. ....  
sito en .....

\* La Revista ASTRAGALO se distribuye prioritariamente por suscripción o a través de Celeste Ediciones.

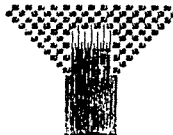
Fecha: .....

Firma: .....

INSTITUTO ESPAÑOL DE ARQUITECTURA

UNIVERSIDADES DE ALCALA Y VALLADOLID

Paseo de la Estación, 10. Palacete Laredo  
28807 ALCALA DE HENARES (Madrid - España)







## HAN COLABORADO EN ESTE NUMERO 7 DE ASTRAGALO

---

**Angelique Trachana**, arquitecto y crítico de arquitectura.

**Roberto Goycoolea Prado**, arquitecto, profesor de la Universidad Veracruzana, Xalapa (México).

**Fernando de Terán**, profesor-arquitecto, Director del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la ETSAM, Universidad Politécnica de Madrid.

**José Miguel de Prada Poole**, arquitecto, profesor de la ETSAM, Universidad Politécnica de Madrid.

**Francisco Javier Sánchez Merina**, arquitecto, Kingston University (Londres).

**Michel Foucault**, filósofo y escritor francés; su obra crítica atraviesa la filosofía, la historia y las ciencias sociales.

**Roberto Fernández**, profesor-arquitecto y crítico de arquitectura. Enseña en Mar del Plata y Buenos Aires.

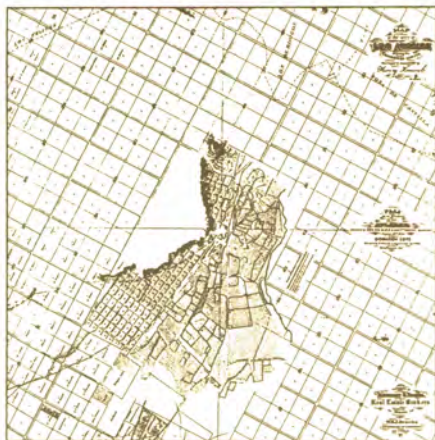
**Carmen Gavira**, profesora de Urbanismo de la Universidad Politécnica de Madrid.

**José Laborda Yneva**, arquitecto, crítico de arquitectura y editor, encargado de la Sección Cultural del Colegio de Arquitectos de Aragón.

**Antonio Fernández-Alba**, profesor-arquitecto de la ETSAM, Universidad Politécnica de Madrid, donde dirige el estudio de arquitectura Antonio F. Alba y Asociados.

**Marina Waisman**, historiadora y crítica de arquitectura, académica de Bellas Artes de Argentina.

La REVISTA ASTRAGALO no mantiene correspondencia que no sea la solicitada. Su información puede ser difundida citando su procedencia, a excepción de los trabajos señalados con el copyright © del autor.



# REVISTA CUATRIMESTRAL IBEROAMERICANA

CONSEJO DE DIRECCION:

ANTONIO F.-ALBA/ROBERTO FERNANDEZ/ROBERTO  
GOYCOOLEA/FRANCISCO LEÓN/EDUARDO SUBIRATS

## CIUDAD PÚBLICA-CIUDAD PRIVADA

**Angelique Trachana.**

Enseñanzas de la ciudad

**Roberto Goycoolea Prado**

La ciudad circular como modelo teórico

**Fernando de Terán**

Cuadrícula y señas de identidad del patrimonio urbano iberoamericano

**José Miguel de Prada Poole**

Ciudad y mercado. Deslocalización frente a dispersión

**Francisco Javier Sánchez Merina**

El futuro de la ciudad en la tierra de oro

**FORO ABIERTO**

**Juan Ramón Jiménez.**

Planos, grados, niveles

**Michel Foucault**

Los espacios otros<sup>©</sup>

**RESEÑAS DE LO PUBLICADO**

**Roberto Fernández.**

Nueva visita a Babel

**Carmen Gavira**

El urbanismo según sus fundamentos artísticos

**C. G.**

Cerdá. Las cinco bases de la teoría general de la urbanización

**José Laborda Yneva**

Las *Siedlungen* alemanas de los años 20

**RELATOS DE LO YA VISTO**

**Antonio Fernández-Alba.**

Madrid: la transfiguración de la aldea

**Carmen Gavira**

Sinfonía urbana: Madrid 1940-1990.

Ensayo sobre el ritmo literario del «Movimiento» a «la Movida»

**POSTFOLIO**

**Marina Waisman.**

El patrimonio en el tiempo<sup>©</sup>



UNIVERSIDAD DE ALCALÁ



1.100 Ptas.